EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

Ocho rutas históricas literarias entorno al embalse del Tranco

Textos, fotos, portada y maquetación
José Gómez Muñoz

Índice

88 - LOS PASEOS

Hoya de la Sorda, cortijo de Montillana

Carril y vereda. Solo andando.

89- LOS PASEOS

Camino Viejo a El Chorreón.

Carril y vereda. Solo andando.

90 - LOS PASEOS

Camino Viejo a Los Parrales

Carril y vereda. Solo andando.

91 - LOS PASEOS

Cruce del río Hornos, El Chorreón

Carril y vereda. Solo andando.

CUATRO RUTAS HISTÓRICAS LITERARIAS

y cuatro paseos en torno al Embalse del Tranco por la cola de Hornos de Segura.

La belleza y el placer más limpio, en la naturaleza, a lo pequeño

El núcleo de donde manan las páginas de este pequeño libro de rutas y paseos, se posiciona en el cortijo Soto de Arriba, hoy bajo las aguas del Embalse del Tranco, en su cola hacia Hornos de Segura. Al final de la ruta 3, nos situamos en el balcón de Fuente de la Higuera y desde tan grandioso mirador, se nos abre la gran panorámica.

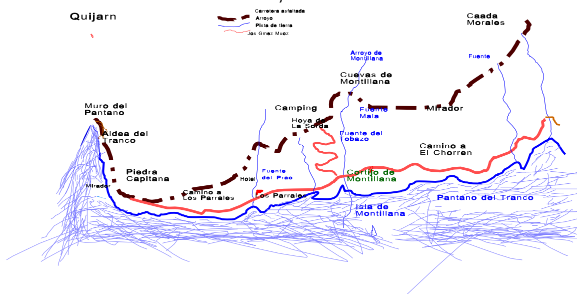
Al frente, un poco a la izquierda y hacia el norte, tenemos el muro del pantano, justo debajo de

nosotros, el gran brazo de aguas azules y en su fondo, el cortijo Soto de Arriba, al frente y en la orilla opuesta, el cortijo de Los Parrales, más hacia la derecha y en la orilla, el cortijo de Montillana, siguiendo la misma orilla y subiendo hacia el pueblo de Hornos de Segura, el cortijo de El Chorreón, en esta dirección y siempre girando de izquierdas a derechas, al final de la gran cola, y sobre la imponente roca, el blanco pueblo de Hornos de Segura y si desde él nos venimos hacia nosotros, siguiendo el borde de las aguas pero por el lado apuesto al del cortijo de Montillana, tenemos las aldeas de El Carrascal, La Platera, Hornos el Viejo y más próximo a nosotros, el viejo cortijo de Moreno, La Laguna, Los Baños, el cortijo de Joaquín y volvemos otra vez al cortijo del Soto de Arriba, corazón de aquella Vega y ahora, de este trabajo. Y ya, y como dominando la espléndido visión, La Canalica y Fuente de la Higuera que es donde estamos.

Una grandiosa panorámica inundada, en el fondo de su Valle, y por donde quedan las huellas de un mundo con su historia y cultura casi por completo desaparecida y la que no, olvidada. Estas cuatro rutas y cuatro paseos, intentan penetrar en este pequeño universo para descubrirnos y acercarnos un poco a lo que fue tan rico en vida y belleza y no debe morir nunca.

84 - Muro del Embalse del Tranco, Cañada Morales

Carretera. Andando, bicicleta o coche.



La distancia

Desde el muro del Pantano al Camping, hay tres kilómetros trescientos metros y hasta la aldea de Cañada Morales, son unos 7 km. La carretera que vamos a recorrer es la A-319, según la nueva señalización de hace poco.

El tiempo

En coche, son unos siete u ocho minutos yendo despacio para gozar el paisaje. Andando puede tardarse una hora y media y sería un paseo delicioso sobre todo en esta época aunque lo mismo da, porque en otoño o invierno, también es bonito.

El Camino

Justo en el muro del pantano, existe una amplia explanada asfaltada y desde aquí hasta Cañada Morales y luego hasta el pueblo de Hornos y Cortijos Nuevos, es carretera asfaltada que discurre a media ladera sobre las aguas del Embalse del Tranco.

El paisaje

A la derecha, según subimos desde el muro hacia Cañada Morales, nos va quedando una preciosa panorámica sobre lo que fue el antiguo Valle de la Vega de Hornos, hoy bajo las aguas del pantano. A la izquierda, la preciosa ladera que desciende desde las Cumbres de Beas, toda poblada de pinos. Aquí fue donde ocurrió aquel primer incendio recogido en las páginas del libro “En las aguas del Pantano del Tranco”.

Lo que hay ahora

A la derecha, según llegamos por la carretera que sube por el Guadalquivir desde Villanueva del Arzobispo, existe una explanada con algunos chiringuitos y, algo en la ladera del cerro, algunas casas que son construcciones de cuando se levantaba el muro de la presa. Eucaliptos, pinos e higueras. A la derecha nos van quedando las azules aguas del pantano. Nada más salir de la explanada, a la derecha hay una pequeña pista que baja a las aguas donde existen algunas barcas que se pueden alquilar para dar un paseo.

La carretera discurre entre pinos carrascos y a la izquierda nos queda ya una gran pared de rocas que baja desde las laderas que nos van coronando. A la derecha, un puntalillo donde existe un pequeño chiringuito con un mirador sobre las azules aguas del pantano. Hay una explanada muy bonita donde se puede aparcar bien. El pantano se nos muestra recogido en la estrecha garganta donde tiene el muro y algo más hacia el centro, lo que en aquellos tiempos fue la junta de los ríos, ya se divide en las dos grandes

colas. La de la derecha es la del Guadalquivir y la de la izquierda la del río Hornos.

En los días de sol radiante, como pudiera ser hoy mismo, catorce de marzo de 1998, si se mueve el viento, no muy fuerte, se ven las aguas del pantano irisada por completo y sobre la superficie, mil olas pequeñas que son como trozos de espejos, al ser besados por el sol, brillan en la forma y belleza que lo haría un cielo cuajado de estrellas. Es una visión realmente hermosa porque pareciera que las aguas azules de este pantano, que de tan azules y profundas, son casi negras, estuvieran ardiendo con infinitas estrellas que parpadean y son los reflejos del sol que se quiebran sobre las ondulaciones.

En la orilla de enfrente, por donde va la carretera hacia Coto Ríos, sobre la tierra desnuda, se quiebran aun mucho más. Con movimientos de apagarse y encenderse como si fueran pequeñas bombillas de Navidad. Es precioso. Ya al fondo, las aguas se ven mucho más tranquilas y sin reflejos del brillante sol primaveral que esta mañana baña toda la sierra. Cantan los pajarillos en este día porque muchos han vuelto de aquellos lugares lejanos y la tierra, pues muestra la primavera algo adelantada porque se ven muchas plantas brotadas como las margaritas y los pinos, también con sus flores abiertas y esparciendo polen al viento.

Justo encima de este primer mirador, nos queda Piedra Capitana, que es un gran paredón de rocas que por aquí la carretera tuvo que cortar para atravesar y seguir. La ladera se ve cubierta de pinos y arriba, en todo lo alto, los más atrevidos, cuelgan en el vacío

asomados al precipicio. Es un rincón bastante bonito para saborearlo despacio en el arranque de esta ruta que nos irá, poco a poco, adentrando a un núcleo fantástico y lleno de hondas bellezas.

Cincuenta metros, avanzando desde el mirador, en la curva justo donde Piedra Capitana cae hacia la carretera, en roca color caramelo, hoy descubro unas matas de hierba que están florecillas y son como pequeños moños que cuelgan de la misma piedra y como tienen tantas flores pequeñas, blancas y algo azuladas, son preciosas, mirando al sol de media mañana. Toda la pared está cubierta de estas macetas de flores abiertas como si estuvieran saludando a la primavera y realmente sí son bonitas. Desde aquí, estamos casi frente a lo que sería la cola que va hacia Coto Ríos y la que nos queda a la izquierda que es la de Hornos. El romero también está florecido pero es normal porque este año, incluso en el mes de enero, lo he visto en flor.

A unos setecientos metros del muro del pantano estamos casi en lo que sería el corazón de las dos colas de este gran embalse. Todavía y a la izquierda, Piedra Capitana nos va acompañando mientras la carretera se enfila algo más recta hacia el final de este pantano. A unos novecientos metros del muro, a la derecha sale una pista de tierra que es la que viene desde el cortijo de Montilla, porque esta pista es el antiguo camino que por aquí trazó la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Nos siguen escoltando los pinos carrascos y si miramos a la izquierda, que es por donde la cumbre nos remonta, se ve el cielo azul y algunas nubes

blancas revoloteando por lo más alto. Por la derecha, continuamente las aguas del pantano y, a un kilómetro cuatrocientos metros, se nos abre al frente el gran macizo de Monteagudo. Por su ladera se cuelgan Fuente de la Higuera y la Canalica, núcleo del libro que recoge la vida de esta Vega, perdida hoy, en aquellos tiempos.

A un kilómetro seiscientos metros, se desvía otra pequeña pista a la derecha que va también hacia el rincón del cortijo de Los Parrales. Todo como si confluyera buscando el corazón de aquel hermoso valle donde estuvo el cortijo del Soto de Arriba. A dos kilómetros, a la izquierda nos aparece un gran corte de rocas y la carretera lo atraviesa cortándolo y quedando a la derecha un espigón. Subido en él, se nos abre una preciosa vista de todo el pantano hacia la Isla de Bujaraiza.

Al frente y sobre el cerrillo, se ve el hotel Los Parrales, antigua casa forestal hoy acondicionada y que es bonita. Justo está construida en lo alto de un espigón de rocas que caen hacia las aguas del pantano y abajo, el nido donde se recogió el cortijo de Los Parrales, escenario central de este trabajo que se completa en el libro del Soto.

La carretera sube un poco hacia la izquierda, para atravesar una pequeña hondonada y enseguida, al frente, una gran parte de las Cumbres de Beas. Mucha cornicabra, coscoja, romeros y pinos es la vegetación que por aquí nos va acompañando. Al cruzar la hondonada, una cuestecilla que remonta suave y el mural donde se anuncia el Hotel de Los Parrales.

Y aquí justo al dar la curva, a la izquierda, sale una pista que está cortada con su cadena y sube a la cumbre del Quijarón. La carretera sigue subiendo suavemente por entre pinos y a la derecha, la depuradora del agua del Camping que nos tropezaremos en unos segundos. Una pequeña recta y enseguida se ve la casa que fue de peones camineros, que está a la izquierda, un espeso bosque de pinos y en el muro que da a la carretera, con letras grandes, escrito: Camping Montillana.

Nada mas remontar, a la izquierda vemos la zona de acampada y a la derecha, un panel que anuncia el arranque de la que serán nuestras tres rutas estrellas: Hoya de la Sorda, El Chorreón, Los Parrales. En el panel podemos leer: "Sendero Los Parrales, datos básicos: Longitud, 2,5 km. Tiempo aproximado: 45 m. Dificultad: alta. Tiempo de trazado: lineal". Ahora dentro de un rato veremos que todos estos datos como que se nos esfuman porque la emoción y belleza de las dos rutas que vamos a recorrer, partiendo desde este punto, es una realidad mucho más profunda y grande.

Y si subimos un poco a la derecha, nos encontramos una hondonada, llanura y esto es la antigua Hoya de la Sorda. Toda la tierra se ve cubierta por la hierba y a la izquierda, un poco en la ladera del cerro que vamos a recorrer, las viejas ruinas de aquel cortijo que se parecen un poco, entre otros muchos, al que hoy yace en las profundas aguas del Pantano. Si la observamos despacio veremos lo hermoso que aquellas construcciones rústicas, eran y lo bien

distribuidas para dar servicio a todos sus habitantes y a los animales que ellos siempre tenían a su lado.

Al volcar desde la Hoya de la Sorda, siguiendo la carretera y antes de cruzar el arroyo de Montillana, se ve una magnífica vista de toda la cola del pantano. Desde las aguas hacia la carretera y la ladera que sube, queda ampliamente derramadas bajo nuestros ojos y al frente, las otras aldeas entre los bosques y las cumbres que las coronan. En la segunda pequeña curva hacia el arroyo, a la izquierda, el bosque de pinos y la carretera tallada en la pendiente de la ladera.

Por el lado derecho, la calzada de la carretera está sujeta con poyetes de cemento y justo desde aquí, al frente, se ven las viejas casas de las Cuevas de Montillana. Hay un espigón rocoso y en su corte fue donde metieron estas humildes viviendas. Un puñado de casas, hoy comidas de zarzas y destrozadas por las inclemencias del tiempo pero seguro que ahí vivían varias familias. Por encima de ellas y en al paredón rocoso, se ve la cueva.

A la izquierda nos queda un trozo de olivar y más para arriba, los pinos. Se ven los álamos que van cubriendo toda la caída del cauce de este arroyo hasta las mismas aguas del pantano. Cruza la carretera el arroyo y a la derecha, el viejo letrero donde se puede leer: “Cuevas de Montillana”. Se abre la curva hacia la derecha y al frente, al otro lado de la gran vega cubierta de agua, la imponente figura de Monteagudo.

Y al remontar y girar, enseguida otra pequeña curva a la izquierda y ahí mismo, un fresno a la

derecha y debajo y entre un bosque de pinos, Fuente Mala. Un gran caño de agua es lo que siempre brota por aquí y un pilar de cemento como preparado para que beban los burros y mulos, de aquellos tiempos, por supuesto. Como ya la conozco, casi siempre que paso por el lugar me paro a beber pero esta fuente, queda inadvertida casi por todas las personas que surcan esta carretera. Es lo que me pasó a mí en aquellos años.

Una reducida extensión de tierra, a la derecha de la carretera donde se puede dejar el coche y desde aquí baja una sendilla hasta la fuente. Se ha ido haciendo de pasar las personas que por aquí vienen. Según bajamos, a la izquierda nos queda un buen bosque de pinos. Su sombra y en los días que se aproximan, primavera avanzada y verano, nos pueden servir para un descanso largo.

Fuente Mala, ya lo decía, tiene un gran caño de agua y un pilar. El rincón donde se encuentra es muy bonito por su vegetación y la tranquilidad. Arrancando desde el lugar, la carretera transcurre suave, bien elevada sobre el pantano y desde aquí, la pequeña recta, se divisa con toda claridad el cortijo de Montillana, la isla, las tierras antes de la isla y las aguas hacia la otra vertiente. Monteagudo nos queda al frente total.

Gira la carretera un poco a la izquierda y ladera arriba, monte bajo y pinos altos y torcidos hacia la carretera. Un buen peñón arriba y en una curva menor que viene hacia la derecha, al borde, se extiende una llanura de tierra. Este lugar es el mejor mirador natural para gozar ampliamente de toda la cola del pantano y

las tierras que le rodean. Muchas personas se paran aquí y se quedan admirados por la gran belleza.

Si ya conocemos un poco la historia que se recoge en las páginas del libro “En las aguas del Pantano del Tranco”, es el momento para observar los escenarios e ir encajando las piezas. Desde ningún otro punto se puede gozar de una más completa panorámica. Se ven las aldeas y con perfecta claridad, la isla de La Laguna. Hoy, las aguas cubren hasta casi el mismo borde.

Aquí mismo crece un almendro que da frutos dulces y ahora que todavía están casi en flor, ya muestra sus ramas con un buen puñado. No ha hecho mucho frío este año y por eso tiene muchas almendras. También está ya cubierto por completo de hojas nuevas. Desde aquí hacia el rincón de El Chorreón, toda la ladera poblada de olivos y entre ellos, almendros que se adaptan bien a las ásperas tierras.

Arrancando desde este mirador sin acondicionar y, mientras recorremos la recta que hay, vemos al frente y con una claridad impresionante, el pueblo de Hornos de Segura. Por encima de sus casas, la impresionante mole del pico Yelmo. Blanca y en todo lo alto, las construcciones para la repetición de señales de radio y televisión. A la derecha olivas y a la izquierda, la ladera con sus rocas y algunas encinas que caen en la dirección del barranco. Atravesamos un trozo de olivar y ya la carretera se retuerce armoniosamente hasta derramarse en la llanura de Cañada Morales.

Unos metros antes de tomar la llanura que precede a la aldea, en una curva, una pequeña fuente trabada en la pared de la izquierda con su cañito de agua. Si no vamos atentos, también nos pasaremos sin verla. Un gran pino por la parte de arriba y si nos asomamos hacia abajo, se ve la pista de tierra que sube desde el barranco de El Chorreón. Por aquí también se puede ir a ese rincón pero es otra cosa. Justo en esta fantochada está el kilómetro seis doscientos desde el muro del pantano.

A unos cincuenta metros más adelante, un gran pino que se abre con cuatro pies, muy bonitos. La carretera empieza a caer, sin dejar de trazar pequeñas curvas hacia las casas de la aldea. Precisamente este accidente del terreno es una cañada que se recoge entre varios cerros que caen y quedan frenados antes del valle. Una antigua aldea muy bonita, donde hubo una fábrica de aceite y ahora, pues todavía viven aquí algunas de aquellas personas.

A la derecha, Cañá Morales, la explanada que atraviesa la carretera y a la izquierda, al final de la llanura, el hotel Los. Un edificio nuevo. Justo en el kilómetro siete desde el muro del pantano, se alza Cañada Morales. En esta llanura donde ahora se alza el hotel, es donde amontonaban las traviesas que sacaban de los pinos de estas sierras. Por aquí pusieron grandes máquinas con las cuales cortaban los troncos de los pinos, sacaban de ellos traviesas para las vías del tren y las apilaban en esta gran llanura hasta que llegaba el tiempo de llevársela flotando por la corriente del río Guadalquivir hasta la estación de Jódar donde las sacaban del río y las cargaban en vagones de tren. Esta hermosa llanura,

en aquellos tiempos, fue un hormiguero de personas trabajando en la madera que sacaban de la Sierra de Segura. Fue esto por la etapa de la Renfe.

Frente al hotel, a la derecha y sobre un cerrillo, la ermita de esta deliciosa aldea, tan recogida ella en su tierra amada, en su silencio y como ajena a los que por aquí vamos y venimos. Volcando un poquito, nos queda Guadabraz, El Majal y El Tóvar. Tres pequeñas aldeas que se aplastan humildes en las tierras fértiles de esta sierra que tanto las quiere.

La fragancia eterna

Y la otra cosa es que, mientras tú ibas andando por la senda del cerro de la ladera con la visión del cortijo sobre la lomilla y un poco a tus pies, a pesar del verde de esta ladera por la vegetación y la abundancia de pinos, el suelo, la tierra que pisabas, no se parecía a ninguna de las tierras que hasta hoy conoces. Por una extraña sensación real o sólo sentida, tus ojos captaban una tierra llena de brillo parecido a ese que refleja el charol cuando lo tocas. Y no era esto lo más llamativo sino que sobre esta tierra tan llena de esa extraña belleza ibas descubriendo huellas de pisadas humanas.

- ¿Qué son?

Preguntaste al padre del joven que en estos momentos te acompañaba y en tu interior sabías que él era el más profundo conocedor de cuanto late y respira en estos montes.

- Las he visto muchas veces yo. Ellas son las huellas de aquellas personas atravesando los cerros de estas sierras y que se han quedado aquí para que no se nos olvide que todo esto tuvo su historia.

- Una historia, por lo que se ve, llena de vida y por ser de gente humilde y sin estudios no quedó escrita en ningún libro y estas huellas serían precisamente eso: los libros no escritos pero llenos de mensajes imperecederos para que sepamos de ellos.
- Exactamente, eso son estas huellas que, además, encierran otro pequeño gran misterio.
- ¿Cuál es?
- Que son invisibles para mucha gente. Sólo pueden verlas y gustarlas algunos y más que desde los ojos de la cara, desde dentro.
- Algo así como dice el libro del Principio que sólo se ve bien con el corazón.
- Algo así y parece que este es el principal atractivo de estas huellas que se extienden por toda la sierra y todos los rincones, arroyos, laderas y valles de estos montes.
- Pues todo un fabuloso tesoro que anda perdido, ignorado y desconocido para casi todo el mundo. Tienes que tener cuidado porque si de esto se enteran algunos, ya verás lo que harán de estas laderas y arroyos.
- Y sobre todo si se enteran algunos de esos que se pasan la vida diciendo que el mundo, la tierra y todo el planeta e incluso la creación entera, ha sido puesta aquí para que el hombre la domine, la transforme y haga de ella lo que le apetezca.
- Exactamente eso es lo que pienso.

En fin, esto es lo que tú viste aquella noche en tu sueño y ahora que andas por aquí te dices que en realidad entre aquello y esto sí hay algún parecido. Aunque el cortijillo es sólo unas cuantas paredes de piedra color chocolate ya bastante caídas, comidas por la vegetación y sin señales ninguna de vida

humana. ¿Quién vivió aquí y en qué época? Interrogantes que se te amontonan en el río de todas esas experiencias que tienes de estas sierras quizá para quedar ahí eternamente arrinconadas y sin respuesta. El silencio y la soledad de estos montes hacen todo lo demás.

Pero ellos, desde tiempos lejanos, se refugiaron en el rincón y en noble amor por la tierra, la llenaron del sudor de sus frentes y de la vida que les corría por el corazón callado y como la tierra los amó, cada mes y cada año, ella les dio su fruto en forma de trigales verdes y de habas frescas que relucían al sol de la mañana y de fuentes claras y unos días más tarde, en forma de trigo dorado que se convertía en harina blanca y en pan candeal que de nuevo daba la vida y devolvía al corazón, el calor y amor que del corazón había salido.

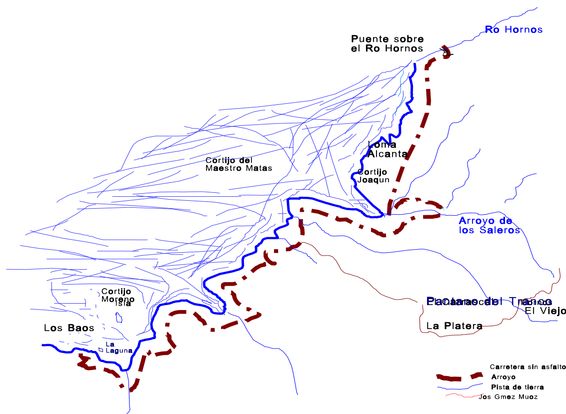
Y a ellos, un día los echaron aquellos segundos que llegaron y luego los fueron acorralando las propias aguas de este pantano y los que después hemos llegado y ellos, siempre vivos y abrazados al tiempo que nunca los olvidó y ahora, aquella tierra que fue sangre porque fue hermana en la propia sangre y en el beso de amistad al brotar las primaveras cada año, los sigue llamando y esperando porque los quiere y en la soledad y la tarde, está contenida, soñando.

Y la tierra, porque fue hermana del alma del que fue hermano con ella, sigue esperando que un día vuelvan al rincón y a la luz que por derecho les pertenece y por eso, mientras ando callado y oigo la voz de los que fueron primero y desde el amor que nunca pudre el tiempo, percibo y gusto la forma de

aquel beso que está eterno brotando de la tierra y con su melodía diciendo: “Ellos se fueron pero su esencia quedó en el rincón y aunque pasen mil siglos y tanto cambie todo de nuevo, el rincón les pertenece porque lo amaron desde lo más limpio y duro y por eso espera que vuelvan, quizá con el perfume de cualquiera de estas muchas primaveras o con el sol que va de la mano del viento o con el verde de la hierba, porque ellos, amaron tanto a la tierra que además de hacerse sudor con ella, también se hicieron sueño y trigales frescos que da la vida y con el inmenso azul del cielo, la fuerza que transmite un perfume de olor eterno”.

85 - Puente sobre el Río Hornos, Los Baños

Carril de tierra. Andando, bicicleta o coche.



Las distancia

Siguiendo estrictamente el trazado del carril de tierra, con algún tramo asfaltado, el recorrido total es de ocho kilómetros seiscientos metros. Esto sólo hasta el punto de Los Baños y La Laguna.

El tiempo

Si lo hacemos en coche y yendo despacio por lo mal que se encuentra el firme, podemos tardar quince o veinte minutos. Si el recorrido lo planeamos andado, que sería lo más emocionante, tardaremos entre una hora treinta minutos a una hora y tres cuartos.

El Camino

Justo al cruzar el puente sobre el río Hornos, kilómetro diez cien desde el muro, se desvía la ruta que discurre asfaltada hasta un poco antes del arroyo de los Saleros. Desde este punto hasta los antiguos baños, hoy La Laguna, es pista de tierra con baches y barro en invierno. Este recorrido y hasta la altura de la aldea de Hornos el Viejo, discurre encajado en la vía pecuaria, con categoría de cordel que viene desde los Campos de Hernán Pelea y por Beas, sale hacia las tierras de Sierra Morena. El nombre que corresponde a este tramo es el de "Cordel de Hornos el Viejo".

El paisaje

Por donde discurre esta ruta es un paraje de los más deliciosos, sobre todo en invierno y en la primavera. Coronando y a la izquierda y sobre la roca, el bello pueblo de Hornos y las laderas hacia el pico de Monteagudo, toda poblada de extensos pinares. A la derecha, los arroyuelos que van muriendo en las aguas del pantano. Varios de estos rincones se

describen en el libro “En las Aguas del Pantano del Tranco”.

Lo que hay ahora

A la derecha de la carretera que traemos hacia el pueblo de Hornos, es donde se desvía el carril de tierra que va a los Baños y Fuente de la Higuera. En el punto cero, una gran encina a la derecha, nos saluda con la solemnidad de su espera y silencio contenido. Las ovejas pastando junto a las tierras del río Hornos. Todavía por aquí quedan tierras fuera de las aguas del pantano. A la derecha y sobre la llanura, un rodal de álamos y muchos majuelos.

A cien metros atravesamos el gran arroyo que se llamó, en otros tiempos, del Aceite y ahora se le conoce por el arroyo de la Garganta, en la parte alta y de Los Molinos, este tramo final. Baja el cauce desde las mismas cumbres de las laderas sur del pico Yelmo y en cuanto comienza a descender, que es por donde ahora discurre la carretera que lleva a Pontones, una aldea abandonada con el mismo nombre: “La Garganta”. Algo más abajo está Capellanía y luego el precioso charco de aguas claras donde en verano se bañan los habitantes del pueblo de Hornos. También es conocido este cauce con el nombre de arroyo de los Molinos por haberlos tenido en otros tiempos. Dos y a la altura en que ahora lo cruza la carretera que sube a Hornos.

Trae mucha agua y el puente casi remite a los primeros que por estas sierras se construyeron. Al atravesarlo, arriba y a la izquierda, sobre la robusta roca, las casas blancas del precioso pueblo de Hornos. Discurre la carretera, estrecha y aunque

asfaltada, con muchos baches, por una pequeña llanura. Cuando llueve, todo está lleno de agua y es casi imposible pasar por ella a no ser con algún coche grande o andado. Y cuando no llueve, sigue teniendo los mismos baches y con mucho polvo.

La ladera a la izquierda con algunos olivos asilvestrados, entre carrascas y a la derecha, la vega que va a ir cortando el río Hornos mientras discurre buscando la cola del pantano. Por aquí cruzaba el camino que en aquellos tiempos salía desde esta Vega y por aquí fue donde aquella niña Maricruz, lloraba montado en el mulo y con la vista puesta en el precioso pueblo de la roca, mientras se alejaba de sus raíces y su amada tierra.

Algunas de las amarcigas de álamos, fueron cortadas no hace mucho. A quinientos metros de la salida, una vaguada muy hermosa. Y si miramos hacia la izquierda, en todo lo alto, el blanco pueblo que pareciera dormir o quizá esperar. Cae un arroyo que se abre en una llanura grande y las laderas todas repletas de olivares. Y la tierra llana, cubierta de una vistosa capa de hierba verde. Pegando al río, muchos tarayes. Al fondo, remontando una cuestecilla, las aguas del pantano irisadas por el suave vientecillo que corre y como les da el sol de la tarde que está cayendo, brillan pero con un destello distinto a como lo hacían esta mañana. Es como un gran espejo líquido que estuviera todo encendido y haciéndose viento con la leve brisa que pasa.

A la izquierda, una pequeña llanura con algunos olivos asilvestrados entre juncos y mucha hierba fresca. Al otro lado, una ladera de olivos y enseguida

un pequeño bosquecillo de pinos repoblados. Recorrer este camino a pie, también es muy bonito e ir bajando despacio para que se nos meta el misterio dentro. Se van alternando los olivos y los pinos, con las retamas y algunas carrascas y en todos los casos, siempre mucha hierba como señal de la fertilidad de estas tierras.

Algunas que otras encinas viejas, la luz de la tarde que le cae de lleno y el imperceptible murmullo de la solitaria tierra. Justo en el kilómetro uno quinientos, hay una llanura muy amplia por donde recta avanza la carretera y por el lado de la derecha, se ensancha más. Toda cubierta de hierba con la apariencia de haber nacido esta noche misma por lo intenso de su verde. Al final de ella, antes de la curva, un rodal de olivos muy buenos. Se abre la curva a la derecha y luego a la izquierda y remonta por entre un collado menor. Se estrecha el valle y a un lado y otro, las dos laderas que lo van recogiendo y repletas de retamas, mucha hierba, carrascas, olivos y algunos pinos.

Remontamos y al volcar, enseguida cae una cuesta bastante larga y a los lados, olivos. Al frente, en el barranco de un arroyuelo que baja de las laderas donde se asienta Hornos, un rodal de pinos altos y espesos. Es ahora la época de la poda para los olivos. Por todas estas laderas y barrancos, además de verse y oírse las motosierras, los tractores y con sus remolques y mucho personal en la faena, se ven mil chorros de humo blanco que salen de entre cualquiera de estos olivares. Son los despojos de la poda que arden en cualquiera de las mil lumbres que los mismos

trabajadores encienden entre los olivares para quemarlos.

Se ven las ramas por el suelo y en algunos sitios, además del humo elevándose por el aire, se ven los restos de lumbres. Justo al terminarse la cuesta, antes de cruzar el arroyo, se acaba el endeble asfalto que le pusieron a esta casi olvidada carretera. Es el kilómetro dos cien. Empiezan los baches. El arroyuelo, como si fuera pura llanura con mucha hierba y el bosque de pinos espesos. Hasta Fuente de la Higuera, el camino es todo de tierra y, como decía antes, con muchos agujeros y profundos.

Justo al terminar el asfalto, a la derecha se aparta un camino y sube por la ladera a un cortijo que se ve sobre lo más elevado del cerro. Según tengo entendido, esta construcción se asienta sobre la Loma Alcanta, que quiere decir Alcántara y es el cortijo de Joaquín. En la casa, todavía viven personas y al mirarlo y mirar el arroyo, descubro que sólo unos metros después de cruzar la pista, ya aparecen las aguas del pantano. Como ahora está tan rebosantes, todas las entradas de los arroyos y ríos que les llegan desde las laderas, son como pequeñas colas de este inmenso mar.

Por muchas de estas colas repletas de aguas transparentes y también tupidas de tarayes y zarzas, las personas de los pueblos cercanos, vienen a pescar. Giramos una curva hacia la izquierda y aquí, con mayor esplendor y claridad, la cola del pantano. Se introduce por la cuenca del arroyo de la Cuesta de la Escalera dándose la mano con el camino que recorremos. Este cauce también fue conocido por

aquellos serranos por el de Los Saleros. Las piscinas donde se evaporaba el agua para dejar la blanca sal, las veremos en un instante. Casi hasta ellas llegan las aguas remansadas.

De aquella sal, buena y gruesa, se surtían casi todos los habitantes de los cortijos que se asentaban en la vega que ahora cubren las aguas. Con ella salaban las carnes de las matanzas y con ella condimentaban los variados guisos y comidas. En otros tiempos, las salinas de Hornos, eran conocidas por todos estos contornos y se valoraban como algo de mucha importancia.

Justo en el kilómetro dos ochocientos, a la izquierda y por donde la cola del pantano se va introduciendo en la cuenca del arroyo, se ven las ruinas de aquellas piscinas. Los manantiales están a nuestra izquierda y bastante remontados en la ladera y barranco hacia el pueblo de Hornos de Segura. Todavía se mantiene en pie el viejo cortijo donde se recogía la sal y luego se vendía. Allí mismo existen más piscinas y una alberca tallada en la tierra a donde caen el chorrillo de agua que brota de la tierra. Este verano pasado, recogí yo de ese lugar, buenos puñados de sal fina. La mejor porque es la que se cuaja, en forma de chuzo, al caer las gotas por las canales de madera que allí se pudren.

El arroyo este también trae mucha agua. Lo atraviesa un puente y ahora recuerdo que al lado izquierdo, siguiendo su cauce, enseguida hay una gran llanura todavía con los árboles de aquellas magníficas huertas, perales, parras, manzanos, granados, membrillos, y al final y pegando al cauce, la

construcción de uno de aquellos viejos molinos de trigo. A él acudían muchos de los habitantes de los cortijos de la vega para moler su trigo y de esa harina, cocer su pan en los hornos de leña en cada una de las casas.

Ya no es molino sino casa de recreo de alguien que tampoco es de estas sierras. Pero se conservan casi todas aquellas construcciones y el precioso rincón repleto de vegetación y abundante agua. El alma se inquieta sólo notar la presencia de la tierra muda y en ella, aquella esencia viva.

Sólo cruzar el arroyo, una curva a la derecha, muchos baches y enseguida remontamos una cuesta. Al subir, una llanura que se prolonga hacia el lado de El Chorreón. Al frente se ve la gran cola del pantano que va penetrando en las tierras que desde la Vega, se escapan hacia los extremos.

A derecha y a izquierda, según bajamos después de un puntalillo cubierto de muchas retamas y pinos, nos rebosa la tierra con sus mil matas de tomillo aceitunero. Estas plantas pequeñas y la mejorana junto con la espesura de los pinos, perfuman el viento de la tarde y los rayos de sol que besa la tierra. Las aguas del pantano que se ven aquí mismo y bajamos hacia otro arroyuelo que se encuentra justo en el kilómetro tres seiscientos.

Lo cruzamos y de nuevo al remontar, nos saludan los espesos pinos carrascos a un lado y otro. No estoy seguro que por aquí mismo viniera aquel camino real que atravesaba la Vega y subía hasta Hornos. Pero en todo caso, si no era por este mismo

trazado, seguro que sí atravesaba casi los mismos parajes. Y claro que parece como si ellos, montados en sus burros o mulos, fueran a presentarse en cualquier momento y detrás de cualquiera de estas muchas curvas y cerrillos.

En el kilómetro tres setecientos justo hay una curva que gira a la izquierda y desde aquí, una vista preciosa sobre el cortijo de la Loma de Alcanta y el pueblo de Hornos de Segura. A la izquierda, el pantano que nos va continuamente acompañando y mientras salimos del barranco del la Cuesta de la Escalera que es por donde se ha originado esta preciosa cola.

A la izquierda, las retamas adornadas con sus mil florecillas amarillas oro que al ser iluminadas por el sol de la tarde, parecen como si ardieran. ¡Qué colores más bonitos nos presenta la naturaleza en las plantas más insignificantes y donde menos lo esperamos! Como si cualquier tallo fuera la plenitud total de la Creación o como si hacia ella confluyeran todas las ciencias y todos los ríos del tiempo para mantenerla con el vigor y frescura de lo que es único y no tiene otro igual.

Y el pueblo de Hornos a la derecha, remontado sobre la roca con el sol de la tarde chorreándole amorosamente. ¡Qué espectáculo en cualquiera de los rincones o matices en que los ojos se paren! ¡Qué sencillo y pequeño todo cuanto a un lado y otro aparece y qué sensación de plenitud y exuberancia!

Justo en el kilómetro cuatro doscientos, remonta la pista un poquito por entre un bosque de pinos y las

aguas del pantano, muy cerca. Cuatro trescientos y remontamos un puntalillos donde hay unas olivas todavía pequeñas y gira a la izquierda. Se ve ya Monteagudo al frente y como surgiendo de la profunda sierra. La cola del pantano pareciera que brotara de las entrañas del mismo cerro. Más al fondo y a la derecha, el centro donde fueron las juntas de los ríos cuando las aguas del pantano relucían por su ausencia.

Bajamos y una extensa llanura con el mismo mágico vestido de belleza que he visto tantas veces. Kilómetro cuatro ochocientos y cruzamos un arroyuelo. Al frente y a la izquierda, el cortijo que tanto me impresiona cada vez que lo veo. Todavía no sé quién vive en él a pesar de que esta tarde, una mujer mayor barre la entrada. Me entran ganas de parar y acercarme para preguntar por algunas de los millones de dudas e ignorancias que sobre esta sierra me acompañan en cada momento. Pero no paro. Sigo y me voy diciendo que volveré otro día pero ¿será ya tarde?

Otra llanura y llena de viejas encinas. Kilómetro cinco y tenemos una señal de stop. Justo es aquí donde se junta el trozo de pista que desde Hornos de Segura, pasa por la Platera y el Carrascal y continua en la dirección que llevamos. A partir de este empalme, los agujeros en el firme, ya no son tantos y la pista hasta se ensancha. A lo largo del año, la arreglan varias veces porque las personas de las aldeas que tenemos al final, tienen que usarla para comunicarse con el resto del mundo.

Cinco seiscientos y tenemos una curva a la derecha y las aguas de este hermano charco artificial, nos quedan casi al alcance de las manos. Al frente se ve con toda claridad las ruinas de El Chorreón. Al dar la curva, desde lo hondo, nos sigue saludando Monteagudo. Por el lado que le vamos entrando, se derrama la sombra de la tarde y así parece más misterioso.

Siete doscientos y de continuo nos va acompañando, por la derecha, el bosque de pinos y las aguas del pantano. A la izquierda los olivares. Al frente aparece, siempre esbelto y profundo, el pico de Monteagudo. Toda la ladera sembrada de olivos y de la mitad hasta la cumbre, el espeso bosque de monte virgen. Un día recorrí ese bosque y por eso sé ahora que ahí crecen las madroñeras, lentiscos, cornicabra, muchos enebros y sabinas y sobre todo pinos y zarzas.

En todo lo alto del pico de Monteagudo, que es un cono que acaba cortado en horizontal, en la pura roca que emerge como en un volcán hacia las nubes. En esa explanada podrían aterrizar los helicópteros, si fuera necesario pero las muchas rocas quebradas y grietas que ahí se abren, lo impedirían. En el libro del Soto de Arriba, se habla profusamente de este pico y la excursión que al final de la guerra, los vecinos de este cortijo hicieron a rezar el rosario para dar gracias.

La ladera que se derrama hacia los Baños, está poblada de unas piedras que nunca he visto en ninguna otra parte de estas sierras. Parecen de origen volcánico. Muy irregulares, negras y duras como el mismo pedernal. Toda la ladera. Nunca he visto yo

piedras iguales por ningún sitio. Y por esto, hasta me he dicho, en alguna ocasión, que las aguas calientes que afloran por el manantial de Los Baños, ¿no podrían pasar por alguna fuente de calor en la profunda tierra? ¿No hay por aquí alguna actividad volcánica?

En realidad, la cúspide de Monteagudo, es como si fuera una columna de rocas surgida desde el vientre de la tierra. Como si fuera una chimenea volcánica. Kilómetro ocho quinientos y tenemos el final de nuestra ruta, Fuente de la Higuera, que no es la aldea sino una zona de acampada libre que junto al ojo de la Laguna y por el cerrillo de Los Baños, montaron. Hay un mechón de pinos y muchos tarayes que ahora cubren las aguas del pantano y por eso, las tierras donde se instalaban los que venían a acampar, quedan por completo cubiertas.

Kilómetro ocho seiscientos y ya estamos en el punto exacto. Nos saluda el bosque de pinos y la fuente de piedra que fabricaron para que los campistas tuvieran agua. No brota aquí este manantial sino bastante más arriba y en el arroyo de Los Baños. Desde ese rincón se la traen hasta este punto metida en su tubo de plástico negro. También las hornillas ahora solitarias y el canto de muchos pajarillos. La isla de La Laguna, la tenemos al alcance de la mano. Es justo el cerro donde estuvo construido el cortijo Moreno.

Vi yo que el otro invierno pusieron por aquí una cerca de palos alrededor de las aguas de La Laguna para evitar que las personas se metiera y cayeran. Ahora descubro que no hacen falta. La Laguna queda

por completo cubiertas por las aguas y también las ruinas de los viejos baños. ¡Lo que ha subido este pantano en estos dos últimos años! Y lo digo porque yo lo tengo recorrido y hasta me he bañado en la vieja bañera que todavía queda de aquel balneario.

En el libro inédito "Desde el Embalse del Tranco del Alto Guadalquivir", del mismo autor que esta guía, se dice: "Según las noticias que me estás dando descubro que ese lugar fue un verdadero mundo lleno de vida y riqueza pero me queda por ahí la confusión del balneario. ¿Hubo o no balneario en algún lugar de esa llanura?

- Sí que hubo balneario por esos llanos y eso en los textos antiguos puedes leerlo pero no se encontraba por esta parte de El Chorreón.

- ¿Por dónde estaba?

- ¿Tú conoces el "Ojo de la Laguna?".

- ¿Te refieres a ese charco de agua turbia que hay cerca de Fuente de la Higuera?

- Allí donde todavía sigue funcionando la única zona de acampada libre que existe en el Parque, ahí mismo se encuentra lo que nosotros llamamos el "Ojo de la Laguna".

- Pues sí la conozco. Varias veces he ido por el lugar porque con esa laguna me pasa como con las ruinas de El Chorreón, me tiene fascinado.

- Pues allí mismo, doscientos metros más abajo aún se ven las ruinas de lo que fueron "Los Baños", que es como por aquí nosotros siempre hemos llamado a ese rincón.

- ¿ Y por qué dejaron eso?

- Tú tendrías que saber que esos baños son muy antiguos y aunque ya antes de la construcción del pantano no funcionaban plenamente, a partir de

cuando el pantano se llenó, todo quedó cubierto bajo sus aguas. Dicen que el agua de esos baños es una de las mejores del mundo porque las han llevado a Madrid y todo y dicen que van a sacarlos de esa zona a un lugar donde el agua del pantano no llegue para poner en funcionamiento otra vez esos baños pero la verdad es que yo no sé si eso será posible y el dinero que pueda costar. Quizá si ese proyecto, casi sueño se hiciera real, podría ser bueno para este pueblo mío, porque fíjate que teniendo como tenemos estas y otras cosas tan buenas, casi únicas en el mundo entero, nadie le da importancia y ahí se pudren sin aportar ningún beneficia a la sociedad y menos a los pobladores de estas tierras. Quizá ese decir se quede en lo que se quedan tantas otras cosas que también dicen. Sería estupendo ¿Verdad?
- Sí que lo sería y por eso hay que esperar a ver si al final salen adelante estos proyectos que dicen pero la verdad es que yo todavía no he terminado con la aclaración de estas dudas mías".

Al pasar esta tarde por aquí recuerdo como fueron los primeros tiempos de los baños: "Esto era una familia que había en los Baños de la laguna. Se dedicaron a hacer casetas y bañarse. Sus casetas con sus pilas. A ese lugar acudían las personas para bañarse. Uno de la Canalica bajó porque estaba perdió de reuma y hasta con la cabeza torcida. A los tres días de bajar ya volvió con su propio pie. Siguió bajando hasta siete veces. Ya no tuvo que volver más. Se curó por completo.

En aquellas fechas a los baños acudían muchas personas de todos estos pueblos cercanos y también de los pueblos de la Loma de Úbeda. Estos baños

parecían una feria. Y encima de que tenían muchas casetas para dormir, cerca de los baños, crecían cuatro robles gigantes. En las sombras de estos árboles sesteaban muchas de las personas que acudían a los baños en busca de remedio para sus enfermedades. Al mismo tiempo, como aquello parecía una feria, se formaban sus bailes. Tocaban con una guitarra que tenía una sola cuerda. Otras veces acudían a la gramola que tenían allí. Por los cortijos de la Vega de Hornos todo el mundo oía que en los baños, toda aquellas personas que acudían a quitarse el reuma, allí se la dejaban. Y los de la Vega dijeron:

- Y no nosotros que estamos aquí cerquita ¿por qué no vamos a los baños?

De muchos cortijos de la Vega acudieron a los baños y en aquellas aguas se dejaron también su reuma.

Cuando se iba la gente de los baños, las personas del Soto, de Fuente de la Higuera, de la Platera y de Hornos, acudíamos a los bailes que por todos esos cortijos se formaban. Todas las noches estábamos sino en un lado, en otro. Pero a base de buenos bailes y no lo que hay ahora. Lo de antes era mejor que lo de ahora. En aquellos bailes se cantaban coplas como la que dice:

Montillana y los Parrales,
la Laguna y la Platera,
Hornos y Cañá Morales,
Cortijos Nuevos y Orcera,
la Puerta y los Ventiscales.

La fragancia eterna

Es por la mañana y aunque la tierra de la ladera y la sombra de las encinas que se derrama en ella, es la misma del día anterior y la de hace cien primaveras, por ella hoy duermen los caminos que llevan al centro de la emoción que sabe a tristeza y por ella, baja el pastor detrás de sus blancas ovejas que corren buscando las bellotas y como la tierra hoy sí tiene sabor a hiel y a esencia, él habla y les dice, a las tres que por su lado se quedan:

- Vosotras comeros estas bellotas que voy cortando de las ramas y pongo sobre la tierra que ya veréis como os saben a gloria y os alimentan.

Y mientras desciende por la pendiente que precede al Valle, de las ramas viejas y de las bajeras de las encinas, arranca las bellotas y a puñados, las va soltando en el pasto y entre la hierba que ya comienza a brotar y las ovejas se las comen mientras las otras ya se han perdido por entre las sombras densas de las tierras llanas que es hacia donde vienen bajando porque es por ahí por donde está el calor del corazón y como ahora él siente el cansancio, la confusión y la tristeza, otra vez habla con ellas y les dice, mientras se comen su bellotas:

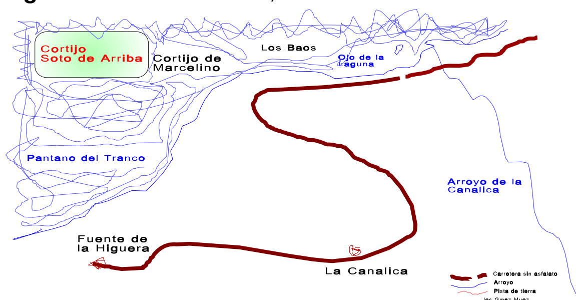
- Cuando ya por fin sea viejo ¿quién se acordará de mí y quién me dará una mano para que me apoye, al bajar por esta ladera y quién me dará el cariño que necesito y en el rincón tranquilo de mi casa pobre y quién se encargará de prestar su cuidado a los tomates de mi huerto y a vosotras mi ovejas?

Y como en la mañana clara, el mundo entero parece confluir hacia el centro del Valle que es por donde se celebra la fiesta, sigue descendiendo los

caminos que vienen desde todos los extremos y al llegar a la curva del arroyo, se tropieza con la abuela que también camina encorvada y mientras da sus pasos torpes y reza, viene pronunciando el dolor que dentro le quema:
- Al encuentro de la última fiesta en este Valle pero es necesario para que, aunque ya seamos extraños en la propia tierra, nos quedemos abrazados y envueltos en la fragancia eterna.

Y el Valle, como callado y rebosando casi de la misma angustia que en sus corazones ellos llevan y los caminos fluyendo por donde manan las fuentes y todo, como en su espera y como es por la mañana, unos a otros se dicen que todavía hoy tienen tiempo de juntarse y rezar y charlar y contarse las cosas que en sus almas les inquieta aunque todo esté tan claro que fluya como un río inmenso pero no de aguas limpias, sino de amarga tristeza.

86 - Los Baños, La Canalica, Fuente de la Higuera. Carril. Andando, bicicleta o coche.



Las distancia

Desde la antigua zona de acampada, que es donde brota La Laguna, siguiendo siempre la vieja pista de tierra y, hasta Fuente de la Higuera, es sólo un kilómetro quinientos metros.

El tiempo

Remontando desde este lugar de La Laguna, si lo hacemos andando, cosa que sería mucho más emocionante, podremos tardar una media hora pero si subimos en coche, serían sólo tres o cuatro minutos. Desde La Canalica y Fuente de la Higuera, podríamos trazar alguna ruta hasta el picacho de Monteagudo.

El Camino

Este camino o ruta es la prolongación de la pista que hasta Los Baños, hemos traído. Asciende ladera arriba por entre olivares y aunque el firme sigue siendo tierra, está mejor que el primer tramo.

El paisaje

Desde Los Baños o La Laguna que es donde estuvo la zona de acampada, se extiende un precioso olivar que según se asciende, va abriéndose hacia las aguas del pantano. En el libro “En las Aguas del Pantano del Tranco”, se habla extensamente de las dos aldeas sobre estas laderas, La Canalica y Fuente de la Higuera, así como de las personas y cortijos que por aquellos tiempos vivían por aquí y daban vida a estas tierras. El pico de Monteagudo, corona a estas aldeas y puede servirnos para una bonita excursión a pie.

Lo que hay ahora

Justo donde hemos dado por finalizada el recorrido que nos ha traído por la orilla de las aguas hasta La Laguna y Los Baños, comienza la pequeña ruta que nos lleva a la aldea de La Canalica y Fuente de la Higuera. En realidad sólo tenemos que continuar por la misma pista. Pero como cada rincón de estos parajes encierra tanto y es tan núcleo en el inmenso mar de aquella historia ensordecida, es necesario fragmentar para gustar la propia esencia y con sus matices únicos.

Recto y pegado al pinar, avanza el primer trocico de camino y formando línea paralela con los límites de las aguas. A los cien metros, se despega la pista y ya empieza a remontar en busca de las mágicas aldeas que, en forma de balcón, todavía hoy siguen mirando al Valle perdido para siempre. Primero entre zarzas y se ven los olivos a un lado y otro y al frente, nos deslumbran las blancas casas de esta antigua aldea.

El camino está bastante bien y una curva a la izquierda. Sigue remontando entre zarzas y muchos olivos. Quizá estos árboles son todavía algunos de los que Maricruz conoció cuando aún vivía en su idílico cortijo del Soto de Arriba. Desde este curva, se nos abre al fondo el precioso pueblo de Hornos con la gran cola del pantano como de alfombra. Desde esta ladera y, según nos vamos elevando, la vista es cada vez más impresionante.

Un kilómetro hasta la segunda curva que es donde ya la pista de tierra gira hacia la derecha y enristra recto a La Canalica. Tiene una recta que sigue subiendo y pinos a un lado y otro. Los olivos están por aquí pero se pierden por muchos trozos porque no es posible su cultivo en tierra tan quebrada. Vamos dirección al poniente y desde aquella lejanía por donde el sol se oculta, se alza la sierra de Las Lagunillas, desde aquí mucho más hermosa y como trazando una muralla entre las aguas del pantano y la gemela montaña que es esta que vamos remontando.

Las cuatro o seis casas de La Canalica y un kilómetro trescientos. Muchos paneles solares de aquellos que pusieron para que estas personas tuvieran luz eléctrica. Llaman la atención nada más acercarse. Unas casas a la derecha y varias a la izquierda bastantes viejas. Paredes de alguna casa derruida y al frente, precioso y con toda su majestad a pesar de los escombros, el cortijo de Montillana. Por encima queda el arroyo con el mismo nombre, el cerro de Hoya de la Sorda y la zona del camping.

En aquellos tiempos, en esta bonita aldea de la Canalica vivía la tía Asunción que tenía cuatro hijas y

dos hijos. La tía María, que le decían la Panadera que tenía dos hijos y dos hijas. Una se casó y se fue a vivir a las Lagunillas. Cuando se casó la otra se fue a la Hoya de los Trevejiles y creo que los otros quedaron solteros. Estaba Santiago el Chico, que le decíamos así y tenía otros cuatro, dos marginas y dos varones. También vivía allí Catalina Marín que tenía tres hijos y cuatro hijas. También se fueron por ahí lejos. Una de estas hijas queda en Cortijos Nuevos. En el cortijo de Isidro Marín, había siete hijos, dos del matrimonio, eran nueve y la abuela, diez.

“Esas casas que dices que hay en La Canalica, cuando yo estaba allí, no existían. Sólo el cortijo Grande del Maestro Parras, su mujer y sus hijos, cuando vivía toda la familia allí. La construcción era de un cortijo grande, de labranza y el cortijillo chico donde vivía Santiago Caro, de apodo “El Chico” y su mujer Victoria, con estas dos niñas gemelas que yo te cuento y otros niños más que tenían. Si desde aquellos tiempos han edificado más casas nuevas, no lo conozco yo porque cuando vivía en mi Soto, no existían”.

Es, por lo tanto, este punto, un balcón para terminar de gozar la ruta 1 y los paseos al El Chorreón y a Los Parrales. La carretera sigue adaptándose a la ladera pero nosotros, metiéndonos por entre las páginas del libro del Soto de Arriba, escuchamos a María de la Cruz y de La Canalica, entre otras cosas, nos dice:

” Y esta mujer no sabía rezar el rosario. Pero su corazón, ella lo tenía puesto en Dios. Cuando mi abuela decía “Dios te salve María...” como no sabía

contestar: “Santa María...” decía: “que no le pase ná mi Juan a mi Modesto a mi Antonio y a mi Manuel”. Luego en la letanía, cuando se decía: “Ora por nobis...”, como era antes, ella: “que no les pase ná, que no les pase ná...” Aquello, vamos, emocionante de oírla. Pues no les pasó nada. Cuando terminó la guerra, volvieron sus cuatro hijos. Los cuatro y a ninguno le pasó nada. Que dos viven todavía en la Canalica: Juan y Manuel. Allí a lo que se le tenía también mucha devoción era a la cruz. El día tres de mayo, casi en tos los cortijos, hacían una cruz y organizaban fiestas. La cruz de mayo era muy famosa por el lugar. Y luego la fiesta del pueblo, la patrona, Nuestra Señora de la Asunción y San Roque...

... En la llanura se juntaban mozos de la Fuente de la Higuera, de la Canalica, de la Laguna, del Baño, de Cañá Morales, acudían también, de los Parrales. De todos aquellos cortijos. Es que no sé por qué, si porque estaba precisamente a orillas del camino real, mi Soto era muy popular. Muy pasajero, de todo el mundo pasar por la puerta, el Soto era muy popular. Allí se juntaban todos los mozos a jugar a los bolos. Y a ambos lados del camino, los viejos y los chiquillos, mirando a los muchachos compitiendo con sus bolos”.

Sigue el camino, ciñéndose a la ladera, casi llano y siempre en la dirección en que se pone el sol. Y ya al frente, en la ladera, por debajo de un pico muy parecido a Monteagudo pero mucho más pequeño y que está arropado de olivos hasta casi la misma cumbre, mirando al pantano, está Fuente de la Higuera. Es un bloque de casas, todas apiñadas y clavadas en las tierras, que se caen sin caerse y por

eso asomadas como si todavía no se creyeran que lo del pantano sea real.

Se ve el artilugio de las placas solares y la carretera le llega suavemente. Desde aquí, la mejor vista para gozar y orientarse por todo este amplio rincón de la cola del pantano que se comió lo más fértil del pueblo de Hornos. Nada más llegar, la tarde que vine por aquí para empaparme más a fondo de estos rincones, me encontré con un señor algo mayor y al pararme, le pregunto:
- ¿Es esto Fuente de la Higuera?
Y me responde:
- Donde hay agua, higos y brevas.
Y al salir su señora, también le pregunto:
- ¿Qué sabes tú del cortijo Soto de Arriba?
- ¡Madre mía! Si ahí me he criado yo.

Y sin querer ni pretenderlo, desde el balcón de la bella Fuente de la Higuera, nos metimos bajos las aguas del pantano y por entre las ruinas de aquel gran cortijo nos pusimos a jugar:

“Yo vivía en el Soto, enfrente de Mary Cruz. La casa de ella y la mía estaban así porque mi abuelo y su padre eran hermanos. Pues una distancia de Mary Cruz como desde aquí a esa cochera.
- ¿Y cómo era aquella niña?
- Mary Cruz era una maravilla. Era una niña bonita que siempre iba muy bien vestida. Entonces no se compraban las cosas como ahora pero su abuela tenía unas manos que eran divinas. ¡Le hacía unos calcetines, calados y de colores, que eran preciosos! La niña, desde luego, era bonita pero es que iba como una princesa.

- ¿Y tú jugaste con ella alguna vez?
- ¡Pues claro! Pero ella ha sido muy religiosa, siempre estaba con las estampas. Y es que la abuela era una persona muy especial y así salió aquella niña tan dulce que nunca se enfadaba, sin rabia ni pataleos. Vamos que era una niña maravillosa. Ya después no la he visto pero siempre la planta desde chica crece.

La tarde es brillante y el sol cae sobre las azules aguas del Pantano. Desde estas casas de Fuente de la Higuera, balcón sobre el Valle perdido, se adivina aquel mundo sumergido para siempre en el gran lago de aguas color cielo. Mirándolo y mirándola a ella y con el recuerdo del Soto en mi mente, me digo que hay que ver cómo son las cosas y el tiempo resbalando por ellas. Y lo digo porque parece que después de tanto, lo único que al final queda, es aquello que pasado el sueño, permanece vivo.

"Y ya que te hablo de La Fuente de la Higuera, quiero decirte, una vez más, que allí vivían unas personas buenísimas y a todas las recuerdo perfectamente. Te puedo contar muchas vivencias y muy agradables como de todas las cosas y personas que conocí en mi Vega. Y aquello lo tengo muy andando porque unas veces subíamos por gusto y otras por aquello de las cartas de los soldados. De La Fuente de la Higuera, también había muchachos en la guerra. Concretamente al hermano Jacinto y a la hermana Paula, le mataron un hijo en la guerra que se llamaba Isidro. Además de otras hijas que tenía, yo al que más recuerdo era a Domingo porque era muy amigo de mi hermano Ángel. Quiero decirte que hasta esta pequeña aldea de mi tierra amada, llegó la tragedia de la guerra.

Recuerdo perfectamente al hermano Blas y a la hermana Ramona que es la que te conté que bailaba con tanta gracia aquel día tres de mayo. Esta señora y su marido, Blas, son los padres de Paulino el que se casó con mi prima Ramona como ya sabes. Recuerdo al hermano Eustaquio, a la hermana Piedad, el hermano Toribio, la hermana Ramona, el hermano Ángel Hernández y su mujer Dionisia. Este matrimonio tenía varios hijos pero hijas sólo una que se llamaba Lorenza y creo que todavía vive y se casó con Domingo, el hijo del hermano Jacinto y la hermana Paula. Todas estas personas eran bondadosísimas.

Seguro que nadie se acordará de mí pero yo sí me acuerdo de ellos. Me dejaron mucha huella por lo buenos que eran todos conmigo. La huella que dejan las personas buenas que conoces, es para toda la eternidad".

Al frente, un poco a la izquierda y hacia el norte, tenemos el muro del pantano, justo debajo de nosotros, el gran brazo de aguas azules y en su fondo, el cortijo Soto de Arriba, al frente y en la orilla opuesta, el cortijo de Los Parrales, más hacia la derecha y en la orilla, el cortijo de Montillana, siguiendo la misma orilla y subiendo hacia el pueblo de Hornos de Segura, el cortijo de El Chorreón, en esta dirección y siempre girando de izquierdas a derechas, al final de la gran cola, y sobre la imponente roca, el blanco pueblo de Hornos de Segura y si desde él nos venimos hacia nosotros, siguiendo el borde de las aguas pero por el lado opuesto al del cortijo de Montillana, tenemos las aldeas del El Carrascal, La Platera, Hornos el Viejo y más próximo a nosotros, el viejo cortijo de Moreno, La

Laguna, Los Baños, el cortijo de Joaquín y volvemos otra vez al cortijo del Soto de Arriba, corazón de aquella Vega y ahora, de este trabajo. Y ya, y como dominando la espléndido visión, La Canalica y Fuente de la Higuera que es donde estamos.

La fragancia eterna

Vino un tiempo esplendoroso y al explotar la primavera, la Vega se cubrió de hierba fina y los cerezos de los huertos, se llenaron de flores blancas, en cantidad tanta, que parecían una nevada intensa y las perdices, por las laderas, a todas horas desgranaban sus cantos y como el buen tiempo se prolongó y las lluvias llegaron tarde, la tierra se empezó a secar mientras las zarzas por los cibantos, echaban sus hojas nuevas.

Y una tarde de aquella primavera adelantada y toda esplendorosa aunque algo seca, se cubrió el cielo de nubes y al caer la noche, la lluvia fina regó la tierra y con las temperaturas cálidas de la noche negra, salieron los caracoles y de luces de teas encendidas se llenó toda la Vega y al salir el sol, al otro día por la mañana, sí era de verdad un ensueño ver tantas flores abiertas e impregnadas de gotitas transparentes y oliendo, todo el campo, a dulcísima esencia.

Y el joven, el que recorría la Vega soñando y esperaba a la otra primavera y tenía el corazón herido y temblaba de tanto miedo, se sentó bajo la encina a contemplar el momento mágico y a ver de qué manera encontraba un camino que le llevara al corazón del amor que le quemaba por dentro y otra vez, no

encontró consuelo sino incertidumbre y mil destrozos en todo cuanto amaba con fuerza.

Y estando en esta angustia florecida de tan dulce primavera por la tierra que tanto ama, se dice que quizá una manera de encontrar algo de consuelo, sea concentrarse en los ojos y desde ahí, por las venas que llevan al alma, relajarse y lo mismo hacer con el aliento que por la nariz se le cuela y también con la garganta y luego con el corazón, que es donde está la fuente de los sueños y así de este modo, dejarse dormir sin dolor, en el fluir de la primavera "porque quizá sea este el camino que me hace esencia con las cosas y las fuentes que brotan en mi Vega", se dice.

Y aquella mañana, la primavera dulce, estaba llenando la tierra y él sentado bajo la encina con su dolor doliendo y con su sueño bello, intentando hacerse fragancia con el latido de su amada Vega.

87- El Carrascal, La Platera, Hornos el Viejo, Hornos de Segura. Carretera y carril. Andando, bicicleta o coche.



Las distancia

Desde el cruce con la pista que va a Los Baños y pasando por las aldeas de El Carrascal, La Platera y Hornos el Viejo, unos seis kilómetros.

El tiempo

En coche y subiendo despacio para empaparnos a fondo de la preciosa vista que nos ofrece el pantano, ahora desde otra perspectiva y más lejos, se tardan unos diez minutos. Andando, realidad que es muy gratificante, se puede recorrer en una hora y media aproximadamente por ser cuesta y en algunos tramos, muy pronunciada.

El Camino

Se trata de una pista de tierra que comunica a las aldeas de El Carrascal, La Platera y Hornos el Viejo con su hermano mayor sobre la gran roca. Discurre a media ladera elevada sobre el valle donde se embalsan las aguas y su firme está bien pero depende de la estación del año en que la recorramos.

El paisaje

Desde las tres pequeñas aldeas hasta Hornos nos acompañan las laderas pobladas de olivares clavados en las tierras que un día fue despojada de encinas y robledales. Hoy, los espesos bosques de pinares cubren las partes altas de estas laderas y ascienden hasta las mismas cumbres que nos van quedando a la derecha. El arroyo de la Cuesta de la Escalera, nos sale al paso a mitad de la ruta y nos asombra un poco más con su caudaloso cauce y profundo surco arropado de sombras y espesa vegetación. Siempre al fondo, la grandiosidad de las aguas del pantano y sobre ellas, los reflejos de luces suaves y mágicas.

Lo que hay ahora

Por el trozo de pista que nos dejábamos a la izquierda cuando bajábamos hacia Los Baños, kilómetro cinco, torcemos de regreso hacia el pueblo de Hornos de Segura. En la llanura y entre viejas encinas y olivos, nos tropezamos con las blancas casas del El Carrascal. El camino por aquí está bastante bien. Sube no demasiado empinado y busca la segunda aldea que es La Platera. Es este un grupo de casas bastante grande y por aquí, todavía tienen ellos sus huertos, sus animales de aquellos tiempos y casi pura, su forma de vida.

Se ven algunos burros, nos recrean los huertos bien cuidados y las manadas de ovejas pastando. Gira el camino hacia Hornos el Viejo, porque las tres aldeas casi se dan la mano y antes de entrar a sus casas, a la derecha, nos sale una pista de tierra que remonta. Por aquí descienden los pastores de la gran Sierra de Segura, Pontones y Santiago de la Espada, cuando bajan a las tierras de Sierra Morena a invernal. Es por aquí por donde viene la vereda de trashumancia y por esta pista, es también por donde se ha pensado desviar la carretera asfaltada que viene desde Jaén capital hasta Santiago de la Espada.

Y a la entrada de Hornos el Viejo, una gran noguera y a la derecha, la fuente sobre una preciosa explanada donde se puede aparcar y beber agua fresquita. Es muy cortito el recorrido por el centro de las pocas casas que forman este pueblo y a la salida, una encina grande a la izquierda. Una mujer mayor que corta troncos de pino con su hacha vieja. No vive mucha gente en esta aldea y menos en las temporadas de invierno. En verano, como suele suceder en muchos pueblos y aldeas de estas sierras, si vuelven muchos de los que fueron emigrando porque las raíces tiran.

Justo en este Hornos el Viejo, el camino deja de remontar y gira para el pueblo de Hornos de Segura, surcando las sierra a media ladera y remontado bastante sobre el pantano. Abundan los pinos, porque esto sí es ya tierra del Parque Natural. Tierra blanca y roja y monte bajo, torviscos, cornicabra, romeros y enebros. En el kilómetro uno cien, en una curva hacia Hornos, una vista preciosa del pueblo al frente y más cuando ahora cae el sol y lo tenemos mucho más

cerca. Al fondo y a lo lejos, sobresale Cortijos Nuevos y el Cerro de Hornos que es el que por al lado del levante, corona el pueblo.

Otra curva, ya más cerca, y el pueblo que sigue viéndose al fondo y remontado sobre la gran roca. Por debajo se descubre el barranco donde están los manantiales de aguas saladas, usadas en aquellos tiempos, para extraer la sal que se consumía en muchos de los cortijos y se ve el camino que sube hacia las ruinas que por ahí todavía quedan. Vamos dando una curva por esta ladera repleta de pinos y al frente, antes de cruzar el arroyo de la Cuesta de la Escalera, nos mira la empinada ladera cubierta de olivos.

Abajo a la izquierda, se nos abre el arroyo y por sus orillas, un espeso bosque de álamos subiendo por el cauce y un edificio antiguo que es uno de los tres molinos que por aquellos tiempos funcionaban en este arroyo. Molían trigo, cebada, habas, panizos y pimientos colorados. A la derecha la gran ladera tan repleta de pinos y el cerro cayendo hacia el barranco con sus recios farallones rocosos. El camino corta esta pendiente y sube paralelo al cauce del arroyo buscando un punto mas propicio para atravesarlo. Es preciosa esta subida buscando el puente.

Justo en esta angostura los pinos parecen desplomarse amontonados y entre ellos, los olivos. Como es por la tarde, da la sombra y como es ya casi primavera, resulta un paseo delicioso hacer calladamente este camino. Una perdiz se me cruza antes de alcanzar el puente y se me para sólo a quince metros, entre las aulagas y pegado a un olivo.

Están en celo y por eso, en el pecho de enfrente, oigo a la otra reclamándola. Tiene un plumaje muy bello.

En el kilómetro tres trescientos, desde El Carrascal hacia Hornos de Segura, está el puente que da paso al cauce del arroyo Cuesta de la Escalera. Es este un rincón tan lleno de encanto que bien merece una larga parada y gozarlo detenidamente. Las perdices, pues aquí están en su mundo como también ocurre a lo largo y ancho de todas estas sierras. Mucha tierra suelta que es lo que a ellas les gusta, mucha agua tienen ahora y mucha hierba. Ya estarán preparando sus nidos porque el refrán dice que "en marzo, con tres o cuatro".

Desde el arroyo, la pista de tierra, remonta algo empinada y por momentos aparecen los típicos baches. Por la otra ladera vamos buscando el pueblo blanco de la gran roca. Al principio son pinos y monte bajo y enseguida, muchos olivos. Como es por la tarde, el sol está cayendo sobre el pantano y su luminosidad no deja que veamos claramente la majestad del gran charco lleno hasta los bordes. Si fuera por la mañana, la imagen sería a la inversa y ello desprendería mares de belleza mágica.

Y es un gran espectáculo porque al fondo, se divisa toda la cola ahora desde la perspectiva que nos da la distancia que tenemos por medio. Al fondo, desde cualquier ángulo que contemplemos este pantano, nos queda siempre la sierra de Las Lagunillas y al otro lado, la cordillera y sierra de Beas. Por aquí, mucho romero florecido, mucha aulaga y ya, algunas personas mayores que, como sucede en

todos los pueblos de estas sierras, salen a pasear al caer la tarde.

Ahora hay abundantes espárragos y por eso muchas de estas personas se entretienen buscándolos para hacerse su tortilla al caer la noche. Aprovechan, hacen gimnasia, gozan del campo que tan dentro llevan y de paso, cogen sus espárragos. Este año hay buena cosecha porque ha llovido bastante y ahora estamos teniendo un buen tiempo.

Kilómetro cuatro trescientos, la visión del pueblo blanco sobre la roca, nos sigue sorprendiendo y cada vez más cerca. La pista se va adaptando a la ladera del olivar sin dejar de trazar curvas y formando balcón sobre el amplio valle. De la pista para abajo, muchos olivos y de la pista para arriba, todo monte espeso porque subimos hacia las partes altas del Cerro de Hornos. En el kilómetro cuatro setecientos y en una curva hacia Hornos, la vista del pantano es esplendorosa.

Una cueva a la izquierda, muchas higueras, el antiguo lavadero del pueblo también a la izquierda y unas niñas que se han parado a beber, en su paseo con bicicletas. Este lugar es la famosa Fuente de Camarillas. Los lavaderos verdaderos del pueblo de Hornos, en aquellos tiempos que no ahora, están justo a la entrada por la vieja Puerta de la Villa. Es justo este el kilómetro cuatro novecientos. Y el cementerio algo más adelante y a la derecha. Al remontar, se allana la carretera y en el kilómetro cinco cien, se encuentra el cementerio. A la izquierda nos queda una gran piedra, entre olivos y un buen pino.

“La fuente que tú dices se encuentra por la parte del cementerio nuevo, eso se llama Camarillas. Ese lavadero, esa fuente es así como se ha llamado de siempre y el lavadero que hay o había, no sé si estará todavía, a la entrada del pueblo por la Puerta de la Villa, es donde siempre se ha lavado. Allí iba una cantidad de agua muy enorme y es a donde bajaban del pueblo a lavar también pero este lavadero es más moderno que el de Camarillas. Lo hicieron después.

Y antes de llegar a Camarillas, en una curva que en la carretera de Hornos a Pontones, hay un mirador. A ese rincón le llaman Las Celadillas y desde allí se ven cosas maravillosas. Yo no sé qué nombre tendrá ahora pero a aquella curva y al lugar, nosotros le decíamos Las Celadillas”.

Kilómetro cinco trescientos, a la izquierda una roca grande, pegada a la carretera y abajo, el barranco donde se encuentran los manantiales salados y las viejas ruinas de aquellas construcciones. “Otro recuerdo de aquella escuela y la maestra es que un día, nos llevó a todas las niñas, de excursión al salero para que lo viéramos. Esto fue durante el tiempo de la guerra. Vimos como brotaba el agua, como se convertía en sal y ella nos iba explicando el proceso de como se iba cristalizando. Me acuerdo que vimos unas piletas, unas abarquilla chicas y el agua iba entrando, clara que parecía agua corriente pero luego se convertía en sal. Ella nos lo explicaba pero yo no me acuerdo. Y había allí unas piletas que estaban llenas de sal y aquello estaba precioso de tanta sal blanca que parecía nieve.

Los hombres que trabajaban tenían unas herramientas que parecían legones y con estos utensilios la recogían y la amontonaban para irla sacando y vaciar las piletas para que se llenaran otra vez de agua y que se fuera haciendo sal. Aquella sal, luego la iban vendiendo y como por allí todo el mundo hacia su matanza, pues aquella sal se distribuía por todos sitios. Mucha gente iban a los saleros a por sal para salar los jamones, los embutidos y para el gasto de las casas. Los saleros de mi pueblo de Hornos eran los que abastecían a todos los cortijos de aquellos contornos.

No sé en qué otro sitio habría algún salero más, porque yo no tengo noticias nada más que de las salinas de Hornos. Le decían el Salero de Arriba y el Salero de Abajo y yo estuve, entrando por el pueblo de Hornos, en el Salero de Arriba".

Kilómetro cinco quinientos, la curva y se abre majestuosa y al frente, Hornos. Estamos como a quinientos metros del pueblo. Es precioso, remontado sobre la roca, en primer plano, las casas nuevas y las torres del castillo y de la iglesia. Desde el valle, la ladera sube llena de almendros ya todos vestidos con sus nuevas hojas que revientan de un verde intenso.

A la entrada y a la izquierda, unas ruinas, una fuente, una higuera a la derecha, tierra roja de la torrentera y ya las casas del pueblo y la calle que se empina. "Yo creo que esas ruinas son las del molino de aceite de don Francisco Blanco". Al coronar, dos direcciones: a la derecha, se sale a la carretera asfaltada que viene desde Cortijos Nuevos. Es la vía principal de acceso a este pueblo que al llegar, lo roza,

trazando una cerrada curva y sigue remontando. Escala por el barranco de la Garganta y asciende hasta el Puerto de la Cumbre. Si desde aquí continuamos por esta carretera, nos llevará a Pontones Alto y Bajo, al nacimiento del río Segura, a los Campos de Hernán Pelea y a Santiago de la Espada, con todas su bellas aldeas y grandiosos paisajes.

Por la dirección de la izquierda, penetramos en el corazón del pueblo de Hornos de Segura. Enseguida y a la izquierda, la plataforma del mirador sobre la amplia Vega que hoy cubren las aguas del pantano. A la derecha y enseguida, la Puerta Nueva, tallada en la pura roca que baja desde el cerro del castillo y que en otros tiempos sirvió de muralla. La entrada al recinto amurallado, era por unos arcos en la muralla, al otro lado del pueblo y también cortando el espigón rocoso. En cuanto atravesamos el estrecho de esta roca, aparecen las casas y las calles estrechas por entre ellas y bajando un poco, salimos al recinto de la plaza de la iglesia. "La Rueda" como desde siempre se llamó el rincón y de ello, María en su libro del Soto, nos da buena referencia.

Nos queda a la izquierda la fachada de la iglesia y la puerta y una entrada, por donde está el Ayuntamiento, nos sitúa en otro de los miradores, el del Aguilón, que se abren desde todos los extremos de este pueblo. Asomados a él, casi colgado en la pura roca, al frente y desde las profundidades, se nos presenta la azul llanura de las aguas del pantano y, hacia los lados y hasta las cumbres, las grandes laderas como rebosando y vestidas con su manto verde negro.

Es este un momento importante por lo que tiene de resumen, en un sólo vistazo, del rincón que hemos surcado recorriendo las distintas rutas. Si nos concentramos y observamos atentos, veremos como el gran Valle se nos presenta con la belleza del cuadro más perfecto jamás pintado por artista humano. Desde el fondo, allá a lo lejos y por la derecha, emerge la carretera por donde sube la primera de las rutas. A la mitad y desde ella, se descuelga el primero de los paseos que sobre el Valle y por las orillas de las aguas, se divide en los otros dos paseos, el de El Chorreó y Los Parrales.

Ya en la parte alta, por la izquierda, la pista de la segunda ruta y al final pero sobre las sierras que descienden desde las cumbres de Pontones, las dos rosas de aldeas asomadas a su balcón como si esperaran que el cortijo del Soto, en cualquier momento, surgiera de las aguas. Más por nuestra izquierda, las otras tres aldeas y la pista que asciende hasta el núcleo de casas donde ahora estamos detenidos. Pero en el centro de este reino de ensueño que más parece pertenecer a otro universo que a la propia tierra que lo contiene, el juego de colores y luces tamizando los remansos y las llanuras verdes.

Y todo, y lo que se adivina guarda su silencio en espera del momento y pareciera que está como de rodillas o alfombrando el real camino de la eternidad, que desde lo hondo arranca hacia nosotros y las blancas casas de Hornos de Segura, sobre el pedestal de rocas. Y nosotros, absortos sin saber ni hablar o en todo caso preguntando: “¿Quién nos los puede describir con la claridad con que nos quema dentro?”

Y como la imagen de tan irreal cuadro de belleza fina y misterio condensado, no me cabe en las palabras que por mi mente pasan, aquí guardo silencio. Que la quietud de las casas de este dulce pueblo y la grandiosidad de su Valle aplastado, obre en nosotros el milagro y nos abra los ojos del alma, que es donde se fraguan los caminos que llevan a las más completas rutas y manan las fuentes que dan color a todas las praderas. Que Dios quiera poner su hálito de amor en el corazón que nos ha regalado y nos premie con el gozo de lo puro para que lo rozado por nosotros quede más limpio y aquello que nos ha rozado a nosotros, nos haga más libres, grandes, trascendentes y enamorados.

La fragancia eterna

Siguió pisando la arena blanca, acompañado del rumor del agua y el perfume de la primavera colgada desde las rocas y al mirar al frente, como era por la mañana, vio el sol brotando desde sus cumbres largas y vio sus chorros de luz, blancas y color naranja, caer por los barrancos de las nieblas finas y la espesura de las zarzas y vio luego arder de luz pura la superficie de los charcos y el musgo trabado en las piedras y por donde el río corta las rocas que bajan de las partes altas, vio como en manojos espesos, el sol se colaba e igual que en aquellos tiempos, encendía de oro y primavera fuego, el surco por donde sigue cruzando la corriente plata.

Y siguió avanzando despacio, ahora ya pisando el borde acristalado de los remansos blancos y jugando, como en aquellos días, con las pequeñas playas de arena blanca y al llegar al fresno recio, vio

que el venero o la fuente clara que surgía con aquel denso caño, ya no estaba o sí estaba pero encerrada entre cemento y muchos tubos negros que por entre la hierba cruzaban y el rellano, con más cemento y las escaleras también fraguadas con cemento y al pisar el rincón arropado por la sombra del viejo fresno, sintió que aunque la primavera seguía corriendo en forma de río y colgada en los culantrillos de las rocas de los lados, no era lo mismo porque sobraba el cemento y faltaban los juncos verdes que cubría al manantial y los berros que siempre crecían en el agua fresca que saltaba por la corriente clara.

Y siguió bajando y al dar la curva y meterse, con el río, en la garganta del misterio verde y los charcos blancos encajados entre las rocas y la arena del lecho de las aguas, vio que por la derecha y, rompiendo las arrugas de la cara de las piedras, iba tallada la senda y luego encajada en el estrecho y después con barandas de hierro y más escalones de cemento y al llegar al charco de sus sueños, donde con el hermano y la hermana niña y la primavera bella y los puros rayos de sol del verano, se había bañado tantas veces entre aquel juego celeste de rosas inmaculadas, vio que casi nada era blanco a pesar del río corriendo y la primavera colgando por las laderas, en las rocas y a los lado de las aguas.

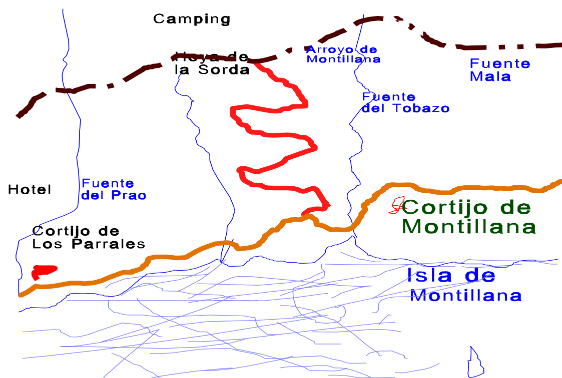
Y siguió, todavía un poco más, bajando y al ver la carretera de alquitrán negro y tallada por donde estuvieran las madroñeras y los nidos de las águilas, ya no quiso avanzar más y se quedó mirando al hermano sol que redondo asomaba por las cumbres y como en aquellos días, al campo venía bañando de frente y al agua del río blanco y a las hojas de los

álamos y a la primavera entera que estaba por doquier brotando y a él que allí, quieto y en silencio, observaba al valle amado, tan dulce y todo teñido de luz naranja y aunque era el mismo de siempre, le parecía tan otro y raro, dentro de su corazón, que hasta en llanto se le transformaba porque más que nadie, él sabía y estaba viendo que se lo habían robado a la fuerza y a traición y de espaldas al brillo mágico de la singular mañana.

88 - LOS PASEOS

Hoya de la Sorda, cortijo de Montillana

Carril y vereda. Solo andando.



Las distancia

Si nos bajamos siguiendo la pista de tierra que atraviesa los olivos, puede llegar al kilómetro y algo. Si nos vamos acortando las distintas curvas que traza este camino, el recorrido es menor.

El tiempo

Hasta las ruinas del cortijo de Montillana, no se tarde más de veinte minutos pero es obvio que también depende del ritmo que llevemos y lo despacio y a fondo que deseemos gozar los paisajes.

El Camino

Este camino es un trozo de pista que baja desde el Camping de Montillana, Hoya de la Sorda, hasta

enlazar con el que recorre las orillas de las aguas del Embalse del Tranco por Montillana y el viejo cortijo de Los Parrales.

El paisaje

El punto de partida de esta ruta, es el mismo collado de la Hoya de la Sorda, justo donde se encuentra el camping. Desciende casi en picado buscando la hondonada del pantano y lo recorremos entre olivares, encinas, viejos robles, aulagas y muchas zarzas por el arroyo que nos va quedando a la derecha. Al frente nos va impresionando la vista de las aguas del pantano, las cumbres de Monteagudo, las aldeas en su ladera y más cerca de nosotros, el viejo cortijo de Montillana y las llanuras por donde se asienta. Poco a poco nos vamos metiendo en el corazón de lo que recoge el libro: "En las aguas del Pantano del Tranco".

Lo que hay ahora

En cuanto paramos sobre la llanura del pequeño collado, a la derecha, si subimos desde el muro del pantano, vemos un panel que recoge algunas indicaciones de la ruta que vamos a recorrer: "Sendero Los Parrales, datos básicos: Longitud, 2,5 km. Tiempo aproximado: 45 m. Dificultad: alta. Tiempo de trazado: lineal". Ahora dentro de un rato veremos que todos estos datos se nos esfuman porque la emoción y belleza de las tres rutas que vamos a recorrer, partiendo desde este punto, es una realidad mucho más profunda y grande.

Y si subimos un poco a la derecha, nos encontramos una hondonada, llanura y esto es la antigua Hoya de la Sorda. Toda la tierra se ve cubierta

por la hierba y a la izquierda, un poco en la ladera del cerro que vamos a recorrer, las viejas ruinas de aquel cortijo que se parecen un poco, entre otros muchos, al que hoy yace en las profundas aguas del Pantano. Si la observamos despacio veremos lo hermoso que aquellas construcciones rústicas, eran y lo bien distribuidas para dar servicio a todos sus habitantes y a los animales que estos habitantes siempre tenían a su lado.

La vegetación que vemos aquí es: jaguarzos, coscoja, cornicabra, jara blanca, pinos carrascos y encinas, entre otros. Un gran pino carrasco que se dobla hacia las ruinas del viejo cortijo. Sobre el esqueleto de lo que fue el cortijo, se adivina que era bonito. Si lo rodeamos por detrás todavía vemos cómo estaba distribuido esta construcción. Las paredes están casi intactas, no el tejado, por la parte de atrás, una higuera que es donde tenía la puerta, se ven las distribuciones por dentro, un pequeño rodal de tierra con mucha hierba, que cae hacia el barranco y la higuera que todavía sigue con vida pero comida por las zarzas y entre los escombros de las ruinas. Aquí es donde vivía aquella gente, buenas personas que penaron trabajando la tierra para sacar el pan que les daba la vida.

Desde aquí hay una vista muy bonita sobre las cumbres de Beas. Podemos recorrerlo y observarlo y aunque está roto casi por completo, todavía se ven las vigas de madera que eran las que sujetaban el tejado y la cámara, donde estuvo la chimenea, las habitaciones, la lacena, las paredes blanqueada con la cal que ellos mismo cocían en sus caleras, el corral de los animales, las piedras que formaban las paredes,

calizas y la mezcla que las sujetaban y los marcos de la puerta y las vigas amontonadas. Con un poco de interés, podemos hacernos una idea de cómo era la vida de aquellas personas que un día se fueron y por el rincón quedan sus huellas, puede que, para la eternidad.

El sendero que baja es una pista de tierra que desciende hacia el cortijo de Montillana. Arranca justo a la derecha a la altura del camping Montillana y lo primero que tiene a su derecha, son dos grandes encinas que con su sombra cubre la tierra hoy tapizada de mucha hierba verde. El vestido hermoso de estas bellas sierras y las señas de identidad que remiten a lo sublime. Cantan los pajarillos, porque en primavera, todo este bosque se llena de mil pajarillos que anuncian y proclaman la vida y sube un aire fresco desde el barranco.

Desciende enseguida, cayendo casi en picado porque baja hacia la hondonada de lo que fue el gran Valle de la Vega de Hornos y se viene por el lado izquierdo de las ruinas del cortijo que dejamos atrás. Y baja cortado entre las dos pequeñas laderas del collado que va dando configuración a un arroyuelo. Se divide enseguida en dos: uno que va a la derecha, por entre los olivares que será el bueno y otro que sigue casi al frente, más pegado a las partes altas del cerro y busca la ladera que se enfrenta a la aldea de Fuente de la Higuera. No es este el bueno y lo descubrimos enseguida.

Lo vemos cortado con una cadena y unas letras que dicen: “Camino particular”. Una alambrada protege las tierras y como nosotros ya vamos por el de

la izquierda, seguimos bajando y en unos metros nos metemos por entre los olivos. Se ve que los todoterrenos si bajan a lo hondo y también los tractores cuando tienen que hacer alguna faena entre estos olivos. Mucho lentisco, zarzas, jara blanca y pinos grandes que tienen gran vistosidad.

Enseguida aparecen los olivos. Como dos pequeñas estacas a los lados por donde estaría la cadena cuando la ponen. A la derecha nos va quedando el arroyuelo que empieza a tomar forma y se le ve lleno de zarzas entre varios fresnos. Al frente y en lo hondo, el gran lago de las aguas del pantano, todo hermoso con sus tonos azules verdes y los reflejos de los montes y cielo que le rodean. Al otro lado se ven la Canalica y Fuente de la Higuera. Se ve el camino dibujando revueltas por la ladera. Desde aquí ya vamos viendo también la pequeña isla de Montillana. Es un puntal de tierra algo elevado que cuando el pantano se llena, queda rodeado por las aguas.

Y si subimos un poco a la derecha, nos encontramos una hondonada, llanura y esto es la antigua Hoya de la Sorda. Toda la tierra se ve cubierta por la hierba y a la izquierda, un poco en la ladera del cerro que vamos a recorrer, las viejas ruinas de aquel cortijo que se parecen un poco, entre otros muchos, al que hoy yace en las profundas aguas del Pantano. Si la observamos despacio veremos lo hermoso que aquellas construcciones rústicas, eran y lo bien distribuidas para dar servicio a todos sus habitantes y a los animales que estos habitantes siempre tenían a su lado.

La vegetación que vemos aquí es: jaguarzos, coscoja, cornicabra, jara blanca, pinos carrascos y encinas, entre otros. Un gran pino carrasco que se dobla hacia las ruinas del viejo cortijo. Sobre el esqueleto de lo que fue el cortijo, se adivina que era bonito. Si lo rodeamos por detrás todavía vemos cómo estaba distribuida esta construcción. Las paredes están casi intactas, no el tejado, por la parte de atrás, una higuera que es donde tenía la puerta, se ven las distribuciones por dentro, un pequeño rodal de tierra con mucha hierba, que cae hacia el barranco y la higuera que todavía sigue con vida pero comida por las zarzas y entre los escombros de las ruinas. Aquí es donde vivía aquella gente, buenas personas que penaron trabajando la tierra para sacar el pan que les daba la vida.

Desde aquí hay una vista muy bonita sobre las cumbres de Beas. Podemos recorrerlo y observarlo y aunque está roto casi por completo, todavía se ven las vigas de madera que eran las que sujetaban el tejado y la cámara, donde estuvo la chimenea, las habitaciones, la lacena, las paredes blanqueada con la cal que ellos mismo cocían en sus caleras, el corral de los animales, las piedras que formaban las paredes, calizas y la mezcla que las sujetaban y los marcos de la puerta y las vigas amontonadas. Con un poco de interés, podemos hacernos una idea de cómo era la vida de aquellas personas que un día se fueron y por el rincón quedan sus huellas, puede que, para la eternidad.

El sendero que baja es una pista de tierra que desciende hacia el cortijo de Montillana. Arranca justo a la derecha a la altura del camping Montillana y lo

primero que tiene a su derecha, son dos grandes encinas que con su sombra cubre la tierra hoy tapizada de mucha hierba verde. El vestido hermoso de estas bellas sierras y las señas de identidad que remiten a lo sublime. Cantan los pajarillos, porque en primavera, todo este bosque se llena de mil pajarillos que anuncian y proclaman la vida y sube un aire fresco desde el barranco.

Desciende enseguida, cayendo casi en picado porque baja hacia la hondonada de lo que fue el gran Valle de la Vega de Hornos y se viene por el lado izquierdo de las ruinas del cortijo que dejamos atrás. Y baja cortado entre las dos pequeñas laderas del collado que va dando configuración a un arroyuelo. Se divide enseguida en dos: uno que va a la derecha, por entre los olivares que será el bueno y otro que sigue casi al frente, más pegado a las partes altas del cerro y busca la ladera que se enfrenta a la aldea de Fuente de la Higuera. No es este el bueno y lo descubrimos enseguida.

Lo vemos cortado con una cadena y unas letras que dicen: "Camino particular". Una alambrada protege las tierras y como nosotros ya vamos por el de la izquierda, seguimos bajando y en unos metros nos metemos por entre los olivos. Se ve que los todoterrenos si bajan a lo hondo y también los tractores cuando tienen que hacer alguna faena entre estos olivos. Mucho lentisco, zarzas, jara blanca y pinos grandes que tienen gran vistosidad.

Enseguida aparecen los olivos. Como dos pequeñas estacas a los lados por donde estaría la cadena cuando la ponen. A la derecha nos va

quedando el arroyuelo que empieza a tomar forma y se le ve lleno de zarzas entre varios fresnos. Al frente y en lo hondo, el gran lago de las aguas del pantano, todo hermoso con sus tones azules verdes y los reflejos de los montes y cielo que le rodean. Al otro lado se ven la Canalica y Fuente de la Higuera. Se ve el camino dibujando revueltas por la ladera. Desde aquí ya vamos viendo también la pequeña isla de Montillana. Es un puntal de tierra algo elevado que cuando el pantano se llena, queda rodeado por las aguas.

Según vamos bajando, porque la ladera se pronuncia cada vez más, al frente se nos va abriendo la gran panorámica de los montes donde se asienta Hornos el Viejo, El Carrascal, La Platera y más a la derecha, los barrancos hacia el Collado de Montero, con el arroyo de la Canalica, la aldea de la Canalica y Fuente de la Higuera. El pueblo de Hornos de Segura, se nos queda por debajo de las cumbres del Yelmo y el cerro de Hornos pero al frente de nosotros y remontado en su roca y como si surgiera de las azules aguas del gran pantano.

Al venir por aquí, ya es bueno haber leído el libro “En las aguas del Pantano del Tranco”, porque al ver ahora los paisajes, sin duda que nuestro gozo a la vez que nuestra compresión, será mucho más completa. Ahora nos iremos haciendo una buena idea de lo que fueron, en aquellos tiempos, los paisajes de este espléndido rincón y lo que son hoy.

También al frente pero ya un poco atrás y a la derecha, se nos alza el pico de Monteagudo. Son las doce y media de la mañana y el disco del sol, está en

todo lo alto. Con razón aquellas personas tenían como referencia el gran picacho de Monteagudo, para saber en qué hora del día se encontraban y sobre todo, el medio día. Sobre las aguas del pantano se reflejan las laderas de este monte, con las aldeas de La Canalica y Fuente de la Higuera. Es una visión preciosa.

Y aquí por donde vamos andando, a la izquierda nos va quedando la cumbre de un pequeño cerrillo de tierra blanca poblado de jaguarzos, carrascas arbustivas, una encina bastante vieja y gruesa, mucho romero y aulagas que por estas fechas están florecidas. A la derecha, los olivos que son todavía jóvenes sobre esta tierra blanca. Y al fondo, las aguas azules del pantano. Y más a la derecha, por donde viene el camino bordeando las aguas, el bosque de pinos y entre ellos, el gran concierto de pájaros. Se ve, al frente, el cortijo de Montillana.

Saliendo de este cerrillo, la pista se divide en dos. El ramal de la izquierda, va al frente por entre los olivos y la de la derecha, sigue bajando en busca de la que sube desde el cortijo de Los Parrales. Aquí gira ahora hacia la derecha buscando el barranco por donde viene el pequeño arroyuelo que nace justo donde hemos cogido esta pista. Se ve al frente, con toda su majestad, la ladera repleta de olivos y arriba, la corona de pinos entre espeso monte bajo que es por donde se nos han quedado las ruinas del cortijo Hoya de la Sorda.

Según llegamos a la curva, descubrimos que por el arroyuelo baja un chorrillo de agua. Seguro que no será así en otras épocas del año pero hoy sí tiene este chorrillo y muy claro. Ha llovido mucho este invierno y

se puede adivinar que ya más metidos en verano, puede que no tenga agua ninguna. Pegado a sus zarzas crece el poleo y a las palomas torcaces, que toman bien las sombras y espesura de estos pinares, se les siente por entre las zarzas bebiendo.

La pista va tallada en la ladera de este cerrillo de tierra roja con vetas blancas y gris ceniza, y también se adivina que su principal misión es para dar paso a los olivos que vamos atravesando. En cuanto damos la curva otra vez hacia la izquierda porque este camino desciende trazando muchos zigzags, enseguida a la derecha y abajo, el camino que viene desde el cortijo de Los Parrales. Arranca del muro del pantano, pasa por Los Parrales, el cortijo de Montillana, los parajes de El Chorreón y sigue hasta salir a la carretera por el río Hornos. Este es el camino que trazó la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir cuando terminaron de construir la presa.

Este camino es nuestro paseo dividido en dos preciosos tramos. Cogiéndolo en el cortijo de Montillana que es donde tiene su centro, hacia un lado y otro, quedan dos distancias casi iguales y repletas de mucha belleza. No es la cantidad sino la calidad, la calma, la reflexión y el gozo pausado lo que nos proporciona un placer grato y suave que cuela hasta lo más hondo.

Al llegar al puntalillo, otra vez se vuelve a dividir. Un tramo que sigue hacia el arroyo y desde aquí ya se oye el rumor de la corriente del arroyo de Montillana, y otro ramal que tira a la derecha y remonta, bajando, un puntalillo de tierra blanca con aulagas y olivos a la izquierda. Este es el que va al

cortijo. Desde aquí mismo, si miramos hacia el arroyo, se ve la gran espesura de álamos que pueblan las orillas del cauce. Por ahí, narra María, mana la caudalosa Fuente del Tobazo. El manantial donde nace, con toda su fuerza, este arroyo de Montillana. Frente queda la ladera de olivos por donde está Fuente Mala y más para arriba, las Cuevas de Montillana, el barranco por donde baja el arroyo, arriba las cumbres y la ladera tupida de pinos. De la carretera para abajo, pinos y olivos.

“La Fuente del Tobazo, yendo por la carretera del Tranco hacia Cañá Morales, está a la parte de abajo de la carretera. Más abajo de la cueva y dando vista a Montillana. Es una fuente poco visible, yo no sé ya si después le habrán puesto algún pilar o la habrán señalizado de alguna manera. No lo sé. Yo me acuerdo de verla allí. Y por gusto, por complacer a mi hermano Cesáreos, fuimos una vez, mi hermano, su mujer, mi marido y yo. Echamos la comida y nos estuvimos todo el día en la fuente aquella, que como ya aquello lo anda menos la gente, pues estaba todo cubierto de zarzales y tuvimos que apartarlos como pudimos. Allí pusimos sandias y melones para que se refrescaran porque salía un agua que era gloria bendita.

Por esto te decía que está muy oculta. Hay que buscarla por entre la maleza y por esto creo que el arroyo de Montillana es el agua que suelta la Fuente del Tobazo. Aunque entonces había una desviación para no tener que subir a llenar los cántaros al mismo nacimiento. Había una desviación por una acequia que siempre estaba muy limpia y muy respetada porque ya sabíamos todos que de allí cogíamos agua

para beber. Que había un árbol que me parece que era un fresno y allí sí estaba el agua encauzada con una teja donde se ponían los cántaros para llenarlos. Por las tardes, después de dar de mano de la trilla, es cuando mi hermano iba y llenaba los cántaros por el gusto de beberla tan fresquita. Y esa fuente no tiene más remedio que estar allí".

Una alameda preciosa. Por entre los árboles, muchas zarzas, muchos juncos y rosales silvestres y el rumor de la corriente que ya se siente con toda claridad. Al girar un poco hacia la derecha, ya se ve perfectamente el cortijo de Montillana. La pista rodea el cerrillo de tierra blanca y vuelve a girar otra vez hacia el poniente, buscando ahora el arroyuelo que baja desde el collado del comienzo. Entre dos arroyos y por lo alto de pequeños puntales, es por donde desciende esta pista. Esta ladera ahora es más larga y sigue sembrada de olivos. Y aquí ya busca el camino que viene desde Los Parrales.

La distancia a recorrer no es muy larga y es ahora cuando se advierte mejor pero como el camino desciende trazando zigzags para ir acomodándose a la ladera, el recorrido sí se hace más largo. Pero si se baja monte a través por la hondonada que trae el arroyuelo, la distancia es mucho más corta, aunque se pierden matices y comodidades. Nos acercamos al surco del arroyo que nos acompaña desde arriba por el lado derecho y por aquí, espesura de zarzas y monte bajo. Traza otra curva, la última, y se funde con la pista que sube desde Los Parrales.

A una distancia de quince o veinte metros, los dos caminos empiezan a ser paralelos en la dirección

del cortijo de Montillana. Si nos venimos buscando el arroyuelo por fuera de la pista, podemos coger el que sube desde el muro del pantano. Entre un bosque de pinos grandes, es donde se juntan los dos caminos. El que ya hemos cogido, que es el de verdad bueno y bello, baja un poco porque también se adapta al terreno, por entre pinos, no olivares porque esto es ya tierra de la Confederación y atraviesa un puntalete y enseguida al fondo, vemos las llanuras y las ruinas del cortijo de Montillana.

En esta llanura, entre álamos, zarzas, juncos y pegado al arroyo, es donde estuvo instalada aquella zona de acampada libre. Después de dar esta pequeña curva según vamos bajando, gira otra vez a la izquierda buscando el arroyo de Montillana y se allana. Un precioso bosque de pinos largos y espeso con mucho romero florecido, cornicabra y por entre la sombra de este monte bajo, algunas orquídeas florecidas. Nos siguen acompañando las esparragueras, jara blanca, retamas y la espesa sombra de este fresco bosque de pinos.

Por estas fechas, todavía hay muchos zorzales escondidos entre las ramas de las cornicabras y los lentiscos que es la vegetación que más les gusta a ellos. Todavía no se han marchado estos zorzales que revolotean a nuestro paso mezclados con los mirlos y algunos arrendajos. Por encina vuelan los grajos y al fondo, sobre las aguas azules y cristalinas, se ven algunos patos silvestres.

El camino ya es precioso. Un trozo del paseo que viene desde el cortijo si hacemos la ruta que va desde este rincón a las ruinas del cortijo Los Parrales.

Es precioso este camino y su rincón. Enseguida se allana y aparece la llanura. Las aguas del pantano, cerca y lo primero que asombra es verlo tan lleno como está hoy. Están aquí mismo remansadas entre retamas, muchos tarayes y una gran llanura. Ya se adivina lo que fueron las tierras de aquella vega sepultada por las aguas del pantano.

Se refleja el azul del cielo, porque estamos muy al nivel de las aguas y es como un mar de espejos que juguetean en un sueño mágico. Muy bonito este cuadro y la mañana chorreando esencia de aquellas ausencias y presencia de este perfume de primavera brotando.

Desde donde se junta el camino que baja desde la Hoya de la Sorda hasta el cortijo de Montillana, pues habrá, unos doscientos metros. El arroyo nos lo encontramos un poco antes. Y ahora vamos a cruzarlo. Al llegar aquí tenemos la sensación como si de pronto descansáramos porque la tierra se suaviza. Totalmente llana. Si miramos, según vamos acercándonos al arroyo por donde se oye la corriente saltar, si miramos hacia arriba y al frente, nos sorprenden las cumbres de Beas, las nubes blancas y los azules intensos del cielo coronándolas, el bosque de álamos en primer plano, mezclado entre pinos y majoletos, rosales silvestre, juncos y retamas, mucha hierba baja y esparragueras.

Sobre la tierra del camino, el tapiz de hojas viejas que en el otoño pasado cayeron de estos álamos, la dulce llanura por donde vamos cruzando y nos aproximamos al arroyo. Por momento se oye más el rumor de la corriente saltando y ya estamos en el

puente que levantó la Confederación. Antes de entrar en él, a la izquierda, uno de los mojones que también pusieron por aquí. Es de cemento, algo cuadrado y con tres letras grabadas: C.H.G.

Es bonito este puente de piedra que fue construido a conciencia y vemos la preciosa corriente que limpia y fresca, viene buscando el descanso en las aguas del remanso grande, ya sólo a unos metros. A la izquierda nos queda un álamo lleno de madreselvas, zarzas y juncos. A la derecha nos escolta las zarzas y enseguida, a la derecha, un pequeño portillo por donde se sale a la llanura donde estuvieron las hornillas de aquel camping y la fuente que por ahí también construyeron.

Y remonta un poco la pista y enseguida, arriba y sobre el carrete, adivinamos las ruinas del cortijo. Están aquí mismo pero no las vemos hasta que no remontemos. Y de pronto, la pista se viene por la izquierda y nosotros nos desviamos por un viejo camino bastante en desuso, a la derecha para llegar al cortijo. Avanzamos unos metros, pisando la espesa hierba y a la derecha y ahora ya un poco desde lo alto, vemos la llanura donde estuvo la zona de acampada libre y las cocinas de piedra. Más retirado se mecen las aguas del pantano y el arroyo fundiéndose con ellas.

Y al frente, nada más coronar, el viejo e histórico cortijo de Montillana. Todavía tiene su tejado y las paredes intactas por lo cual no es difícil adivinar cómo fue este cortijo. Por detrás, el lado por el que entramos, una empalizada reciente que sirve para recoger ganado. El caminillo que sube le entra por el

costado que mira al sol de la tarde. Lo rodea un poco y por donde están las aguas del pantano, la gran explanada que fue era. Esta es la puerta.

Una higuera cubierta por completo de zarzas, un gran álamo todavía por aquí clavado en la tierra pero seco y tronchado por la mitad y el tronco blanco. Y por la parte que mira al pueblo de Hornos, ya se ha caído bastante la pared del cortijo. Entre el cortijo y las aguas del pantano, la grandiosa explanada vestida de hierba y el frente y al otro lado del gran lago, las otras aldeas y las laderas teñidas de oscuro bosque. Las baña el sol y duerme en silencio un mundo hermoso que no ha muerto.

Otro tronco de álamo también caído y roto en dos mitades. Una se tiende en el suelo, sin corteza ya y blanco por las lluvias y el sol y la otra mitad, todavía sigue hincada en su tierra pero sin vida y, además, astillada y hasta podrida del tiempo. ¡Si pudieran hablar estos dos trozos de álamo, sin vida hoy y en otros tiempos, tan llenos de sabia y hojas frescas! ¿qué nos dirían? Y ella, la niña humilde que llenó con sus juegos los aires y tierras de aquellas praderas hoy bajo las aguas, responde:

“Entonces, en ese sitio donde hay tantas zarzas, no las había porque todo estaba muy cultivado y muy bien criado y allí no había zarzas. Porque estas plantas suelen criarse en los linderos que nadie cultiva, como los arroyos, los cibancos, los padrones. Esas zarzas, han nacido después al estar el terreno descuidado. Y esos troncos de árboles sin vida, eran en aquellos tiempos, árboles deliciosos, grandísimos, frondosos y con una frescura y una hermosura que

eran todo una maravilla. Y sobre todo, el lilo y los rosales silvestres, posiblemente sean los mismos que había en aquel hermosísimo jardín. Estaban muy bien cuidados y por la orilla del jardín, pasaba esa acequia. Con el agua que por ella corría, se regaban las plantas de este jardín. Muchos manojos de las rosas que daban esos rosales, fueron a parar a mi casa porque me las regalaba doña Rosario".

Los miramos y se ven frente justo a Monteagudo, las aguas del pantano y muchas zarzas aquí mismo. Por entre ellas se ven todavía algunos granados y algunas higueras, fresnos, rosales silvestres, juncos, un torvisco y un arbusto menudo, un espino, totalmente cubierto de flores blancas. La hierba tapiza por completo el rodal de tierra que fue la era.

"Los granados sí estaban cultivados porque las granadas servían de postre en los inviernos. De eso sí que me acuerdo también. Y si pudieran hablar todos estos árboles pues podrían contar cuántas vivencias tuvimos allí, cuánto jugamos los niños y las niñas en aquella plazoleta. Doña Rosario y don Justician no tenían nada más que un hijo, Juanita, y era mayor que nosotras. Pero los otros niños que vivían allí, que era el Pequeño Ruiseñor y sus hermanos y hermanas y mis primas Francisca y Virginia que muchas veces íbamos allí, por lo bonito que era el cortijo y el jardín y a visitar a la familia, cuántas tardes jugamos en aquella era tan parecida a un pequeño edén de tantos árboles y sombras".

Me acerco y cojo una ramita de este espino de flores blanca de nieve y al olerlas percibo el perfume

de miel. ¡Qué delicia y qué sensación de estar tocando la vida de aquel pasado con el silencio y la ausencia de este presente! Aquí al lado, dos rosales silvestres. Muchas plantas ya tienen sus nuevas hojas brotadas y abiertas. La acequia por donde venía el agua para regar las tierras. Y por la parte que mira a Hornos, el álamo tronchado y podrido, un ciprés viejo, una higuera y el cortijo caído. Por este lado se ha hundido. Se ven las vigas, trozos de aquellos viejos pinos, muchas zarzas cubriendo y llenando la tierra y saliendo de entre ellas, granados y fresnos.

"En aquella era claro que se trillaba. Y por la parte de abajo del cortijo, había una vereda que desde el Soto de Arriba iba hasta la Fuente del Tobazo. Por allí pasaban mis hermanos y las personas que iban a por cántaros de agua fresquita a esa fuente. Estaba más arriba del cortijo pero había que pasar por entre el cortijo y el arroyo".

Y de pronto, un lilo. Lo miro y me asombro por lo que representa como eslabón entre este momento presente y aquel pasado en silencio y enterrado como para la eternidad. Ya tiene brotadas sus nuevas hojas y entre las zarzas, la tierra hozada de los jabalíes. Por este lado que mira a Hornos de Segura, se puede salir para buscar el camino que viene desde Los Parrales y continúa hacia El Chorreón. Pero este rincón es precioso. Para estarse aquí, sin prisa y dejar que el corazón se empape de lo que late y sólo se oye con los oídos del alma.

"Para mi padre y madre, el cortijo de Montillana, tenía recuerdos muy grandes porque en él vivieron mis abuelos paternos, como ya te conté y allí se casó mi

tío Ramón, que era el mayor de los hermanos, y en este cortijo fue la boda. Y mi padre contaba una anécdota muy graciosa que fue lo siguiente: como la boda se celebró en el cortijo, allí pusieron las trébedes grandes para guisar la carne y cuando terminaron, al retirar las trébedes de la lumbre, estaban rojas. Las pusieron en la calle y mi padre, que entonces era pequeñito, porque él había nacido en Los Parrales y cuando se mudaron allí, todavía era niño.

Y al ver los hierros de aquellas trébedes color rojo, tan bonico, como decía él, se creyó que aquello era otra cosa y fue y las cogió con la mano y se achicharró. Salió corriendo y se metió por entre los de la boda llorando y con la mano extendida y todos los de allí: “¿Pero hombre qué has hecho?” Le preguntaban y él: “Pues que he cogido las trébedes bonicas”:

Mi tío Ramón, como te vengo diciendo, se casó con mi tía Espíritu Santo, que era hermana del hermano Frasquita que vivía en la Tejera. Su mujer se llamaba la hermana Aurelio. La Tejera es un cortijo que había más arriba de Cañá Morales.

De la acequia lo que recuerdo es verla pasar por entre el cortijo y el jardín y ya seguía para abajo, en dirección a la Vega. Pero yo no sé dónde terminaba. Servía de riego a todas aquellas tierras y supongo que iría a desembocar al río Hornos. Y claro que este rincón sí es en mi memoria un recuerdo florido y bonito que se niega a desaparecer. Que se resiste morir porque fue bello un día y estuvo alimentado del amor de las personas que por allí lucharon. Y aquellas bellezas que son transparentes, yo sé que no mueren

nunca aunque la tierra se transforme y los caminos se borren”.

La fragancia eterna

La primavera ha ido llenando los campos y como a lo largo del invierno que ha pasado, las lluvias sí han sido abundantes, la hierba por la tierra y las fuentes en las laderas, han brotado con la fuerza de lo nuevo y ya con la primavera bien avanzada, todo queda y aparece, grandemente colmado.

Pero como en estos dos últimos meses, las lluvias han brillando por su ausencia, aunque la primavera, hoy ya final de marzo, ha ido apareciendo con el vigor de lo limpio y fresco, la verde hierba, poco a poco se fue secando igual que le ha pasado a las sementeras de los trigos y de las habas y a los maizales y también la cebada y a los garbanzos y a las fuentes que manan por los cibancos y por los otros cortijos de la sierra y en las pequeñas aldeas y por eso ya las personas estaban diciendo: “Esto lleva mala pinta, porque nos pasará como el año pasado que antes de que acabe el mes de abril, la mitad de la hierba y las cosechas, se habrán secado”.

Pero como Tú que viste, con los colores de lo hermoso, a las violetas humildes y haces brotar las semillas y das de comer a los mil pajarillos que adornan los campos, hoy has hecho que las nubes cubran el cielo y esta noche, cuando todo estaba callado, la lluvia ha caído mansamente sobre la hierba fina y sobre el bosque espeso de las hojas que se mecen en los álamos y sobre toda la tierra hermana y ahora, esta mañana templada de treinta y nueve de marzo, los paisajes enteros, por llanuras, laderas y

barrancos, están vestidos de perfume o de gloria bendita o de mil gotitas de rocío que tiemblan en las hebras de la hierba, llenando de una frescura nueva que anuncia y sigue anunciando, la cara dulce de la primavera y a la mañana hermosa con su momento mágico.

Y claro que en estos momentos me acuerdo de aquel lejano día cuando todavía padre era rey en esta Vega y era hermano de los cantos de los ruiseñores y hasta me parece que lo estoy viendo tumbado allá en aquella cama de nieve y era de madera seca y de monte viejo y a su lado, a madre que con su amor de reina, le está diciendo: “Con ese resfriado que en tu cuerpo tienes, tú no te levantas hoy ni sales de esta casa”. Y él que era valiente: “¿Pero y los campos?” “Los campos, que esperen y si el trigo está gritando en la tierra de la ladera, ya vendrá Dios y con su mano, derramará su amor, como lo hace con los pajarillos y con los lirios que también llenan los campos”.

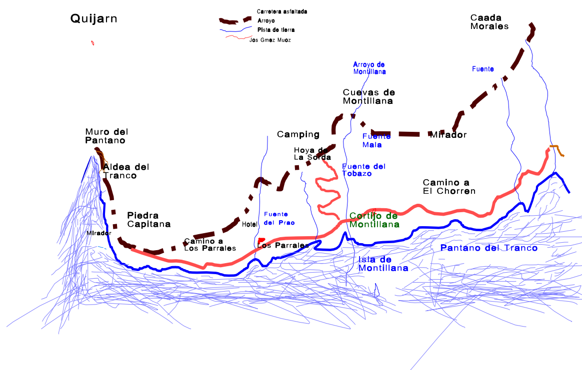
Y recuerdo que aquel día por la ladera que ahora mismo voy atravesando, pastaba el rebaño de las cabras comiendo los tallos tiernos del romero y llenando de música, los cencerros, la umbría florecida y la espesura del barranco, cuando a media mañana se acercó a ellas el amigo muchacho que era el que siempre las cuidaba y en cuanto estuvo a su lado, las llamó y aquello fue como un asombro de belleza porque los animales, al oírlo y verlo allí en el centro, transmitiendo el mensaje de cariño que salía de su corazón enamorado, dejaron de comer su monte y al instante, se pusieron a mirarlo y con las orejas inclinadas hacia las palabras que pronunciaba el muchacho, parecían decirle que allí estaban ellas, a su

lado y dispuestas a seguirle a donde él quisiera porque ellas le amaban y lo sentían como al amigo, al rey y al buen hermano.

Y ya digo que bien recuerdo aquel día de aquella primavera perfumada por aquel valle tan repleto de esencias y fuentes brotando y hoy, cuando ahora bajo la lluvia nueva que llega como agua en el mes de mayo, vengo empapando mi alma de aquella fragancia, me digo que todo parece como si todavía por aquí nada hubiera muerto sino que las cosas y las sementeras con el sudor de ellos, parecen como si sólo se hubieran transformado y lo que tenía el sello de lo inmortal, que era mucho, por aquí sigue, conmigo y entre el cuidado de tu amor divino, hoy y mañana y siempre, palpitando.

89- LOS PASEOS
Camino Viejo a El Chorreón

Carril y vereda. Solo andando.



Las distancia

Desde el cortijo de Montillana, la distancia puede ser algo más de tres kilómetros pero también depende si seguimos fielmente el trazado del camino o nos desviamos para atajar o visitar las orillas del pantano.

El tiempo

Desde el cortijo de Montillana hasta el puntalillo que se enfrenta a la cascada de El Chorreón, media hora. Hasta las mismas ruinas, unos cuarenta y cinco minutos, a un paso normal.

El Camino

Es un trozo del camino que trazó la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir a todo

alrededor de las aguas del pantano. Se asienta sobre tierra y rocas y discurre por la misma orilla de las aguas. Está bastante roto por algunos sitios aunque tiene tramos en buenas condiciones. Este camino es para recorrer a pie y en forma de paseo.

El paisaje

Desde el viejo cortijo de Montillana, que es donde arranca la ruta, remonta el camino siempre por el borde mismo de las aguas escoltado, a trozos, por olivares y en otros tramos, por pinares y monte bajo. La visión que vamos gozando, es de lo más relajante para el espíritu por las aguas tan cerca y las cumbres de Santiago-Pontones, algo más lejos. Un libro recoge mucha información de aquellos tiempos lejanos por estos lugares: "En las aguas del Pantano del Tranco".

Los que hay ahora

Desde las ruinas del cortijo de Montillana, salimos por el lado derecho que es la parte que mira al pueblo de Hornos y buscamos el viejo camino. Nos movemos por entre retamas, rosales silvestres, el pequeño bosque de cipreses y buscamos la pista de tierra que nos dejará sobre las ruinas de El Chorreón.

Por entre estos cipreses, los jabalíes se meten y se ven los troncos, pues llenos de barro de restregarse ellos después de tomar sus baños de cieno en los charcos del camino. Una espesura de pinos mezclados con cipreses y se nota enseguida que esto fue tierra buena que aquellas personas sembraban. Se ve por aquí restos de una acequia que venía desde el arroyo con su caño de agua para el riego e iba hacia las otras llanuras que ahora cubren las aguas.

Remontamos unos metros y volvemos a coger el camino que va a El Chorreón. Muchos cardos, grandes y pegados contra el suelo y aquí, el camino. Empieza a ceñirse a la ladera sin despegarse mucho de las aguas y avanza hacia las profundidades de lo que en aquellos tiempos fue la Dehesa. Es la una menos cinco minutos y andando a un paso normal, pues vamos a ver lo que se tarda desde aquí hasta las viejas ruinas de aquel cortijo casi fortaleza que se llamó, y para la historia se seguirá llamando, El Chorreón.

Lentiscos a un lado y otro. Muchos lentiscos, olivillas, fresnos, algunos robles por aquí según bajamos un poco hacia la hondonada y por la parte de arriba, olivas de las que se cultivan y pienso pueden ser todavía algunas de las de aquellos tiempos. Por la parte de abajo, que es la derecha y por donde se remansan las aguas del gran "Charco", tierra virgen, poblada de zarzas, retamas, hierba y el sol que las besa mientras el silencio se la come guardando el secreto de lo que desapareció. Lo que hay desde el camino hacia la orilla de las aguas, pues eso: la tierra poblada de vegetación baja y la quietud contenida como si esperara el momento que un día de estos tiene que llegar.

Las zarzas que nos vuelven a salir otra vez al paso y tenemos que venir con atención porque si avanzamos siguiendo el camino, sin apartarnos a las ruinas de Montillana, por estos tiempos nos encontramos con charcos de barro y cieno que nos complicaría algo el paso. Nos vamos por el camino que va más pegado a las aguas azules y por una llanura muy bonita con su tapiz de hierba fina y la pura

tierra. Muchas zarzas al frente y emergiendo de entre ellas, los membrillos, florecidos y ya con las hojas despuntadas. Su color verde y blanco juega con la luz brillante del sol. Unos cuantos álamos, todavía sin hojas, que se recortan sobre la ladera de enfrente, por encima de Fuente Mala. El azul del cielo y las nubes blancas revoloteando libres.

Y al llegar, el camino, a lo que fue una acequia, un gran fresno que permanece en su tierra amada. Ya tiene brotadas sus hojas y por el suelo se ven muchas hozaduras de jabalíes. Mucho barro hubo por aquí este invierno pero ahora se puede pasar sin problemas. Ha pasado por aquí, no hace mucho, un tractor oruga. Una pequeña curva, una vez atravesado la llanura o vaguada y si miramos para atrás, descubrimos las tierras por donde hemos bajado y se nos presenta una vista preciosa.

Antes, la llanura que hemos atravesado, verde, el cortijo de Montillana ya un poco en la distancia y la tierra llana que le da cuna y al frente, la ladera de los olivos por donde hemos bajado y el cerro de la Hoya de la Sorda, con su esplendor de vegetación. Más al fondo, la sierra de Las Lagunillas, el azul del cielo y las mágicas nubes blancas. Es de ensueño este rincón. Muy bonito y por más que intento meterme en aquel mundo cuando ellos estaban, no lo consigo en la intensidad que lo deseo. Sin duda que este fue su edén particular aunque tuvieran que sudarlo para sacarle a la tierra su fruto.

Nos acompaña en todo momento, el canto variado y dulce de los pajarillos y si fuera ya primavera avanzada, también se oirían en trino de los alegres

ruiseñores. Porque en estas tierras, hubo y hay muchos ruiseñores saltando por entre las sombras de las zarzas. Y si fuera primavera avanzada, nos alegrarían los silenciosos vuelos de las mariposas que liban las mil florecillas de estos prados. Esto pequeños cuadros, como unas endebles pinceladas de aquella niña del Soto de Arriba y en aquellos tiempos en que su Vega era un paraíso.

De vez en cuando, por arriba, nos atraviesa algún cuervo o graja que al cruzar, grazna como si quisiera decirnos algo. De entre los lentiscos, se arrancan los zorzales. Los mirlos son los más escandaloso. Atravesamos otra pequeña llanura y enseguida, otro arroyuelo. Es pequeño pero tiene su puente construido en aquellos tiempos del camino y el pantano. A la izquierda y justo en el mismo muro del puente, otro mojón de la Confederación. Es un arroyuelo que no trae agua porque es muy cortito.

Aquí hay cemento y se ve que cuando lo echaron, alguien escribió lo que fuera. Intento leer pero no lo descifro. El puente es muy bonito, entre zarzas, casi tapado y en su silencio como tanto por este rincón y no es porque falte presencia de humanos o de otros seres vivos. El silencio mana de otra fuente y se consume con otra materia. Romeros florecidos y rosales silvestres con sus semillas rojas. Por debajo del puente, el arroyuelo lleva una hebra de agua que mana de aquí mismo. Enseguida hay unas torrenteras grandes de tierra roja que se ha hundido hacia el surco del arroyuelo y a pocos metros, el agua del pantano remansada.

A la derecha, unos metros más adelante, un puntalillo que desde aquí y hasta las aguas embalsadas en el pantano, está repoblado de pinos. Son carrascos y endebles. Hacia la izquierda, este mismo puntalillo, la pista remontando y los olivos. Unos olivos muy bellos, de hojas anchas y otro mojón de la Confederación justo en la curva y al remontar el cerrillo.

Ya en lo alto, si miramos hacia atrás por nuestra izquierda, vemos todo el gran barranco que acoge al arroyo de Montillana, que es por donde surca la carretera del asfalto y mana Fuente Mala y arriba, las grandiosas cumbres pobladas de pinos, las rocas de los espigones que sobresalen de entre la oscuridad de la espesura y más lejos, el eterno cielo azul que tanto compañía da en cada momento y que también arropó al mágico mundo que latió en este Valle.

Mas cerca de nosotros, el puntalillo, repleto de olivos que chorrean verdes y todavía huelen a aceitunas maduras. Y a la derecha, allanándose hacia El Chorreón, sigue la repoblación de pinos. Se ve claramente que fue repoblación porque con claridad se distinguen los surcos que trazaron para sembrarlos. Nada más atravesarlos un poco y dejando el puntalillo, la pista cae hacia el barranco. Otro arroyuelo menor que baja de esta ladera de los olivos. Baja unos metros, se ven las zarzas y al frente, los majuelos florecidos. La sombra se espesa porque a la izquierda nos quedan siete u ocho pinos gruesos y proyectan una gran sombra.

Muchas zarzas y aquí, pues no hay puente porque es un arroyuelo pequeñito y aunque sí tiene

algunos chasquidos de agua, no es gran cosa. Las zarzas que aprovechan cualquier puñado de tierra para brotar y algún árbol espinoso florecido en blanca nieve. La pista remonta otra vez a otro puntalillo que también presenta muchas hozaduras de jabalíes, casi barro, todavía porque hay gran humedad a pesar de la poca lluvia de estos últimos meses de invierno.

A la derecha, en todo momento, nos van acompañando las aguas del pantano que se ven por entre la espesura de los pinos, algún olivo también arrinconado entre los pinos y aquí se espesa el monte. Es lentisco, muchas zarzas, juncos porque hay mucha humedad. Remonta como unos cien metros. Subimos la pequeña ladera quedando a la izquierda una torrentera llena de zarzas y esparragueras, manando unas hebras de agua y un lentisco.

En cuanto termine de explotar la primavera, este rincón se tornará un jardín grandioso. Una ardilla me sale de entre el monte y corre tronco arriba de uno de los pinos. Ya en lo alto, según vamos coronando, vemos un puñado de encinas centenarias. Son: dos, cuatro, seis, siete encinas en total con sus troncos grises y gruesos que adornan tanto el camino como el rincón donde están clavadas. Las dos primeras, según vamos, crecen rectas y abiertas en forma de cascada que se abriera hacia la luz que del sol les llega. Otras dos más también rectas hacia el azul de firmamento.

Atraviesa el camino por en medio de tres de ellas. La ardilla que sigue en su juego porque parece que sí quiere esconderse de mí y en las ramas altas pero al mismo tiempo, parece como si no quisiera irse tan pronto. Como si pretendiera algo que ni sé ni

puedo adivinar. Me paro y al mirar despacio para gozar con más calma la figura de estas viejas encinas, observo que unas se curvan hacia las cumbres de Beas. Y me asombro: es precioso este rincón y ahora más con las corpulentas encinas, tan majestuosas bebiéndose el misterio que las abraza. La ardilla sigue poniendo su pincelada de juego inocente. Ya ha subido a lo más alto pero se para y me mira una y otra vez. ¿Qué quiere?

Desde aquí mismo, el rincón de las encinas hermosas, si miramos para atrás, la vista impresiona más que desde ningún otro punto. Las inseparables y elevadas cumbres de Beas, en la lejanía la sierra de Las Lagunillas y el monte y los olivos por donde hemos bajado que al verlo desde esta distancia, se presenta con tonos y misterios nuevos. Se adivina el collado donde se encuentra el camping y las ruinas de nuestro primer cortijo.

Para delante y por la izquierda, nos siguen acompañando los olivos y a la derecha, el bosque de pinos que ahora ya nos tapan las aguas del gran lago. Como hemos remontado, nos hemos alejado de la orilla. El camino se allana un poquito sin dejar de ceñirse a la tierra siempre recto hacia las ruinas de El Chorreón.

Pues hemos tardado, justo hasta estas encinas andando a un paso normal, doce minutos. Por entre los pinos que nos van quedando a la derecha, se ven muchas esparragueras, mucha retama, muchas hozaduras de jabalíes, porque es esta una tierra que la toman con gusto estos marranos silvestres y más, desde que se fueron aquellos serranos. Y aunque los

pinos son endebles, están espesos y dan mucha sombra fresca. En primavera más avanzada, esto es delicioso.

Ha bajado un poco el camino, unos cincuenta metros y, al volver a subir, forma una hondonada por donde rezuma el agua. Aquí se vienen los marranos salvajes para bañarse porque el barro, eso es lo que indica. Ahora remonta un poquito y ya se adentra en el bosque de pinos espesos que es el mechón boscoso que rodea la cascada de El Chorreón. Porque junto a las ruinas de este viejo cortijo, no hay olivos. Es una zona muy quebrada por donde baja el arroyo de Cañada Morales y las olivas se quedan mucho más arriba.

Se mete el camino por entre el bosque de pinos pequeños a un lado y otro y ya se oye el rumor de una corriente. Al momento me creo que son las aguas de la cascada grande y no es cierto. Tengo un poco más de paciencia y enseguida descubro el arroyo. Nada más remontar quince o veinte metros, aquí se ha caído la torrentera de la izquierda que corta el camino. Es esta tierra greda roja y como se ha hundido bastante el camino se ha quedado casi cortado.

Ya estoy justo en el arroyuelo de donde manaba el rumor que parecía cascada. Trae mucha agua y baja de la ladera que precede a la aldea de Cañada Morales. Alguien de por aquí, en la tierra del camino, ha tallado un surco estrecho para que la corriente atraviese toda recogida y así no se encharque. Y entonces, el camino se allana y busca el rincón oculto de las ruinas de El Chorreón. A la izquierda y a la derecha, espeso bosque de pinos. Se ven menos

repoblados y sí con muchas zarzas parrillas, cornicabra y coscoja y muchas esparragueras y lentiscos. El bosque está espeso y el monte bajo, también.

Después de atravesar este arroyo, baja un poquito, corona un puntalillo y se divide. ¡Ojo porque tenemos que seguir por el ramal de abajo! Sube otro ramal para la izquierda y este atraviesa por ahí los olivares y busca la aldea de Cañada Morales. El que nosotros llevamos sigue al frente. Ya se ve allí un espigón de tierra que se adentra hacia las aguas del pantano, el camino como que bajara un poco y se mete por entre bosque mucho más espeso no sólo de pinos, sino enebros, robles, alguna sabina y siguen los lentiscos.

Mucho pasto entre el monte. Pinos que se han caído y encinas grandes, muchas encinas viejas y robustas. Es este un rodal de bosque todavía autóctono, de aquellos tiempos enganchado a las rocas de esta ladera por donde cae la cascada que fue compañera del viejo cortijo. No repoblaron por aquí y por eso está virgen y espeso.

Baja el camino por entre el bosque y la tierra roja y atraviesa otro pequeño arroyuelo. Si vamos despacio y sin meter mucho ruido, veremos bastantes bandadas de palomas torcaces. Hay agua, porque este año sí hay mucha agua, y al bajar el camino hacia el arroyuelo, pues aquí se encharca. Y otra vez más los jabalíes con su barro para bañarse y las hozaduras por toda la tierra. Se puede cruzar sin problemas. Y ahora remonta suavemente.

A la derecha nos queda un trozo de camino menos usado y aquí otra vez mucha atención. No es el bueno, para nuestra pretensión, el trozo de camino más usado que es el que remonta. Lo es el que baja y parece que fuera algo muerto. Es justo el de la derecha el que nos llevará a El Chorreón. No está usado porque por aquí no hay olivares que son lo que ponen en uso a los caminos y sobre todo, en la temporada de las aceitunas.

Cruzamos otro pequeño arroyo, sin agua y una encina grande y la bandada de palomas que revolotean y llenan el cielo de arreboles. Al llegar al puntalillo, tenemos una vista muy hermosa sobre el valle de las aguas del pantano. Al frente y muy atrás, Monteagudo, la ladera con sus aldeas, las aguas del pantano y el reflejo sobre ellas pero abajo, donde los ojos no pueden ver, durmiendo la vida y entre ella la eternidad, aunque no se note. Hermosa vista.

Aquí en el puntalillo, el camino baja como si buscara el pantano y el otro remonta ladera arriba y es el que lleva a los olivares y luego al pueblo de Cañada Morales. Veinte minutos es lo que hemos tardado hasta llegar a este puntalillo en un paso normal. Al frente, según subimos el repecho, el agua del pantano, más hacia la derecha y al fondo, el pueblo de Hornos, tapado un poquito con los pinos, el Yelmo y las laderas de toda aquella gran cumbre. Traza una curva, mientras remonta, quizá el tramo más duro de todo el trayecto y luego otra y ya se viene hacia El Chorreón.

Vuelca y ya estamos en el barranco de El Chorreón. Se oye, y ahora sí es verdadero, el rumor de la cascada. Bajamos unos metros, atravesamos un

rodal de tierra por donde las margaritas blancas están florecidas y ya va resto a la cascada. Se oyen los cencerros de las ovejas y no son las de aquellos tiempos, sino las que aún quedan por aquí y conozco al pastor. Está al otro lado de las aguas del pantano.

Remontamos el puntalillo que se enfrenta a El Chorreón y se ve el pantano. ¡Precioso! Nos queda casi a nuestros pies y la cascada más al frente cayendo. Muy bonita y en un día como el de hoy. Este año sí tiene agua. Bajamos un poquito el puntalillo hacia el borde de las aguas y es justo cuando nos queda frente, la preciosa cascada con sus chorros abiertos en forma de nubes que se esfumaran por el cielo. El remanso nos queda al alcance de las manos y las ruinas del viejo cortijo, al frente remontadas sobre la roca que le servía de fortaleza. El rincón es de ensueño. Visto desde aquí, es fantasía que por un momento se ha posado sobre la tierra a descansar y se prepara para remontar e irse hacia lo intangible.

Y frente a la imagen de un fragmento de tu rostro, mi alma siente la necesidad de darte las gracias por regalo tan grande que me das y no merezco y porque Tú, Dio mío, eres así de grande y bueno, que me das y me vas quitando para que vaya aprendiendo que el viento que respiro y el agua que me refresca y bebo, es puro amor para conmigo que voy caminando por los caminos de este suelo.

Y frente a la imagen de la fragancia de este tu beso, me paro y te digo que Tú eres así de rey y al mismo tiempo, sencillo y sabio y bello para que, yo que soy un niño que no sabe hablar, vaya aprendiendo que nada hay bajo el sol que no te pertenezca y así

haces brotar las fuentes para cada uno de nosotros y en cualquier momento. Gracias, Señor a pesar de aquella herida y este dolor, por regalo tan grande que me das y no merezco.

Hasta este puntalillo hemos tardado justo media hora y a un paso normal. Aquí, el camino sube un poco para salvar la cascada por la parte de arriba y se va hundiendo en el barranco del arroyo de Cañada Morales. Atraviesa este pequeño primer arroyo, que no tiene agua ni puente pero sí muchos pajarillos y al frente el paredón de rocas por donde cae el chorro.

Cruzando el arroyuelo, remonta un poco pegándose a las rocas de la izquierda que es una pared muy considerable. Y, justo rozando, va metido el camino y sigue remontando para buscar la cascada y saltarla por el lado de arriba. Escala una cuesta bastante empinada, a la derecha nos queda el gran pino, grueso como el cuerpo de varias personas y sigue remontando para volcar dentro de un rato.

Corona el puntalete y una vista impresionante con el pantano remansado y la cascada. Justo trabado en las rocas, pasa el camino. A la izquierda, la pared pétrea sobre la que ha sido tallada con la anchura de unos cinco metros sujetada, por el lado que da al embalse, con un muro de cemento. ¡Impresionante, este rincón!

Y al frente sobre el puntalillo, las ruinas de El Chorreón, casi, casi cubiertas por las aguas pero no llegan a taparlo. Sobre las olas pequeñas que modela el suave viento, las irisaciones de las mil estrellitas que parecen bailar en una fiesta limpia, sólo para la

hermana paz y misterio del rincón. Se van quedando a la izquierda y son preciosas. Otro fresno viejo. Bajo un poco y, enseguida, se allana el camino y el arroyo. Dos grandes fresnos a la izquierda, por debajo del puente y casi colgados en la pared de la caída.

Y la transparente cascada. El agua que sale del puente y cae hacia el abismo y como el remanso del pantano está enseguida, pues la caída de esta cascada, hoy, no es muy larga. El nivel del líquido embalsado ha subido tanto que más de la mitad de esta cascada, está cubierta. Pero desde arriba, el camino que ahora se sujeta en el viejo puente, sí se ve chorreando. Otro gran roble que se ha secado y el agua que viene por entre una intrincada espesura de cornicabras, zarzas, rosales silvestres y pinos.

Hace unos años, el pantano estaba casi seco y recorrí las tierras llanas que ahora cubren las aguas. Entre otros misterios y rincones visité el de esta cascada y ruinas. Para el libro “Desde el Embalse del Tranco del alto Guadalquivir”, dejé escrito lo siguiente:

“Ya debajo, entre otras muchas cosas, lo primero que observo es que esta fascinante cascada se parece a la que también existe en el cortijo de Los Parrales en esta misma ladera y por la orilla del mismo pantano. Aquella es muy bonita, allí recogida entre los pinos y cayendo desde la pared de rocas. Esta no se encuentra tan recogida entre pinos sino mucho más abierta al sol de la tarde y a los espacios de la gran llanura pero cae casi por la misma pared rocosa, aquí más pegado al pueblo de HORNOS mientras que aquella se haya más cerca del muro del pantano.

El agua que en otros ocasiones cayó por aquí fue depositando la cal sobre la pared de piedra y a lo largo del tiempo se formó la maravilla. Hermosas figuras de rocas de tobas que cuelgan ahora de esta pared y ni son estalactitas siendo estalactitas y estalagmitas y, además, bloques preciosos, anudados, perfectamente fundidos con la roca de la pared. Todo el farallón, desde lo más alto hasta la poza de abajo que es donde caía el agua que saltaba por la cascada, ha quedado preciosamente engalanado y aunque ahora esta singular cascada no tiene agua, si se ven aquí las señales que a lo largo de los años la corriente del arroyo dejó sobre las rocas por donde se despeñaba. ¡Que bonito, que asombro tan gran es esto!

Con la prisa de la tormenta ya casi encima del valle y el asombro de los truenos, apenas me da tiempo recrearme un buen rato frente a esta cascada. Así que salto por los grandes bloques de rocas que despeñados desde lo alto han quedando por aquella zona y me voy a venir para las ruinas, cuando me asombro una vez más: una ampulosa y verde mata de té de roca brotando allí mismo, entre la tierra y las rocas desprendidas de la pared. Nunca he visto antes, y mira que he visto matas de té de roca, una mata tan grande y tan perfectamente redonda, como si fuera toda una maceta cuidada con el mayor esmero, en lugar de crecer de la forma en que casi siempre me lo he encontrado, una mata con cuatro o cinco tallos clavada y colgando en las paredes de las rocas.

Pero no, la que aquí veo es toda una gran maceta. Una planta que se ha desarrollado tanto, que de tener sólo cinco o seis tallos tiene más de cien brotes, todos

vigoroso, llenos de verdor y como, además, ha venido a nacer no en la pared de este acantilado sino en la parte de abajo, donde la pared se clava en la tierra, no cuelga sino que bellamente se abre en forma de maceta. Corto un buen puñado de esta olorosa y en este caso bien desarrollada planta de té, Gestiona glutinosa, y aunque quisiera quedarme mucho más rato debajo de esta cascada para mirarla y remirarla desde un lado y otro, como la tormenta sigue tronando y ya incluso caen algunas gotas, la prisa me come.

¡Una pena porque es todo lo contrario a la que es siempre mi disposición cuando vengo por estas sierras! Me digo que si empieza a llover y me coge por aquí me tendré que buscar un refugio entre estas rocas o debajo de algún árbol pero si me coge cerca de las ruinas de este caserón o por entre ellas, por allí me será más fácil encontrar algún refugio mejor y con menos peligro.

Así que sintiéndolo mucho me vuelvo para atrás, despidiéndome ya de esta bonita cascada y me voy hacia las ruinas. Remonto un poco una corta ladera rocosa y ya estoy entre las paredes de piedra que sobre esta otra gran roca se desmoronan. Y claro, que había pensado que estas ruinas podrían ser los restos de aquel antiguo balneario del cual unos y otros me habéis hablado, me siento ahora un poco decepcionado. Me he equivocado y se equivocaron los que como yo pensaron lo mismo.

Una vez que ya desde aquí dentro voy mirando despacio veo que esto tiene pinta de haber sido un gran cortijo y no un balneario. Le entro por la parte de atrás y veo dos cosas: el camino este de la

Confederación que pasa por aquí mismo e incluso al llegar a la cascada le entra por la parte de arriba, cortando la roca casi sin temerle y sigue adelante y la otra cosa es que en una de las paredes que de este edificio todavía quedan de pie veo como muchas pequeñas divisiones. Con pared también de piedra, desde la parte más larga que sería el muro principal, a lo largo de la fachada norte, existe toda una hilera de divisiones que al verlas me recuerdan a las cochineras que en mi niñez vi en los cortijos de Sierra Morena, para individualizar a las marranas con sus gorrinos cuando acaban de parir. No me refiero a la pocilga que es donde duerme toda la piara sino a unas divisiones pequeñas especialmente dispuestas y construidas para un solo animal con sus crías. Las marranas recién paridas sólo entran a estas pocilgas para amamantar a los lechones y cuando salen sus crías se quedan dentro para así evitar que se mezclen con los de las otras marranas paridas.

A estos apartadijos me remitían estas pequeñas divisiones que acabo de ver sobre la vieja pared de este edificio en ruinas. Y no me sorprenden porque según sigo adelante voy viendo más divisiones y estos son corrales. Por entre este laberinto de paredes semi derruidas ya no existe ningún aposento que tenga techo. No veo nada más que trozos de paredes y hasta tengo la impresión de que aquí en otros tiempos sólo se encerraban animales porque entre estas ruinas no aparece ningún rincón que tenga aspecto de haber sido antes vivienda humana. Y por lo que voy descubriendo hasta empiezo a pensar que esta roca hace ya mucho tiempo que fue abandonada.

En el rincón de varias de estas paredes crece una encina que por lo menos tiene ya cuarenta años y la rodean varias matas de coscoja, cornicabra y pinos. Todas estas plantas han nacido aquí después de haber sido abandonado el lugar. Y realmente el lugar es bonito. Algo así parecido al pueblo de HORNOS, que lo proyectaron ahí, sobre la base de una amplia roca, un poco llana por la parte de arriba y la misma lancha que sirve de plataforma para toda la construcción, hace de pared, de muralla por el lado que mira al río. Y como este punto se encuentra aquí tan elevado y en un lugar tan concreto del valle, la vista que desde aquí se observa es magnífica. Como si la única finalidad de esta construcción fuera sólo ser mirador natural justo donde el valle empieza.

Así que satisfecha ya mi curiosidad y recorrido muy a lo rápido este pequeño y hermoso rincón de la cascada y las ruinas, me pongo en movimiento y cruzo de nuevo la llanura en busca del coche. Tan emocionante ha sido el encuentro con las ruinas para mí que hasta me he olvidado de la tormenta y ello ha sido también porque la tormenta al final se ha ido deshaciendo sobre las cumbres del Yelmo y un poco por las laderas hacia el valle. Ni siquiera llueve con seriedad a pesar de tanto escándalo. Pero tengo que decir que por culpa de esta tormenta no gocé yo a fondo, como realmente me hubiera gustado, este enigmático rincón. Es cierto que sí se me ha quedado algo más claro de lo que antes lo tenía pero todavía este lugar es bastante desconocido para mí”.

Atravieso el puente y a la derecha me va quedando un puñado de romeros todos vestidos de diminutas florecillas azules brillantes. La sombra de

los pinos que me arropan y enseguida, unas rocas y pequeña curva y ya, las ruinas de El Chorreón. Casi debajo de mis ojos y en el puntalillo de enfrente que fue pura plataforma rocosa. Aquí el camino es dulce, como si con nosotros, quisiera descansar para aproximarse a la vieja fortaleza, de puntilla no sea que se asombre y se caiga definitivamente a la profundidad. Trabado en la roca y casi colgado en la pared de lo que es propiamente “El Chorreón”: el caudal que baja por el arroyo que al llegar a este escondido tranco, se despeña, hoy ya, sólo como un juego solitario para ir llenando un poco más la enormidad del pantano que tanto cubrió pero en aquellos tiempos, como un espectáculo sincero que derramaba sabia de vida por todas las tierras de la gran Vega.

Las aguas del charco, abajo, moviéndose azuladas y tranquilas como si acabaran de ganar la mayor de todas las batallas y ahora se recrearan sobre el reino conquistado. Sigo bajando y a la derecha, el gran pino, todavía trabado en el mismo borde del camino. Por la izquierda me va quedando una pequeña muralla de rocas sobre la que ha sido tallado este camino. Aparecen cinco o seis pinos que por fin se cayeron después de tanto aguantar y echar de menos a los que, en aquellos días, también se fueron.

Si desde donde está este pino caído, miramos para atrás, vemos el puntalete desde donde gozamos la primera panorámica de este recodo y su cascada cayendo. Nos quedan muy lejos las sierras de Las Lagunillas. A la izquierda otro roble seco, una espesura de pinos, sale de la pequeña curva que es

hondonada y ya, cae y va de frente a las ruinas de aquel impresionante mundo recogido entre las paredes de piedra de lo que fue casi una fortaleza. Antes de asomar totalmente a las ruinas, a la derecha, otro pino grueso y dos más. Y las ruinas, a dos pasos.

Desde estos dos pinos y la pequeña curva, como si se nos abriera con todo su secreto y los latidos de lo que fue y ahora no es. Sobre la roca, rodeado de aguas, besado por el sol de la tarde limpia que cae, arrullado por algunos trinos de pajarillos, mucha hierba fresca en las tierras que todavía le acompaña, la sombra de otro manojo de pinos, unos cuantos más caídos y más hierba que ya no da de comer ni a las ovejas ni a los cerdos de la matanza.

Si volvemos la vista, porque el rumor de la cascada casi reclama a voces nuestra atención, vemos el despeñadero con todo su esplendor y el rincón que ha ganado el agua hacia la cascada y las ruinas del cortijo. Las piedras de aquellas paredes y el agua del pantano que se mece aquí mismo. El recodo azul verde, la blanca cascada cayendo y la senda tallada por encima y en las puras rocas.

Por entre las ruinas y abrazado a lo que, ni moja el agua embalsada ni pudre el tiempo, si pudiéramos escuchar y descifrar ¿no se oirían los pasos de aquellos mulos amarrados a la retranca y monótonamente dando vueltas a las piedras del molino? Porque este Chorreón, fue un gran molino en aquellos tiempos. ¿No se oiría el goteo del aceite puro y fresco saliendo de las aceitunas machacadas? ¿No se oiría el quejido sordo de cada uno de ellos, en la lucha diaria y el sueño siempre a flor de piel? Si

escucháramos despacio y desde la dimensión del amor ¿qué sería lo que desde estas ruinas, bañadas de agua cristal, oiríamos?

Son las dos menos veinte y salí de Montillana a la una menos diez. Pues justo cuarenta y cinco minutos, he tardado, a un paso normal y empapándome del entorno y cuanto respira y vive por esta tierra.

La fragancia eterna

Al rodal de tierra que se traba en la ladera y mira al barranco y por encima de las rocas grandes, como que se aplasta silencioso besado por el sol de la tarde y regado por el chorro de agua que todavía le llega del arroyuelo, ahora se lo comen los pinos espesos y bajo ellos, los jaguarzos, las retamas, las cornicabras y las zarzas y el puro silencio.

Pero como por el rodal de tierra late la vida y entre el polvo que ahora sólo da hierba silvestre, permanecen las huellas de aquellos y de ella cuando regaban sus tomates y cortaban sus pimientos en las tardes que aunque se comió el tiempo, siguen aplastadas en la soledad y luz que muda la besa, ayer por la tarde al pasar y de nuevo verlos y sentirlos, me paré con el deseo de quedarme y beber un sorbo del latir inmenso que por el rincón humilde todavía sigue latiendo.

Y por el rodal de tierra, el insignificante y pobre sobre la ladera que mira al Valle, me pareció ver, con los ojos del corazón, la figura de la abuela acompañando al nieto y derramando el sudor de su

frente sobre el áspero suelo y ella, entre tarea y tarea, pronunciando sus palabras con acento a inmenso:

- Tú, hijo mío, pídele siempre a la tierra y a los hermanos, desde lo limpio que llevas en tu corazón y lo noble que ella tiene dentro.

Y el nieto:

- Algo de lo que deseas decirme, sí entiendo pero como dice padre ¿si otros vienen y se hacen dueños y manchan e ignoran a la tierra diciendo que son otros tiempos?

Y la abuela:

- ¡Ay hijo mío! Dura será la lucha y ella y tú y yo y los que vengan después, seguro sucumbiremos pero si a la tierra la prostituimos y nuestra identidad y rumbo vamos perdiendo ¿qué seremos nosotros bajo este sol que nos alumbra sin señas propias y sin centro y sin el amor purísimo que los manantiales de estas tierras nuestras, nos van transmitiendo?

Y en el rodal de tierra que riega o regaba el agua que limpia saltaba por el arroyuelo, sigue en su faena la abuela y el nieto y como hoy han pasado ya tantos años, desde el silencio de esta tarde incierta, miro las huellas de ellos y de estos y en mi dolor y en mi secreto, me digo, desde lo más adentro:

- ¡Ay abuela! Si tú levantaras la cabeza y vieras ¿qué dirías de estos nuevos tiempos?

Y la abuela, desde su rodal de tierra en la región de lo eterno:

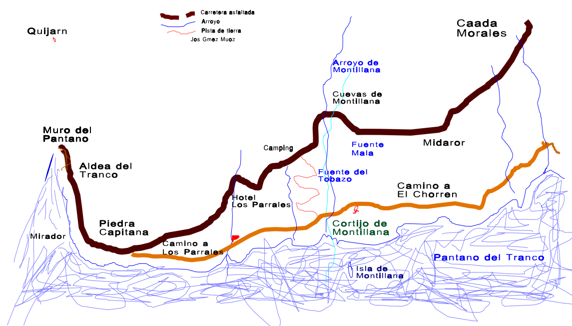
- No hace falta que me lo digas porque lo estoy viendo pero lo mismo que aquella tarde, te digo que la tierra y todo lo que por aquí fue nuestro y con herida tremenda, hoy se desangra y se muere, que al final, lo cierto no es ni esta realidad ni aquella sino el latido

que fuimos los humildes y con la tierra y en nuestro perfume, aquí sigue inmaculado y en su centro.
Y entonces quiero decirle:
- Pero abuela ¿tú estás viendo lo que yo veo?

90 - LOS PASEOS

Camino Viejo a Los Parrales

Carril y vereda. Solo andando.



Las distancia

De un punto a otro e incluyendo un corto paseo por entre las ruinas del cortijo de Los Parrales, es un kilómetro y medio, escaso.

El tiempo

Desde el cortijo de Montillana a las ruinas del cortijo de Los Parrales, en un paso tranquilo para empaparse y gozar a fondo, no se tarda más de media hora.

El Camino

Este camino es un trozo del que hemos llevado a El Chorreón pero en dirección al muro del pantano. Discurre por firme de tierra aunque, bastante roto por algunos sitos y algo mejor, por otros. Es este un paseo delicioso que nos dejará el espíritu lleno de paz.

El paisaje

El punto de partida de esta ruta, es el mismo cortijo de Montillana pero en esta ocasión hacia el muro del Embalse del Tranco. Pinares y muchas zarzas y carrizales, por el arroyo de Montillana, es lo que nos encontramos al comienzo de este camino que es para recorrer a pie. Ya por el cortijo de Los Parrales, nos sorprende el paredón rocoso donde estuvo el cortijo con el mismo nombre y la preciosa vista del pantano al fondo. Desde este rincón arranca el libro: “En las aguas del Pantano del Tranco”.

Lo que hay ahora.

Hoy es ya cuatro de abril, son las once de la mañana y está lloviendo. Estoy ahora mismo en el cortijo de la Hoya de la Sorda y aunque es sábado anterior al domingo de ramos, no se ve a nadie por aquí. Me encuentro justo frente a las ruinas de este cortijo entre el monte de lentisco y coscoja, con sus tallos brotados y su trama a punto de abrir. Está el campo precioso puesto que llueve y la hierba se muestra fresca y verde como la más pura esmeralda y en sus hojas se traban las frágiles gotitas de la fina lluvia que cae.

Las once y cuarto de la mañana y ya estoy por detrás del cortijo de Montillana. Sigue lloviendo. El

pantano se ve muy poquito porque la niebla, no hay niebla sino más bien nieblina y la lluvia que está cayendo casi lo funden con las nubes que le cubren. Hoy es un día de los de verdad mágico, con las cumbres arropadas por estas nubes bajas y los barrancos con sus tonos oscuros. Las hierbecilla o la gran pradera de hierba que cubre las tierras alrededor del cortijo de Montillana, se viste con un traje de ensueño: toda chorreando y surgiendo con la fuerza de la mejor de las primaveras.

Al llegar al lugar doy una vuelta y me encuentro con una manada de ovejas metidas en el pequeño establo de tablas que han construido contras las paredes en ruinas del cortijo. La construcción está en su silencio, sola y bajo la lluvia que lo besa y la niebla que lo arropa, como en un misterio que se presenta antes mis ojos y al mismo tiempo se oculta a mi conocimiento como si desconfiara. Pero, aún así, es impresionante.

Recorro la era por donde entre la hierba todavía se ven las piedras que la empedraba y me vengo hacia el tocón del viejo álamo seco y ahora tronchado. Me vuelvo para atrás y miro a las ruinas del cortijo. Precioso y hoy más por tanta hierba como le rodea, las cumbres cubiertas de niebla y la lluvia derramándose mudamente. Las ruinas del cortijo por la parte de delante comidas por las zarzas que han nacido sobre la pared.

Los troncos de álamos caídos y ya casi podridos, chorrean la lluvia, junto con las matas de la hierba espesa. Andar hoy por aquí es ponerse chorreando pero es también un placer como pocos en

este mundo y potenciado por el silencio de la mañana y la soledad de los paisajes. Me vengo por la parte de atrás que es por donde crece el fresno y los granados que están ya con sus hojas muy abiertas pero todavía no tienen flores y me encuentro con el viejo lilo. Ya sí está cargado de flores frescas que al ser acariciadas por las finas gotas de la lluvia que mansa caen, parecieran las más bellas de cuantas flores brotaron nunca bajo el sol.

Aquí mismo y sobre las zarzas que pegan a las ruinas, los jabalíes esta noche han hecho de las suyas, porque la tierra está toda levantada y con la lluvia que le cae, casi barro. Corto unas cuantas ramas del viejo lilo para llevarme un recuerdo de aquel perfume que se prolonga a través del misterio, el silencio y la humedad que corre por las venas de la tierra y me voy por delante del cortijo.

En este momento estoy empapándome del olor de las ovejas que están aquí encerradas, el de la hierba mojada y la lluvia besándola, el de los pinos cercanos que también tienen sus flores abiertas, el olor de las hojas de los álamos recién brotadas porque ya sí es la primavera, el perfume de las lilas que acabo de coger y el olor de este cortijo aquí hundiéndose entre zarzas, frente a las aguas del pantano y sobre la tierra llana de la era. Y por si me faltara algo, ahora mismo, de las aguas de este pantano se me arranca una bandada de patos.

Es un día precioso, misterioso y profundo por la lluvia que lo impregna y las nubes que lo coronan. Las aguas del pantano en silencio y las otras laderas de enfrente, por donde reposan las aldeas hermanas de

este cortijo, como si estuvieran fundiéndose con la tenue luz que se aplasta sobre los barrancos. La hierba, mucha con sus florecillas abiertas, el rumor del arroyo de Montillana que baja con su caño de agua hoy sí grueso y los pajarillos, a pesar del día apagado y la lluvia, que se les oyen en sus cantos dulces y revolotean a mi presencia como en un juego inmenso donde son parte esencial.

Ellos hoy y también la lluvia fina y la hierba, celebran conmigo la primavera recién estrenada en las tierras de este Valle que sigue perteneciendo a los que estuvieron y ya no se les ve. Quizá por esto es más precioso el día. Y ya desde aquí, el cerrillo por detrás de las ruinas, me voy poniendo en marcha en dirección al otro cortijo hermano y también derruido: el de Los Parrales.

Por la parte de atrás, existe como un carrito y en todo lo alto también se ve la tierra llana. Da la impresión como si aquí también hubiera habido una era. Pero ahora se la come, además del gran manto de hierba, las retamas y las zarzas en una lucha silenciosa por querer que la vida siga presente donde tanto es la abundancia de muerte desde que ellos se marcharon.

En un día como el de hoy, desde luego que esta ruta de cortijo a cortijo, es de un encanto que no tiene parangón ni comparación con nada bajo el sol. No hay nadie, la lluvia cae mansamente, empapa la hierba verde y la vegetación que también está verde, porque ya toda ha brotado y entre ellos los majoletos, los fresnos, los lentiscos, las cornicabras, las zarzas.

Y todo es realmente mágico, de tanta belleza, tanto recogimiento y tanto secreto.

Me aproximo al arroyo de Montillana y claro, ahora por la izquierda me queda como una pared de zarzas y es por aquí donde se abre el portillo que da paso a la llanura donde estaban las hornillas y la fuente cuando esto fue zona de acampada. Pasando el portillo, ya a un lado y otro, dos muros de juncos, zarzas, majoletos, esparragueras y lentiscos que me escoltan hasta justo cruzar el puente. Hoy Montillana, el arroyo, trae mucha más agua que otros días. La lluvia, aunque es menuda, ya está escurriendo y desde las altas cumbres de Beas, el arroyo la recoge.

Al cruzarlo, enseguida una llanura repoblada de álamos y como están brotados, se les ve reluciente de verde y con la lluvia que los lava, el color de las hojas nuevas, es más puro y fresco. Transmiten una sensación magnífica y única y al pasar junto a ellos, huelen con el perfume de lo puro aunque sea olor de álamos recién brotados. Los majoletos crecen aquí mismo, todavía algunos cubiertos con sus flores blancas y otros, vestidos tupidamente de hojas nuevas.

A la izquierda, el pequeño letrero de hace unos años: “Zona de acampada, clausurada”. Se ve la llanura y enseguida las aguas del pantano que vienen subiendo. Por ahí revolotean los patos que con esta lluvia y niebla y la tierra solitaria, hoy sí hay muchos. Y la llanura, a la izquierda, baja hasta las mismas aguas tapizada de hierba que se adornan con las perlas de las gotitas transparentes. Es impresionante de bonita.

Enseguida y muy suavemente, la pista comienza a remontar. Un roble a la izquierda, y ya nos va llevando plácidamente y, abrazados por la armonía que mana del bosque, hacia el rincón de Los Parrales. Las jaras blancas, han florecido y a muchas de ellas, se les ve con sus pétalos abiertos y otras flores algo más viejas, con la lluvia se han caído y se desparraman por la tierra, mojadas y rotas. Pero la lluvia, ¡ay que ver lo hermoso que está dejando el campo en esta mañana tranquila!

Va a ser una primavera, esta que entra, impresionante por estas tierras si el tiempo sigue fresco. El romero también permanece con sus flores aunque esta planta se viste con flores azules desde el mes de enero e incluso antes. Pero ha vuelto a florecer y, además, está brotado. Las coscojas que me encuentro por aquí, todas también con sus tallos nuevos. Ahora recuerdo una curiosidad de las hojas de esta planta. Son duras, con muchas púas y éstas tienen los bordes dentados. Dicen que lo de las púas es para defenderse de los animales que se la comen y lo de las hojas dentadas, indica que es una planta muy resistente tanto a los fríos como a los calores del verano. Muchos jaguarzos y retamas. Un bosque de pinos grandes por donde sube un poco la pista de tierra y esparragueras. Muchas esparragueras también a un lado y otro, de las cuales voy cortando algún espárrago verde y tierno.

De aquel año de sequía, que fue cuando este pantano se quedó casi seco, tengo un pequeño texto que recogí al pasar por la curva de este pinar. Dice así: “A veces tienes la impresión de estar viviendo un

sueño. Ves un paisaje y tienes la sensación como si lo conocieras de siempre. Hoy, esta tarde, al pasar por aquí, me ha ocurrido a mí esto. Tuve un sueño anoche y en él vi una pequeña senda que, desde el cortijo en lo alto del cerrillo, bajaba hacia el arroyuelo de la junta. Trazaba una curva en forma de media luna y conforme iba ciñéndose al barranco todo el rincón se llenaba de un misterio especial.

Sé el nombre del cortijo que se llama Valdetrillo y está en una finca que tiene también el mismo nombre, precisamente en las tierras que hoy son el núcleo del Parque Natural de Los Villares al norte de Córdoba. Pero el rincón que vi en el sueño no se parecía al que allí existe y es real. Me veía yendo por allí pero los paisajes que en mi alma se reflejaban no eran aquellos.

Esta tarde, ahora mismo, en cuanto hemos llegado a la curva que esta pista da al pasar por este pinar, en cuanto penetramos por entre sus sombras, algo tiembla dentro de mi espíritu. Es éste el rincón que anoche vi en mi sueño. Pero ¿Cómo es posible si por aquí no he venido nunca? No conozco de nada este paisaje ni el camino ni el bosque ni las sombras húmedas que de él mana. Mas no me engaño: el arroyo, la ladera, el manantial en forma de fuente, casi todo y exactamente es lo que anoche recorrió mi mente mientras yo dormía. Y sobre todo, algo muy concreto: los parajes, todo el murmullo de aves aleteando, piando, trinando, resonaron anoche por mi mente mientras dormía y ahora están aquí pero es que, además, ahora tengo la sensación que este rincón es el mismo de hace cuatrocientos años según

las ordenanzas que se proclamaron por aquellas fechas:

“Otrosi ordenamos y mandamos que qualquier persona de nuestro término no siendo vecinos dellos cortaren y llevaren fuera sin licencia de nos el dicho concejo açores y otras aves y yeruas o mineros u otras cossas que son defendidas por nuestros fueros e por otras nuestras ordenanzas quelo haya perdido y pierda con más las bestias en que lo llevare y incurra en las demás penas de estas nuestras ordenanzas que son mil mars. por cada pie de siñuelo que sacare y llevare a lo mismo por las dichas aves e mineros y otras cossas que aplicamos donde ellas las aplican”.

A mí al menos, me parece eso: que a veces tengo la impresión de estar viviendo un sueño. Veo un paisaje y me digo que lo he soñado y cuando voy andando por él, ya no sé acertar si aquello es real o sueño”.

Remonto la cuestecilla hacia el pequeño arroyo que baja desde la Hoya de la Sorda y de entre los lentiscos y las coscojas he cortado ya ocho o diez espárragos grandes. Nada más cruzar el arroyo la pista remonta suavemente entre pinos grandes, mucha hierba y mucha retama. Algunas de ellas dobladas de flores amarillas oro y una encina a la derecha. Remonto más y a la izquierda muchos jaguarzos y sobre el tronco de un pino, un espárrago de tres metros de alto, todo blanco y tierno porque se esconde entre la sombre de este espeso bosque. Me salen de por aquí varios mirlos que llenan el momento con sus chillidos y a la derecha y puntalillo arriba, sube todo sembrado de jaras blancas que están

cuajadas de flores rosa carita y como la lluvia le cae, mudamente extienden un espectáculo delicioso.

Se allana un poco la pista a la izquierda y se ven las aguas del pantano al fondo. Cantan los pajarillos porque en este momento ha dejado de llover y el bosque, pues se espesa en una curva no muy pronunciada. Por aquí ya remontada sobre la ladera del cerro de la Hoya de la Sorda. Frente y por entre el roto de los pinos, se ven La Canalica y Fuente de la Higuera. Los pinos se amontonan junto a la pista, espesos indicando que fueron repoblados y una pequeña hondonada. Y están llenos de musgos. Esa pelusa larga y verdosa que al mojar la lluvia se torna tan verde que pareciera acabara de nacer ahora mismo. Es la pelusa que recogen por algunas zonas de este parque para extraer esencias.

La mañana está muy tranquila, no hay nadie y ahora caigo en la cuenta que ni en el camping aunque sean ya comienzo de las vacaciones de Semana Santa. Con esta lluvia las personas se han desanimado algo y de esto modo, no se llena tanto la sierra. Hacer una ruta como esta en un día como el de hoy, es pues, un puro privilegio.

Remonta un poco la pista, suavemente y sigue por entre el bosque de pinos carrascos y a la derecha, encinas y algún roble que también están ya brotados. Los jaguarzos ahora son los que cubren la ladera hacia arriba y como también están florecidos y sus flores son blancas, pues parece que sobre el verde intenso y lavado por la lluvia, hubiera caído una nevada y no lo hubiera cubierto todo, sino sólo con

algunos puñados de copos blancos, por aquí y por allá. Es de ensueño.

Junto al camino un puñado de hierba espesa con sus mil gotitas de lluvia trabadas. Los enebros también están ya con sus tallos nuevos que resaltan entre las otras hojas viejas que son más negras. Sobre salen, por entre los lentiscos, los tallos de la madreselva. Que como esta planta es trepadora los tallos nuevos son largos e intentan agarrarse a las ramas de las encinas o de las cornicabras. Mientras crecen y van buscando donde enredarse, son largos y finos con el color de lo tierno y delicado.

Baja ahora la pista, una piedra gorda que ha rodado del lado de arriba, sigue por entre el bosque de pinos, muy cerca de las aguas del pantano que no se ven con claridad por la espesura de las ramas. Por sus rotos, la espesura deja ver algunos trozos de las aguas. A esta altura pero en todo lo hondo de pantano, estuvieron los cortijos del Soto de Arriba y Soto de Abajo. Al otro lado los olivos de Fuente de la Higuera y las casas.

Dos pinos casi igual de grandes y gruesos, al borde izquierdo de la pista. A la derecha el lentisco espeso, la hondonada y las retamas florecidas. En este caso, lo que se derrama por la ladera que sube, son retamas y como están florecidas, todo pareciera que se tiñen de oro que es el color de estas flores. El romero emerge por entre ellas con su pincelada de azul, algún roble surgiendo de un puñado de rocas vestidas de musgo y también pequeñas matas de lentisco nacido sobre la pura piedra.

Siguen con su canto los pajarillos y el paisaje de lo más dulce y beso para el espíritu. Sobre la pista, en los trozos llanos, se remansan chasquidos de agua. Y por la ladera que me va escoltando, cuando desaparece el monte, a un lado y otro, se ve la tierra y como del suelo está brotando la primavera, la hierba la cubre con un esplendor verde profundo. Toda sigue bañada por completo de frágiles gotitas.

Una curva, la pista que baja y ya tengo, casi rebasado, las casas de Fuente de la Higuera. Frente se me va presentando el espigón que baja de la cumbre de Monteagudo y se hunde en las aguas del Pantano. Por ahí ya no hay olivos y lo que se acerca a las aguas, es el bosque de pinos. Por aquí, hacia la derecha y ladera arriba, los pinos son grandes y gruesos. Al cruzar otra hondonada un chorrillo de agua que cae a la alcantarilla y sale de aquí mismo: de entre unos juncos, juncia y rosales silvestres. De aquí mismo brota este pequeño chorrillo de agua.

Desde la hondonada la pista remonta un poco y aquí sobre ella, encuentro algo muy curioso: pequeños montoncitos de tierra roja que ha sido sacada por las hormigas como si estuvieran limpiando, cada una, su casa, porque llega la primavera. El pantano se me acerca mucho más según voy dando esta curva y a la derecha, remontando levemente, se ve la tierra desnuda de árboles. Adivino que estas son ya las tierras del cortijo de Los Parrales.

Lo primero, una higuera sobre el puntalillo. Está ya con sus hojas brotadas también y la ladera sin árboles, pues cubierta por completo por un manto de hierba. Se adivinan cerca las ruinas de aquel cortijo.

Otra leve hondonada y remonta imperceptiblemente buscando las ruinas de aquel abrigo humano. Y justo abajo y a la izquierda, dos grandes fresnos y una roca que se inclinan ya casi al borde de las aguas del pantano.

Esta zona es más pendiente porque el valle por donde corría el río Hornos, se estrecha. Si por un milagro todavía vivieran aquí aquellas personas, hoy no podrían casi ni salir del cortijo porque las aguas remansadas llegan hasta la misma puerta. Y al mirar veo, sobre las rocas del filo del despeñadero, el mirador que construyeron por el lado del hotel, casi colgado. Justo cae encima de las ruinas de aquel cortijo.

Ha dado una curva la pista, se mete por entre un bosque de pinos que la escolta a un lado y otro, al frente me ha salido una bandada de palomas y ya veo las ruinas. Arriba y por debajo del mirador, las grandes rocas al resguardo de las cuales estaba levantado el cortijo y por la parte de abajo, más rocas, muchas zarzas e higueras. Unas enormes rocas que sobre salen y al frente, el espigón que baja desde la cumbre de Monteagudo hacia el pantano. Un espigón muy quebrado con una roca coronándolo.

Sigo avanzando y ahora subiré al cortijo. Y entonces bajo un poco, cortando por entre la roca y los troncos de los fresnos, muchas zarzas a la derecha y aquí ya las rocas y las aguas del pantano al alcance de mi mano. Me aparto de la pista, bajo por una sendilla estrecha, busco la roca que traza límite entre la tierra y las aguas y vengo a descansar justo a una pequeña llanura tapizada de hierba. Es precioso este

rincón y ahora que lo miro despacio, hasta pienso que este punto pudo ser una de las eras.

Tres o cuatro espárragos sobre los troncos de los pinos, muchos arrendajos que arrancan vuelo formando gran escandalera y la llanura como si se hubiera abierto para recibirme. Aquí mismo, justo al borde total de las aguas pero en la tierra de la era, dos troncos de álamos secos y también tronchados. Como si estos árboles también se hubieran negado seguir con vida al irse los que por la tierra vivían. Me acerco a las aguas y donde ya las olas menudas y transparentes se quiebran sobre la hierba que surge de la tierra, varias amapolas florecidas.

Las miro despacio y descubro que son rocas tabacos todas las que por aquí ruedan y se amontonan. Se han desprendido desde la pared del despeñadero que es por donde cae la cascada y al lado de arriba mana la Fuente del Prao. Justo debajo del Chorreaderos de las cascadas, estaban las construcciones del cortijo. Sobre la pura piel de las rocas, descubro que han nacido zarzas, mucha hierba, dos o tres variedades de musgo y hasta un buen puñado de árnica. Té de roca, no veo.

Es precioso el borde que talla aquí junto a las aguas. Fueron tierras cultivadas por los que aquí vivieron y por eso siguen la presencia de álamos, higueras, granados y otros árboles que se resisten desaparecer. Ha nacido algún lentisco, algún majoleto y por lo demás, hierba verde mojada por la lluvia y espesa y alta. También muchos espárragos. Cojo cinco o seis en un manojillo de nada.

Remonto hacia el rinconcito donde estaban los cortijos. Y lo hago sin dejar de coger espárragos a un lado y otro. Mientras me va acompañando el verde de la hierba intenso y limpio y el canto de los mirlos. Como ha dejado de llover, ahora ellos pues parece que saludaran al día que la creación les ha regalado. Es un canto suave y agradable.

Miro hacia arriba, veo a las higueras y por entre ellas, saliendo, las ruinas. No hay nada más que hierba, los pinos que sembraron, algunas higueras secas que llaman la atención por lo verde que se les ve a las otras, fresnos, por entre las higueras, muchas zarzas y hierba espesa y quemando de verde fresco y limpio. Me llega casi hasta la rodilla y por eso, tantos mis pies como los zapatos y los pantalones, los tengo chorreando y trabado en ellos, los pétalos de las florecillas que voy pisando.

Subo, un roble pequeño, grandes lentiscos y muchas zarzas. He remontado y salgo a la segunda era que debió ser la primera por el lugar donde está y lo grande. Desde aquí, la visión hacia el rincón de las ruinas, muy hermoso. Apenas veo las paredes porque las cubren los robles, las zarzas, las higueras y muchos lentiscos. La hierba en la ladera, se espesa y ahora lo que veo son muchos hinojos. Están ya también brotados y bañados por el agua. Las higueras tienen ya sus frutos trabados en las ramas y las hojas empiezan a ensancharse. Los granados, pues todavía tienen la cáscara, ya podrida, de las granadas viejas del otoño pasado.

Desde la era me voy aproximando a las ruinas del cortijo y siento por ahí caer un chorrillo de agua.

Las ruinas están aquí, bajo una roca, por completo caídas. La roca les protege por el lado de arriba, un pino que sale de entre ellas, desde la roca cuelga un gran lentisco y una zarza que ha nacido en la base. Luego, muchas higueras repletas de higos con las hojas brotadas, lentiscos, cornicabras e hierba espesa por todo el suelo. La roca que tiene por el lado de arriba, se ve que les servía incluso de pared y por aquí, como si tuviera una chimenea.

Me muevo por el lado de abajo y no hay nada más que higueras, todas asilvestradas, muchas ramas pero muy verdes y con muchos higos. Y la tierra, con hierba casi de medio metro y chorreando por la lluvia que le ha caído. Me vengo por esta parte de abajo, salvo las higueras y remonto otra vez hacia las ruinas que por aquí parecen como si fueran más grandes.

Veo un gran fresno y la puerta del cortijo, con sus maderas todavía por arriba y las dos ventanas a los lados, con una tercera, aún más reducida y un pino saliendo de entre los escombres de las ruinas. Era este un cortijo bello. Por la parte de arriba, según estoy mirando hacia las cumbres de Beas, está el fresno. Un gran árbol viejo emergiendo de entre unas rocas negras y al frente, otras rocas más grandes que presentan incluso una cueva. Y la llanura que hay delante, desde donde estoy mirando, repleta de hierba de medio metro y entre ella, muchos hinojos.

He remontado como una pared y ya estoy casi en la misma puerta de un metro. Se ve, bueno pues, toda caída, comidas por el gran lentisco que ha crecido en la misma puerta, las dos ventanas abiertas

con su agujero mirando hacia lo que fue el valle. Me asomo por el roto de lo que fue la puerta y lo único que veo dentro es otro lentisco que cubre con sus ramas todo lo que fue la casa por dentro. La pared de roca de la parte de arriba. El lentisco tiene sus flores a punto de abrirse y reluce de verde.

Entre otras cosas y los recuerdos imborrables que permanecen en su silencio, en cuanto termine de explotar la primavera y se levanten las nubes y salga el sol, todo el monte que cubre, arropa o envuelve las ruinas de aquellas viviendas, se llenará de mil florecillas. Por entre cada una de estas florecillas revolotearán las abejas en busca de su gotita de miel y del polen que las cubre.

Por la roca que hay por delante de lo que fue la puerta del cortijo, un poco hacia donde se pone el sol, se extienden los tallos de las parras. Aquellas viejas parras que ellos tanto cuidaban para que les dieran su vino. Una de ellas, todavía sigue por aquí engarbada a las ramas de una gruesa cornicabra. Y estos vigorosos tallos de parras ya tienen sus pequeños racimos de uvas que, como en aquellos tiempos, el sol del verano irá madurando.

Una esparraguera por el lado izquierdo según voy subiendo, otra higuera por el rincón, muchas zarzas y sobre la roca del fresno, una pared por la parte de abajo que seguro era el corral para los animales y el hueco de la roca, ahumado. Ahí crecía un granado que se ha secado. Las ramas del fresno arropan todo el rincón tiñéndolo de sombra y oscuridad. Y arriba, en los agujeros de esta gran roca de toba, crecen algunas matas de esparto. Por el lado

en que se pone el sol, la misma roca presente otra cueva más pequeña.

Atravieso como puedo y la hierba espesa y alta. Bordeo la roca y descubro más ruinas de construcciones. La gran roca tobáceo, negra todavía de aquel humo, comida por las zarzas y más hundida, oscura y verde por la lluvia y las ramas del fresno. Remonto y ya estoy por la parte alta del tronco de este viejo fresno que se retuerce hermoso y como cansado hacia las aguas del pantano. Tiene en su base las zarzas amontonadas y podridas entre otras ramas secas y ahora es cuando quisiera preguntarle, mientras acaricio su tronco, por la presencia y vida de aquellas personas que tanto lo mimaron a lo largo de tantísimo tiempo. No me responde porque él, igual que yo, tiene su pacto de silencio con la eternidad de los sentimientos y las cosas.

Subo algo más y ya me dejo abajo el fresno con su roca negra, pegado a las ruinas del cortijo y aquí otra pequeña llanura. Cornicabras, muchas zarzas, el rumor de la cascada que me rebasa, los trinos de varios pajarillos y mi pequeñez en el centro de este verde rincón que no transmite muerte sino luz y belleza que se toca con el cielo.

Sobre la gran pared que caen desde lo alto y forma como un escalón, otra construcción, también bastante rota y justo pegada el despeñadero. La roca se muestra con tonos rojos y las señales de haber corrido agua por ahí, en otros tiempos. Siento la cascada pero me queda más a mi izquierda que es por donde cae el arroyuelo que baja desde la Fuente del Prao. Y como este farallón rocoso mira al sol de la

mañana, toda la inmensa roca está cubierta de pequeñas macetas de una mata herbácea redonda y florecida. Muestra muchas florecillas diminutas con tonos blancos tirando a rosado.

La lluvia ha comenzado a caer de nuevo y según me voy acercando a las segundas ruinas oigo con más claridad el agua que chorrea. Es un escalón de rocas que la montaña tiene por aquí, muy parecidas a como son las de El Chorreón y contra estas rocas levantaron el cortijo y esta segunda construcción para encerrar a los animales. Remonto y ya estoy por el lado de arriba de la pared. Ahora veo más claro que esto debió ser una tinada para encerrar animales. Crece una cornicabra y mucha hierba entre la pared y las rocas. Y por aquí mismo, arranca o llega, lo que seguro fue el camino que en aquellos tiempos venía desde la Hoya de la Sorda.

Desde aquí mirando hacia el pantano, una vista esplendorosa de Monteagudo y toda la ladera que cae hacia lo que fue la Junta de los Ríos. La ladera de Fuente de la Higuera hasta el arroyo y las casas. La higuera que tengo a mi lado es grandísima y está repleta de higos. Sigue lloviendo y con el rumor de la cascada que se despeña y sobre este bosque inmenso de hojas verdes, está pues eso, cayendo la lluvia, el silencio del día, la soledad y el recuerdo. Por encima revolotean
algunos cuervos y al pasar graznan como si quisieran decirme algo.

En aquellos años en que empezó lo del pantano, quizá todavía y puede que durante un tiempo, pareciera, parece y parecerá que quien ganó fue el

pantano y los desmontados, arrancados de sus raíces y hasta borrados en sus huellas por estos rincones, fueron ellos: los humildes y pequeños ¿pero no se abrirá un día el gran libro de la verdad suprema y se verá que el triunfo es a la inversa? ¿No se intuye, más allá de lo que pueden ver los ojos y escudriñar la mente humana que lo que ahora parece éxito y triunfo, puede ser fracaso y destrucción final mientras que el dolor de los pequeños y su insignificante verdad, será lo eternamente hermoso y bello?

Desde este rincón verde y entre las ruinas de lo que fue grande, miro las aguas remansadas y contemplo las gotas de lluvia caer. Y con el paladar del alma, saboreo un gozo dulce y positivo que mana y me lo presta el latido de lo eterno y en ello, Dios que está aquí presente. Y hoy, sé que este dulzor profundo y nítido, es más real y positivo que todas las imágenes que puedan contemplar con mis ojos y analizar mi mente.

Quizá por esto y en este momento, viéndome en la fina lluvia que va empapando la tierra y se hace perlas de luz en las hojas de la hierba, el único deseo que tengo en el alma, es el de fundirme con este silencio y el verde que reflejan las hojas del bosque y con el silencio de aquellos que aquí vivieron y ya no están, dejarme ir y hacerme luz con la luz del sol y morir limpiamente con las gotas que mansas caen. Esto es lo que ahora mismo quiero porque intuyo y sé que esta realidad intangible es la puramente verdadera y cuyo nombre rotundo y cierto es Dios y en su centro, la eternidad.

No hay más y ahora bien lo sé y por eso digo que el triunfo que proclaman las ruinas y las aguas del pantano, es distinto al que parece. De aquí que en este momento quiera irme con la lluvia que riega el campo y el canto del pajarillo que revolotea por el rincón. Es un instante supremo y estoy viendo el camino y sintiendo la música de la voz que me llama y quiere y palpo que ahí, está la gran verdad y ellos y la meta final con todo en su exacta belleza y perfección, según saboreo en mi alma y desde la soledad de la tierra, a chorros bebo.

La fragancia eterna

A ella se le ve subir por los caminos que surcan la tierra y al poco, se le ve entrar al cortijo que arropan los pinos y como ella, hoy al igual tantos días, sí trae su tragedia propia en el alma que le hace bella, también hoy como tantos días, se olvida de su dolor y en cuanto llega a la casa se interesa por le hermana aquella y luego por los pequeños de la otra hermana y por el muchacho y después, por las cosas de la cosecha y por el dolor del padre amado y por la salud de la reina abuela.

- Pues aquí vamos tirando, que no es poco y amontonando cada día un grano de arena en la ilusión que traemos entre manos pero tú ¿cómo es que siempre estás en las penas de los otros y las tuyas, como si no existieran?

Y la hermosa hermana:

- Las tengo y las llevo por dentro pero sabes que desde pequeña me enseñaron a bordar sencillas letras que forman palabras hermosas porque al fin y al cabo, si bordar la vida es nuestra obligación, hacerlo correcto y con amor ¿qué trabajo cuesta?

Y durante un rato más, se le ve dentro del cortijo rodeada de las personas buenas que le expresan su cariño y le dicen que la quieren por ser ella tan alegre y hermosa, no hablando nunca de su dolor y sí pendiente de las otras penas y por eso esta mañana, como tantas otras por esta Vega, alrededor suyo y en el cortijo, todo parece una fiesta simplemente porque ahí entre ellos y bien cerca y a pesar de su hermosura, no se habla de otra cosa sino del dolor de los presentes menos del de ella.

- Esta hermana humilde que parece una princesa hay que ver cuánto entusiasmo contagia, sólo verla.
Dicen las personas del cortijo y a estas palabras contesta sincera:
- Todos y, en esta lucha con la tierra, estamos como escribiendo un libro y en ello se nos va el afán diario y la ilusión y los sueños y hasta la salud y las fuerzas pero ya sabes que lo importante es que al final, en ese libro, las letras contengan y expresen grandes mensajes porque ese es el único tesoro que, después de todo, queda.
- ¿Y quién nos leerá ese libro que tú dices, a diario vamos escribiendo, aunque no sepamos, a nuestro paso por la tierra?
- ¡Quién va a ser, mujer, sino el Dios supremo que es el dueño y el maestro y el Padre Bueno que nos quiere, cuida y besa!

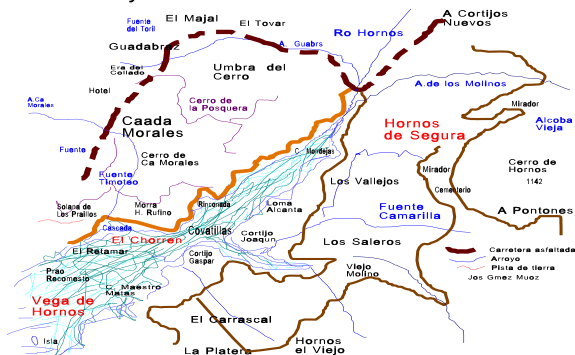
Y al poco, a ella, se le ve caminando por los sencillos caminos que surcan la grandiosa Vega y dejando tras de sí, una aureola de perfume y, en los corazones de los amigos pobres, el entusiasmo y la luz que alumbra e indica el camino que atraviesa la

vida y tierra y lleva a la región de lo eterno, que es donde el dolor de los humildes, son letras de oro y luz Purísima que exhala sagrada esencia.

91 - LOS PASEOS

Cruce del río Hornos, El Chorreón

Carril y vereda. Solo andando.



La distancia

Desde la carretera asfaltada hasta las ruinas del viejo molino de El Chorreón, que es donde termina el paseo, son unos tres kilómetros.

El tiempo

A un paso tranquilo para ir gozando de la paz del paisaje, las preciosas panorámicas a los lados y las aguas del pantano remansadas, se tardan unos cuarenta y cinco minutos.

El Camino

Es el último tramo de la pista que la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, trazó a todo alrededor del pantano y que viene desde casi el mismo muro y pasa por Los Parrales, Montillana, El Chorreón y sigue hasta enlazar con la carretera asfaltada por donde ésta cruza el río Hornos.

El Paisaje

Este paseo recorre paisajes muy bellos por ir todo ceñido a la misma rivera de lo que al principio sigue siendo el río Hornos y luego, se hace pantano. Mucha vegetación de tarayes, viejas encinas, pinos, cornicabra, retama y olivares. Continuamente nos va acompañando la hermosa figura del pueblo de Hornos recogida sobre la bella roca y las laderas que por el lado del levante y Pontones, orlan al magnífico Valle de Hornos de Segura.

Lo que hay ahora

Son las cinco de la tarde del día ocho de abril y me pongo en camino desde donde se desvía la pista, de la carretera asfaltada, que baja río Hornos adelante hacia El Chorreón. Un rebaño de oveja me queda a mi izquierda pastando por la gran pradera de hierba que tienen estas riveras del río. Los pastores están sentados algo más arriba y miran mientras me acerco y los saludo.

A la izquierda el río Hornos que trae mucha agua y a la derecha, la ladera con algunas encinas grandes. El camino es el tramo final del que sube bordeando el pantano desde casi el muro y está bien. Es pista de tierra y por eso tiene muchos charcos de pasar los tractores que van a los olivos que me

quedan por la derecha. Estos días de atrás ha llovido bastante.

Me van acompañando majoletos, por la izquierda y todos florecidos. A unos doscientos metros de la carretera, la junta del arroyo de Los Molinos con este río Hornos. Lo miro y veo que trae casi tanta agua como el río y toda muy clara. Por estas tierras llanas, años atrás, existía una gran alameda que ahora han cortado y por el suelo se ven los troncos en espera de que terminen de sacarlos y se los lleven. Sólo quedan algunos con vida y se les ve brotados y por eso, muy verdes.

- ¿Lo cubre las aguas cuando el pantano se llena?
- Justo por el borde mismo de las aguas va él serpenteando y al principio atraviesa unas alamedas y luego unos pinares a cuya sombra puedes encontrarte un rebaño de ovejas sesteando. Te ladrarán los perros pero no temas, son mansos y más si no te asustas y los acaricias. Algo más adelante, a la derecha y ya por una ladera llena de olivos, te encontrarás una vieja casa abandonada. Y ya que estamos ahí, fíjate, aquí tengo un pequeño escrito que unos amigos míos me dieron el otro día donde hablan de esta ladera y el trozo de camino que estamos recorriendo. Lo pongo en tus manos porque ello lo explica mejor que yo.

El te alargar un trozo de papel que guarda en su bolsillo y lo coges todo lleno de interés. Te pones a leer y descubres que el escrito dice lo siguiente: ‘A la derecha, antes de cruzar el puente del río de HORNOS, se desvía la pista que ya imaginaba. Es la que recorre toda la zona del arroyo de Montillana y los

Parrales, antigua carretera de la Confederación Hidrográfica. Una pista de tierra y por aquí, he entrado con el coche hasta bien avanzado pero aunque al principio sí estás bien, no sé más adelante como se encontrará. Me gustaría llegar hasta donde se encuentran los antiguos baños. A un kilómetro o así me he tropezado con una manada de ovejas sesteando bajo los pinos y he buscado al pastor pero no aparece por ningún lado.

Tampoco estoy muy seguro de que pueda seguir con el coche y recorrer toda esta pista porque ya he llegado hasta un sitio donde el firme de esta pista se encuentra muy estropeado. He querido dar la vuelta pero no he podido, este coche mío es tan grande y sobre todo tan largo que no se puede hacer maniobras con él en cualquier sitio. He avanzado con bastante miedo y he dejado el coche en un rellanillo donde sí he podido maniobrar para volverme para atrás. Voy a seguir andando un trozo más a ver si quedan por aquí cerca esas ruinas que busco. Y sí, aquí a la derecha veo ahora ya un cortijillo al cual me voy a llegar cuando luego regrese porque en este momento sigo pista adelante con la intención de descubrir lo que en el fondo deseo.

Y lo primero que voy descubriendo es que cada cien metros se ve un poste de estos con las iniciales de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Por aquí hay mucho jaguarzos, aulagas y realmente la tierra seca. Son estas plantas ahora mismo una buena muestra de la dura sequía porque tanto el jaguarzo como la aulaga sí aguantan bien la falta de agua. Pero cuando el agua falta hasta el extremo en que ocurre este verano, hasta estas plantas sucumben. Me he

asomado aquí a este barranco, una lomilla que tiene este puntal como si bajara buscando las ruinas del antiguo balneario pero no veo nada. Me vuelvo para atrás.

Crecen por aquí muchos olivos entre el monte y aunque olivos hay también por todo el cerro y se ven cultivados, estos que salpican el monte los han dejados perdidos. Se ve que son árboles muy antiguos de un sólo pie, viejos y no cultivados. En cambio ya, de la pista para arriba, sí y lo que me extraña es que estos árboles no tengan ni una sola aceituna. Me extraña y no debería extrañarme, porque la sequía les está afectando profundamente pero por estas sierras los olivos siempre resistieron bien tanto la sequía como los fríos y los calores. Los expertos dicen que este año va a ser un año bastante malo para la cosecha de aceituna y creo que tienen mucha razón según estoy viendo ahora mismo. En este olivar no sólo no estoy viendo ni una sola aceituna sino que algunas, que en su día llegaron a cuajar, se han secado. Están por completo secas. Las cojo en mis manos y las veo secas, como si fueran ciruelas pasas. En algunos he visto unas cuantas verdes pero poquitas.

Ya estoy en las ruinas de este cortijo que como decía queda entre el olivar cultivado al lado de arriba de la pista. Y lo primero que me asombra son las cuatro o cinco encinas que le rodean. Aunque es olivar toda esta ladera, junto a este cortijo no cortaron las encinas cuando en aquellos tiempos cortaron todo lo que cortaron, quizá en un principio para no sembrar nada y luego para sembrar olivos y pinos. Y lo que ya siempre he dicho: si todavía crecen por aquí cuatro o

cinco encinas que son como catedrales, es muestra esto de que en aquellos tiempos hubo muchas y muy grandes en todas estas tierras. ¡Qué hermoso sería ver ahora en esta ladera, en la siguiente y en la otra, no olivos o pinos carrascos como estoy viendo sino un gran encinar! Si fuera así al menos tres cosas buenas y hermosas ocurrirían: no sería barbecho esta ladera como ahora mismo es, no se estarían secando las encinas como ahora mismo se secan los olivos y para la vista ¡qué hermoso sería la gran visión de este encinar viejo cubriendo todas estas laderas y no estos pobres olivos y estos pobres pinares! Además, la tierra también estaría llena de vegetación y no como ahora que sólo veo tierra roja y desolación.

Es un cortijo grande. Tiene la fachada mirando hacia lo que en otros tiempos fue el río de HORNOS y ahora, cuando el pantano se llena, la cola de este pantano. Tiene una puerta, cuatro ventanas arriba y dos a los lados. Entro por la puerta que en estos momentos ya no es entrada porque de este cortijo sólo quedan las paredes de piedra sin techo y dentro veo que también todo se ha hundido. Una pequeña estancia con las vigas caídas, una segunda estancia también con su puerta y marco todo caído. Es un poco extraño aquí este cortijo porque por esta ladera no se ve que brotara ningún manantial y un venero de agua era siempre fundamente para la presencia de una vivienda serrana.

Por la parte de atrás de este monte que llega a alcanzar los 911 m. sí se encuentra la aldea de El Tóvar, el Majal, Guadabraz y más adelante Cañada Morales. Y por aquí, cerca de las ruinas de este cortijo, además de unos olivos, también veo ahora

algunos almendros que tampoco tienen almendras y aquí mismo, por la parte de atrás, otras ruinas que se parecen a lo que sería el horno y junto a la pared de estas ruinas y de la casa, la temporada pasada hicieron fuego los aceituneros. Estas laderas son muy escarpadas y a pesar de eso la sembraron de olivos y las aran con tractor. Pero este año, con esto de la gran sequía, no habrá aceitunas ni para cubrir los gastos.

Aquí, a la bajada del cortijo, tengo el coche y como ya me he convencido de que no puedo seguir, voy a dar la vuelta. Ya veré si en otra ocasión logro recorrer todo este rincón de un extremo a otro’.

Así que este pequeño escrito te ilustra un poco esos cuatro o cinco kilómetros primeros del camino viejo que en otros tiempos te llevaba y te traía desde el pueblo para el Tranco y al revés. ¿Para dónde quieres que sigamos ahora?
- Ya que estamos metidos en camino y por ese camino que me fascina sin saber por qué, vamos a seguir. ¿Qué ruinas eran las que según el texto buscaba el que iba por allí?
- Se refiera a las ruinas de unos baños árabes que en otros tiempos hubo por estas llanuras de La Laguna.
- ¿Y caen por allí cerca o no?
- Por allí cerca, siguiendo todo esta pista forestal caen las ruinas de lo que en otros tiempos fue casi una aldea.
- ¿Te refieres a ese cortijo que se encuentra junto a las paredes de una gran cascada seca?
- A ese cortijo me refiero ¿De qué lo conoces?
- El caso es que lo conozco nada más que de vista pero ni sé cómo se llama ni qué fue aquello en otros tiempos ni ninguna otra cosa.

- Luego te digo su nombre y lo que aquello fue en otros tiempos, porque antes te toca a ti explicarme lo que conoces de aquello”.

El pueblo de Hornos me queda remontado sobre su roca inmensa, a la izquierda y como le da el sol de la tarde, brillan sus paredes y la hermosa figura de las casas. Es un día con muchas nubes altas y por entre estas nubes gordas y negras, grandes rotos por donde asoma el cielo azul. Hoy quizá más azul que nunca y por eso me parece tan bonito el pequeño pueblo encaramado en su gran roca y en el silencio. Como el sol le está dando desde el lado de la tarde avanzada, el cuadro es mágico.

A los cien metros de la junta del arroyo de Los Molinos con el río, a la izquierda, aparece el grueso de lo que fue la alameda. Ahora es llanura repleta de hierba y salpicada de tarayes. Más a lo lejos, los olivares que por la ladera suben hacia el pueblo. No tarda en aparecer el agua del pantano remansada. La pista sube por entre juncos, olivos y pinos. Es tierra sin cultivar y por eso tiene mucho majoletos y esparragueras.

Cantan los pajarillos porque es una tarde deliciosa y como no ha llovido en todo el día, ya parece más primavera de lo que en realidad es. Como llovió hace unos días, el campo está mojado y todo preñado de verde. Hay muchos pajarillos por aquí. Florecidas las retamas y las encinas con sus tallos nuevos. También los fresnos cargados de hojas recién brotadas y los olivos, ya tienen su trama a punto de convertirse en florecillas.

Se allana un poco la pista, después de haber remontado y pinos a la izquierda mezclados con muchos tarayes por donde se ve más cantidad de agua remansada del pantano. A la derecha, una ladera de olivos. Y entre los pinos de la izquierda, majoletos espesos, con muchas esparragueras, lentisco y encinas, entre algunos olivos sin cultivar.

Se curvan la pista hacia la derecha, remonta un poco y entonces a la izquierda, se separa algo del pantano y queda un puntalillo repoblado de pinos muy espesos. Endebles y bajos pero muy espesos. Huelo intensamente a la flor del majoleto que es un perfume delicioso porque hasta sabe a miel, además de a primavera fresca.

En el puntalillo este, la pista sube un repecho, corto pero muy empinado. Al remontar y a la izquierda, me saludan dos grandes encinas. Se allana en cuanto sube y a la izquierda y luego a la derecha, bastante remontada sobre el pantano que se ve ya grande. Tiene una cola muy ancha. Ahora baja algo quedándome, entre la pista y el pantano, una ladera con muchos pinos grandes y gruesos y una espesura de encinas y olivos asilvestrados. A la derecha, siempre la ladera con los olivos de verdad y bien cultivados.

Arrancan vuelo un par de patos. Voy viendo que la pista está muy estropeada porque este invierno han pasado por aquí muchos tractores. Con el agua que ha caído se ha formado mucho barro y los charcos han ido creciendo en cantidad y profundidad. Baja un poco y me queda, a la izquierda y a la derecha, un bosque bastante espeso de monte corto de pinos,

encinas, retamas, lentiscos, jaras blancas, jaguarzos, esparragueras y mucha hierba. Y conforme voy bajando por el centro de este bosque me acompaña, el trino continuo de un pajarillo. Por delante de mí revolotea una mariposa y esto me indica que ellas también ya están surcando los aires de estas sierras.

El silencio por aquí es total. Sólo se oye el canto de algún pajarillo, el suave viento que se mueve casi imperceptible, por arriba las nubes blancas que se rompen a trozos para dejar ver el azul del cielo y los rayos del sol que caen desde el lado en que corre el Guadalquivir. Al fondo se ve el pantano por entre los claros de las ramas del bosque. Es un paseo realmente sencillo y por eso profundamente agradable y relajante. Un encuentro suave, desde el espíritu de uno con esa bocanada de aire limpio que tanto deseamos y con ese charco de paz que tanto nos hace falta. Si lo que quiero es gozar calladamente no el asombro de grandes maravillas sino la perfección de lo pequeño y sencillo, siempre latiendo hasta en la más humilde hoja de hierba, aquí lo tengo y a puñados.

Si lo que busco es tener un contacto tranquilo con el silencio y la armonía de los paisajes, este paseo me los proporciona en cantidad más que suficiente como para saciarme. Ya voy viendo Monteagudo que no me queda lejos. Y a la derecha y como esto se abre un poco, aparecen otra vez los olivos cultivados. La pista sigue bajando aproximándose a las aguas del pantano. Se ha abierto el bosque y por esto la superficie del embalse, se ve con todo su esplendor.

Viene el viento desde la profundidad del valle y al tropezar sobre la pulida superficie, como el agua es blanda, se arruga y entonces se forman como pequeñas olas que llenan toda la planicie de las aguas dando la impresión como si se moviera en bloque hacia las partes altas. Es un espectáculo muy bello que ni siquiera mete ruido ni se alza con la fuerza de una montaña. Más al fondo, este esplendor se ensancha hasta perderse en la lejanía.

Ya estoy viendo las casas de El Carrascal y Hornos el Viejo. Se allana la pista y ladera hacia la orilla del pantano, se hace casi llanura. Por eso veo que las aguas se abren tanto que hasta construyen una pequeña playa tapizada de hierba. Me queda a una distancia de unos veinte metros. La luz que la tarde está derramando sobre estos paisajes, en medio de este silencio y la anchura de las aguas que reflejan la claridad, es limpia, suave y silenciosa como son siempre estos rincones. Es también hermosamente bonita puesto que el campo se viste con un traje casi divino por el tono de hierba verde que se funde con el del bosque.

Un puñado de encinas grandes, me saludan por el lado de la izquierda. Todas apiñadas y entre ellas, muchas esparragueras. Cojo cinco o seis espárragos y como son las cinco y veinticinco de la tarde y todavía no he comido porque parece como si hoy me estuviera alimentando con otro majar más delicado, me dispongo a comerme unos pocos de estos espárragos verdes y tiernos que he cogido de la sombra de estas encinas. Los espárragos verdes, comidos crudos si están limpios y tiernos, son deliciosos por su sabor dulce amargo y al mismo tiempo puro.

Una curva aquí hacia la derecha. A la izquierda me queda la tierra ahora muy pronunciada y el pantano mucho más cerca. Sigo viendo y cogiendo por aquí muchos espárragos. Bajo hacia una hondonada por donde ya el pantano muestra mucho más anchura porque me voy moviendo hacia el corazón de este embalse. Y según voy avanzando no deja de levantarse algún que otro pato.

El agua que se remansa, por las orillas, se ve cristalina. Remonto una cuesta y se va curvando la pista. Bastante más cerca veo El Carrascal, La Platera y Hornos el Viejo. Al frente y en todo lo hondo, el picacho de Monteagudo, siempre como la torre pétrea que domina toda la extensión del Valle.

Me he elevado bastante sobre las aguas del pantano. También está bien florecido y perfumado el tomillo aceitunero que por aquí se mezcla con la mejorana. Sus flores son rosadas y diminutas y esta pequeñez le presta una belleza única. Da una curva muy pronunciada bajando hacia una leve hondonada. A la derecha los olivos que me vienen acompañando y a la izquierda los pinos con su escolta de retamas.

Se retira esto un poco más del pantano y aquí se fragua un recoveco que se parece, aunque más pequeño, al de El Chorreón. Mientras remonta como penetrando en el cerro adaptándose a la ondulación del barranco para cruzar el arroyo, al frente las laderas y cumbres del Cerro del Cañada Morales por este lado del pantano. Se ven muy tupidas de pinos y matorrales. Cruza el arroyuelo sin agua y gira a la izquierda. Se allana ahora bajando con suavidad y

derecho hacia las aguas del pantano, como si fuera a caerse de bruces.

De vez en cuando, además de otras muchas florecillas de la hierba que todavía no ha florecido del todo, me encuentro con algunos puñados de orquídeas. Es la que tiene su flor amarilla y por el centro como si fuera una abeja. Canta el pájaro que siempre he oído con el nombre de trigueros. De nuevo se curva buscando cruzar otro arroyuelo. Y como por abajo ahora no tengo bosque, se da de bruces con las aguas remansadas.

Y aquí, la pista, ya se interna en un puntal que cae desde el cerro hacia las llanuras de lo que fue el valle. Esto es ya la vegetación autóctona que rodea a las ruinas de El Chorreón. Grandes pinos altos, mucha madreselva y carrascas y por entre ellas no dejo de coger espárragos. Gordos muchos de ellos y blancos por crecer a la sombra de este bosque espeso. Están dulces y eso lo sé porque según los voy cogiendo me los voy comiendo.

Baja suavemente como si fuera buscando las orillas y es que tiene que salvar este puntal. Es muy bonita esta bajada puesto que el bosque se presenta espeso y por eso, lleno de sombra húmeda y suave. A la izquierda una pequeña pared de rocas cubierta con muchas encinas viejas y muy espesas puesto que es un rincón oscuro por la densidad de la vegetación que es la propia de aquellos tiempos. Enebros y quejigos.

Aquí entro en un rincón muy hermoso. Es, o al menos esto me digo para mí, como el premio a esta ruta. Sube un poco para remontar el puntal y ya voy

intuyendo la presencia del rincón donde se desmoronan las ruinas de El Chorreón. Orquídea a un lado y otro, muchas. Al remontar en una suave curva hacia la izquierda, a la derecha me queda un pino con tres pies y luego otro más grueso y varias encinas. Remonta y aquí una llanura encantadora por donde la hierba la tapiza por completo enredada con las jaras blancas y las viejas encinas. Y el silencio que hasta duele de tan espeso y amigo. Adivino que no estoy muy lejos.

Por delante del disco del sol, se ha puesto una gran nube negra que amenaza descargar en tormenta en cualquier momento. Otra pincelada más para resaltar el paseo que esta tarde voy trazando por esta hermosa pista. A la derecha una pared de piedra y a la izquierda, dejada atrás la llanura, vuelve aparece como una pendiente por donde crecen muchas encinas y pinos viejos y las aguas del pantano al fondo que se abren inmensas.

Una garza real me ha salido del rincón. Por aquí la ladera del cerro de Cañada Morales que es el que vengo bordeando, se presenta muy quebrada. Casi en picado hacia las aguas del pantano cae la pista otra vez. A las aguas me quedan como unos treinta metros. Se me arranca ahora una gran bandada de pastos. Un enorme pino que se ha caído y tiene toda su copa metida en las aguas mientras que el tronco y la peana con sus raíces, se quedan fuera cayendo desde la ladera.

Gira la pista ahora hacia la derecha y remonta, casi tallada en un inmenso bloque de roca que caen desde las partes altas. Se inclina mucho para subir

mientras por el lado del pantano se le ve sujeta con una pared de piedra entre troncos de viejas encinas y el agua clara que se mece al final. Sube bastante entre mucha vegetación de jara, pinos, romeros y enebros y ya adivino que este punto es el majestuoso mirador.

A la izquierda, un bosquete de encinas clavadas en las rocas y una pendiente. El espigón se me va abriendo cada vez más elevado y esbelto. Ya remonto y sí: este es el mirador natural de Covatillas. Majestuosas y en su tierra amada que más bien es la pura roca donde estuvo clavado, veo las ruinas de El Chorreón. Las tengo a dos pasos. Me paro, porque de pronto y como si fuera un puro sueño que se abre en su momento justo, la panorámica sobre la inmensidad del pantano y la gran cuenca de este esplendoroso valle, se extienden ante mis ojos. ¡Qué vista más bella!

Este sería el gran mirador de la cola que el Embalse del Tranco tiene hacia el pueblo de Hornos porque está aquí mismo, sobre las aguas y en un ángulo tan perfecto que deja ver toda la majestad que aletea por el delicioso Valle. Un escenario único montado sobre y frente al más singular de los decorados. Son las cinco menos diez de la tarde, y aquí en este espigón que tiene una piedra con una cara plana, voy a comer mientras me deleito, calladamente, de la vista que ante mis ojos tengo.

El Chorreón me queda a doscientos metros. Al otro lado y mirando hacia el muro del pantano, me quedan El Carrascal, Hornos el Viejo y la Platera. Desde su rincón, toda la vega que cae hacia las aguas y más a la derecha, la ladera con pequeños rodales de

olivos y pinos, el Collado del Montero y el picacho de Monteagudo. Desde esta cumbre y por las laderas que cae, las aldeas de La Canalica, Fuente de la Higuera y frente a La Canalica y en línea recta hacia mía, la isla de La Laguna por donde estuvo el cortijo de Moreno y más hacia la profundidad del pantano, por donde caen unos rayos de sol esplendorosos, la gran anchura de lo que fue la espaciosa vega y ahora son llanuras de aguas azuladas.

Cayendo el sol sobre la sierra de Las Lagunillas por donde se alzan unas nubes negras con bordes blancos y dorados y más cerca de mí, siento los graznidos de los patos que puebla estas aguas y los veo nadar y zambullirse de vez en cuando. Sólo para gozar la visión y el silencio desde este mirador rocoso, merece la pena el paseo.

Mientras estoy comiendo descubro asombrado que es todo un espectáculo este rincón y la panorámica que ante mí tengo. Sigo oyendo el graznido de los patos, observo el vuelo pausado de dos águilas que han levantado vuelo y coronan la cumbre del cerro que tengo a mis espaldas y sobre los picos de las sierras hacia Pontones, planean varios buitres leonados. La nube negra que venía alzándose desde lo hondo del río Guadalquivir, mientras estoy comiendo, la veo concentrarse sobre el picacho de Monteagudo.

Mudamente comienza a descargar su agua y como por encima de la sierra de Las Lagunillas las otras nubes se abren, dejan escapar a los rayos del sol que atraviesan el espacio y al chocar con los chorros de lluvia que descarga la nube del Picacho de

Monteagudo, se transforman en los siete bellos colores del arco iris que se abre magnífico y entre gotas y algo de bruma, cae hermoso sobre las casas blancas de las tres pequeñas aldeas al otro lado del pantano. Insólito y bello el espectáculo, a estas horas de la tarde, sobre este mirador y frente a escenario tan grandioso.

La superficie del pantano se ha tornado negra azul y brillante y a los lados y como en franjas, se ven los reflejos del sol que les llega desde las brumosas cumbres de la sierra lejana. Las aguas de este pantano y en este día, cambian de color casi de continuo según el ángulo desde donde se observen y también según las nubes se abran o se cierren, se cambien en niebla, salga el sol y se quede el cielo con sus azules limpios. Al fondo surge la sierra de Las Lagunillas, ahora más impresionante y alargada desde donde está el muro del pantano y casi hasta la altura de la Torre del Vinagre.

Canta algún pajarillo y por lo demás, no se oye nada más que el rumor de las pequeñas olas del agua al romperse contra la orilla, que aquí por donde estoy, son puras rocas. Cinco o seis patos se han concentrado en uno de los recados del agua en este rincón y mientras graznan, revolotean y saltan uno sobre otro como en un juego.

Sé que están en celo y este revoloteo suyo es una expresión más de la naturaleza en su lucha por la continuidad de la vida. Y también para mí y en este momento, otra pincelada de belleza que se me transforma en gozo dentro de esta inmensa panorámica tan repleta de misterio y, a estas horas del día, tan preñadas de luces, sombras y tonos

vigorosos. Como si la eternidad estuviera por aquí revoloteando y por puro detalle de amor del Creador para conmigo, me estuviera obsequiando con uno de sus mejores besos. Esto es lo que parece y en mi alma así lo percibo y siento.

La fragancia eterna

A punto de caer la tarde, se asomó a la cumbre del picacho y echó una última mirada al valle y además del silencio y la soledad y los caminos rotos, vio que hoy ya no hacia falta barrer la chiquera ni la cuadra de los animales porque descubrió que por la tierra ni careaban los marranos ni las vacas ni las ovejas ni tampoco estaban verdes los huertos ni en las llanuras del querido valle seguían creciendo los cerezos ni los robles ni los pinos ni los perales y además de ésta, como desolación o desbandada a lo grande, vio y sintió en su corazón que en la puerta de la amada casa, ya no se amontonaban las ramas para la lumbre cuando llegaran los fríos del invierno ni tampoco, de las chimeneas de los otros cortijos, brotaba su chorro de humo como siempre y, desde tiempos lejanísimos, había sido en este valle.

Y como el corazón se le descuajó desde la visión del cerro mientras iba cayendo la tarde, quiso levantarse y bajar e irse por los caminos rotos, no sabía hacia qué lugar que pudiera un poco consolarle, cuando al mirar, ya sí por última vez, los vio subiendo por la vereda del centro siguiendo los pasos lentos del burro grande y subidas sobre el lomo la abuela y la niña y al lado y detrás, los hermanos, la madre y el padre y vio que al llegar a la fuente, detienen su marcha y se bajan y antes de beber del agua purísima que a miel todavía sabe, la niña extiende sus brazos y

como si estuviera en el juego que manaba de la abundancia y la belleza de aquellas remotas tardes, mirando a la abuela le dice:
- Es que antes de irme del todo quiero beber el último sorbo de esta agua fresquita y quiero, la cara y las manos, lavarme para así conmigo llevarme el último beso de la esencia más fina que mana y, durante un rato más, por nuestro grandioso valle.

Y mientras ella bebe y medio juega en el cristalino chorro de agua que por la caudalosa fuente sale, la abuela la mira muda y en su silencio la mira la madre y el hermano dice que ya no se puede perder más tiempo porque el camino que sube por la tierra rozando las encinas grandes, es largo y más largo es el otro que lleva al infinito y arranca o muere por donde el empalme.

Y el que mira desde su picacho de siempre y está a punto de irse también porque ya muy avanzada viene la tarde, al echar su última mirada por las tierras dulces de su amado valle, descubre que con la sombra de la noche que avanza desde lo hondo, vienen subiendo las aguas desde el lado del río Grande y con las tinieblas de la noche que llega, juntas y al mismo tiempo, viene cubriendo las tierras y sepultando ya para siempre sus raíces y su corazón y las tumbas de los suyos y el vergel tan repletos de árboles y hasta la luz del propio sol porque ya es por la noche y todo se acurruca en su nido y el mundo entero ya no late.
- Hasta que Dios venga con su amor de padre y ordene que resuciten los muertos y que los cerezos florezcan y los ruiseñores, en sus rincones, otra vez canten. Se dice él para sí, llorando desde su picacho y

como escondido mientras vienen subiendo las aguas y, con ellas, la triste tarde.